

REUNIÓN DE DOS CAMPAMENTOS



Pr. Joaquín Yebra.



**Comunidad Cristiana Eben-Ezer
de la Villa de Vallecas
Madrid, España.**

www.ebenezer-es.org

**“POR TANTO, NO DURMAMOS COMO
LOS DEMÁS, SINO VELEMOS Y SEAMOS
SOBRIOS.”**

(1ª Tesalonicenses 5:6)

ÍNDICE :

ÍNDICE :	1
PRÓLOGO PARA SER LEÍDO:	2
I.- INTRODUCCIÓN:	5
II.- PROMESA DE RESTAURACIÓN.	9
III.- LA JUDEIDAD DEL NUEVO TESTAMENTO.	16
IV.- ¿ANTIGUO Y NUEVO?	20
V.- RAMAS NATURALES E INJERTADAS.	25
VI.- DEFECCIÓN Y PLENITUD.	31
VII.- JESÚS DE NAZARET Y LOS SUYOS.	36
VIII.- REENCUENTRO.	47
IX.- JESÚS, REY DE LOS JUDÍOS.	53
X.- JERUSALEM.	62
XI.- RETO Y PARADOJA.	73
XII.- ¿CUÁNDO SUCEDERÁN ESTAS COSAS?	80
XIII.- UN INMENSO PASO HACIA EL REENCUENTRO: EL MILAGRO DEL JUDAÍSMO Mesiánico.	87
XIV.- EL RETO DE FE DEL MOVIMIENTO JUDÍO Mesiánico.	100
XV.- LA CONFESIÓN DE FE DE LOS JUDÍOS Mesiánicos.	105
XVI.- APOLOGÉTICA DEL JUDAÍSMO Mesiánico ANTE EL JUDAÍSMO RABÍNICO.	117
XVII.- EL JUDAÍSMO Mesiánico Y LA TIERRA DE ISRAEL.	132
XVIII.- ¿POR QUÉ UN MOVIMIENTO JUDÍO Mesiánico Y NO LA INTEGRACIÓN EN LAS IGLESIAS CRISTIANAS?	137
XIX.- EPÍLOGO	148
* BIBLIOGRAFÍA:	153

PRÓLOGO PARA SER LEÍDO:

La Biblia habla acerca de los “Tiempos de los Gentiles”. Y nuestro Señor Jesucristo nos dice que un día esos tiempos se cumplirán:

“Jerusalem será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.” (Lucas 21:24).

Al escribir “Reunión de Dos Campamentos”, como segunda parte obligada de “Olivo: Raíz y Ramas”, nos preguntamos si los tiempos de los gentiles estarán a punto de terminar. Nos sentimos inclinados a pensar en ello ante la cruda realidad de la degeneración moral de nuestros días, la perversión de las costumbres y la creciente apostasía de muchos círculos que se autodenominan “cristianos”, amén del sentimiento antijudío que se manifiesta en muchas de las actitudes y posturas del cristianismo oficial.

El endurecimiento de los corazones en este mundo va en constante aumento. El rechazo de Dios y de la Palabra del Señor es firme y abierto en casi todos los niveles de nuestra sociedad y sus instituciones, comprendidas muchas teóricamente “cristianas”.

No podemos dejar de hacernos preguntas: ¿Qué queda de los principios cristianos en nuestra sociedad occidental? ¿Qué rasgos cristianos podemos imaginar en nuestro mundo para los próximos años, considerando el ritmo de secularización de nuestra cultura, y la invasión humanista en la Iglesia? ¿Qué podemos esperar del mundo respecto de la Biblia cuando su fiabilidad e inerrancia en puesta en tela de duda en centros de formación copados por filósofos disfrazados de teólogos?

No es menester que seamos demasiado observadores para percatarnos de la realidad frente a nuestros ojos y oídos. Todas las viejas supersticiones precristianas han vuelto a hacer acto de presencia en nuestra sociedad como mitos neopaganos. Los medios sociales –prensa, radio y televisión- están plagados de anuncios y programación dedicada a las prácticas que nuestro Dios llama “abominaciones”: Espiritismo, brujería, magia, agüeros y augurios, adivinación y el más largo etcétera imaginable de mancias, falsedades y engaños de naturaleza diabólica.

Al mismo tiempo, la cristiandad centrada en las Sagradas Escrituras va siendo igualmente substituida de manera muy sutil por formas de espiritualidad de extraña procedencia, en las que sigue empleándose parcialmente la Biblia, con lo que logran engañar a muchos hermanos poco instruidos en las Escrituras. El reparto de unos pocos versículos bíblicos aquí y allá no significa que se esté enseñando todo el consejo de Dios. Por el contrario, el cristianismo fiel a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras está siendo reemplazado por formas y esquemas espirituales de naturaleza filosófica o de “chamanismo milagrero”

imposible de armonizar con la fe apostólica.

Jesús de Nazaret ha dejado de ser el único modelo, y las Sagradas Escrituras ya no son el marco referencial normativo para muchos. Una oscuridad creciente va extendiéndose de manera amenazadora sobre la cristiandad. En muchos aspectos uno experimenta la sensación de estar sumido en un oscurantismo semejante al medieval ¿Estaremos agotando los días de la Gracia? ¿Estarán a punto de concluir los tiempos de los gentiles por haber alcanzado su plenitud en número? ¿Estará el Señor a punto de abandonar a la gentilidad incrédula para volverse a los judíos? ¿Estaremos a punto de que comience la “lluvia tardía” anunciada por los profetas para los tiempos finales de la historia? No nos parece “teología-ficción” pensar en un tiempo nada distante en el que el contingente de gentiles opuestos a Dios y los preceptos de la Palabra del Señor alcance dimensiones enormes. ¿Tendremos que considerar un futuro con una cristiandad constituida por un pequeño remanente de gentiles fieles, del mismo modo que durante el tiempo de los gentiles existía un remanente de judíos fieles? Hay un par de textos de Pablo que nos mueven a considerar seriamente estas cosas:

“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios.” (1ª Timoteo 4:1).

“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas.” (2ª Timoteo 4:1-4).

Ahora bien, el apóstol Pablo nos enseña que incluso entre las “ramas desgajadas” de Israel quedó un remanente fiel, igualmente entre los gentiles impíos quedará un remanente de hombres salvados por la misericordia divina:

“Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar.” (Romanos 11:23).

La advertencia apostólica es de insustituible importancia en estos días en que nos ha correspondido vivir como discípulos de Jesucristo:

“Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza. Antes bien, creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.” (2ª Pedro 3:17-18).

El tiempo se acorta. Muchos acontecimientos que quizás nos parecen todavía lejanos y

distantes pueden estar mucho más próximos de lo que jamás se nos ocurriría pensar. El tiempo de Dios y el nuestro no necesariamente coinciden. Si el tiempo de los gentiles se está agotando, eso significa que el número de los gentiles llamados a vida eterna en Cristo Jesús puede estar pronto a completarse, y eso implica que la esperanza bienaventurada, la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, puede estar a la puerta. Eso significa que el Libertador -¡bendito sea su Nombre!- pronto quitará la impiedad de Israel, poniendo fin a su parcial endurecimiento, y se producirá la rotura del velo puesto delante de sus ojos; comenzará la anhelada fiesta, con la alegría de los campamentos que se encuentran en medio de la travesía del desierto, y a la caída de la tarde se cena bajo las estrellas, a la puerta de las tiendas de pelo de cabra, mientras los jóvenes cantan y danzan, y los viejos cuentan sus historias:

“Vuélvete, vuélvete, oh sulamita; Vuélvete, vuélvete, y te miraremos. ¿Qué veréis en la sulamita? Algo como la reunión de dos campamentos.” (Cantar de los Cantares 6:13).

*"Tu pueblo será mi pueblo y
tu Dios será mi Dios"
(Ruth) 1:16*

I.- INTRODUCCIÓN:

La ignorancia de la enseñanza bíblica respecto al significado de Israel, su lugar dentro de la profecía, y la tendencia -consciente e inconsciente- a la sustitución o reemplazamiento del pueblo hebreo por la iglesia, ha sido una de las causas primordiales del sufrimiento del pueblo judío a manos de los bárbaros refugiados bajo la denominación de "cristianos" a través de los siglos, así como la pérdida de identidad del cristianismo organizado - identidad dada por Dios en sus planes salvíficos para la humanidad por medio del judío Yeshúa, latinizado "Jesús"- con la subsiguiente pérdida de la visión bíblico-profética.

Resulta paradójico, pero la realidad experimentada por el autor es que cualquier enseñanza o punto de vista de factura occidental en general, y anglosajona en particular, es más que bienvenida en la mayoría de los círculos cristianos evangélicos, mientras que toda alusión a fuentes judías es contemplada con ojos de sospecha y actitudes de desprecio, cuando no de rechazo abierto.

Esta realidad fue la que nos animó a escribir "Olivo: Raíz y Ramas", y ahora nos estimula a compartir estas reflexiones, como continuación a dicha obra, bajo el título de "Encuentro de dos Campamentos".

"Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en

ti todas las familias de la tierra" (Génesis 12:3).

La promesa a Abraham y su simiente por medio de Isaac continúa en plena vigencia. Muchos han malentendido la disciplina divina con Israel, y han errado estrepitosamente al olvidar que Dios mantiene hasta el día de hoy una relación pactual en la que el Señor se reserva el derecho exclusivo de disciplinar a su pueblo. De ahí que no exista bendición para los detractores y perseguidores de los hijos de Jacob, ni falte la bendición del Altísimo para cuantos aman al pueblo hebreo.

"¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se mueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión" (Oseas 11.8).

Como cristianos gentiles, es hora que nos percatemos de la vinculación del pueblo de Israel con la tierra dada por Dios, lo que ha producido un paralelismo que nos permite conocer el amor eterno con que el Señor ha amado y ama a su pueblo. Mientras ellos sufrieron la persecución y la ignominia, la tierra permaneció abandonada, en actitud de espera al retorno. Así estaba profetizado desde antiguo:

"Asolaré también la tierra, y se pasmarán por ello vuestros enemigos que en ella moren" (Levítico 26:32).

Israel siempre supo -guardándolo como esperanza- que el Santo Bendito se acordaría de la Alianza establecida con los hebreos de antaño. Dios evocaría sus promesas y su Pacto.

Los testimonios de los viajeros que en pasados siglos visitaron y recorrieron la tierra de Israel nos muestran cómo una de las zonas más fértiles de la tierra se había convertido en una región de ciénagas y pantanos, de malaria y paludismo. Tras la conquista por parte del imperio turco, el estado de miseria y desolación llegó a su cota más elevada. Al llegar el siglo XIX, la población de Palestina descendió hasta el bajísimo nivel de medio millón de almas. Entonces fue cuando comenzó a llegar un contingente cada día mayor de pioneros judíos. Ellos reclamaron su tierra, la de sus padres, pero no en forma de herencia gratuita, ni por la fuerza de las armas, sino mediante el trabajo y el esfuerzo que requería la materialización de la antigua profecía bíblica:

"Ciertamente consolará el Señor a Sión; consolará todas sus soledades, y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en el huerto del Señor; se hallará en ella alegría y gozo, alabanza y voces de canto" (Isaías 51:3).

La tierra volvió a florecer. El proceso de restauración se encuentra en un punto de desarrollo avanzadísimo, no sólo por la entrega valerosa de los pioneros sionistas, ni por el trabajo inmenso de transformación de los pantanos y los desiertos en huertos y regadíos, sino porque la "bella durmiente", como la denominaron muchos de sus bardos, la tierra que

Dios le dio a su pueblo en perpetuidad, despertó a la llegada de los hermanos del "príncipe", el pueblo judío que la despertó con los "besos" de las palas y los azadones, de los tractores y las cosechadoras.

El amor a Sión no tiene nada que ver con razones políticas ni raciales. Ni siquiera tanto con un pueblo, sino con una tierra sobre la cual Dios tiene la primera y la última palabra.

*"Mientras exista un corazón ardiente
donde palpita pura el alma hebrea,
y haya ojos que miren al Oriente,
y en Sión se concentre alguna idea,
nuestra esperanza no estará perdida,
nuestra esperanza, tierra sacrosanta,
de volver a la tierra prometida,
Donde David fundó la ciudad santa."*

(Ha-Tikvá, "La Esperanza", Himno del Movimiento Sionista, que en el año de la restauración del Estado de Israel, 1948, se convirtió en Himno Nacional).

"Ha-Tikvá" nos muestra la vinculación indisoluble del pueblo de Israel con su tierra, la que Dios les dio y cuyo centro es Sión, la ciudad de David. Allí está la existencia del pueblo hebreo, desde el día en que Dios -¡bendito sea su nombre!- habló del lugar que escogería para que sobre él reposara el resplandor de su gloria, hasta el día en que habitará entre su pueblo, conforme a su promesa:

"He aquí que el Señor hizo oír hasta lo último de la tierra: Decid a la hija de Sión : He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él, y delante de él su obra. Y les llamarán Pueblo Santo, Redimidos del Señor; y a ti te llamarán Ciudad Deseada, no desamparada". (Isaías 62:11-12).

Jesús de Nazaret dijo contundentemente de quién procede la salvación. No nos deja ninguna duda al respecto:

"Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos." (Juan 4:22).

Si tenemos el corazón rendido al amor de Dios, y hemos sido sacados de las tinieblas de nuestro pecado e ignorancia, y trasladados al reino de la luz admirable del Señor, todo ello ha sido a través de mensajeros judíos.

La iglesia naciente era plenamente consciente de su deuda de gratitud para con los hebreos, como se desprende de varios textos de las Escrituras griegas del Nuevo Testamento:

"Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalem. Pues les pareció bueno, y son deudores a ellos; porque si los gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, deben también ellos ministrarles de los materiales." (Romanos 15:26-27).

Esta ofrenda espontánea de amor de parte de las congregaciones cristiano-gentiles de Macedonia y Acaya le sirvió de inspiración al apóstol San Pablo para enseñarles a los creyentes de Roma cómo atender a los hermanos en sus necesidades.

¿Qué precisará la iglesia de nuestros días para despertar a la necesidad de consolar a Israel?
¿Qué hará falta para que millones de cristianos se rindan ante la evidencia de que Dios no ha desechado a su pueblo? ¿Cómo podremos seguir ignorando que Jesús encarna la quintaesencia de Israel?

"Y dirás a Faraón: El Señor ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito." (Exodo 4:22).

"El (Jesucristo) es imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación... Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el primogénito de entre los muertos para que en todo tenga preeminencia." (Colosenses 1:15,18).

La historia vuelve en forma de ciclos. Los enemigos del pueblo de Dios, a veces disfrazados de aparentes "cristianos", se manifiestan puntualmente. El odio hacia Israel, de naturaleza claramente satánica, está encabezado por el espíritu de "antimesías", con estrategias y manipulaciones inequívocamente suyas. Y la iglesia tiene que tomar partido. No existe neutralidad. Los neutrales son discípulos de aquel Pilato que ha pasado a la historia por lavarse las manos.

"El que no es conmigo - dice Jesús - contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama." (Mateo 12:30).

II
*"Nunca más te llamarán
Desamparada, ni tu tierra se
dirá más Desolada; sino que
serás llamada Hefzibá (" Mi
deleite está en ella"); porque
el amor del Señor estará en
ti, y tu tierra será desposada.
Pues como el joven se
desposa con la virgen, se
desposarán contigo tus hijos;
y como el gozo del esposo
con la esposa, así se gozará
contigo el Dios tuyo."*

(Isaías 62:4-5)

II.- PROMESA DE RESTAURACIÓN.

Aunque afortunadamente disminuye su número cada día, son todavía muchos los cristianos que se equivocan al creer que los judíos están bajo la ira de Dios. Otros, también numerosos, consideran que Israel es tan sólo un país más en medio del concierto de las naciones de la tierra, y que dentro de los planes salvíficos es la iglesia cristiana la que ocupa el lugar que Israel tuviera anteriormente.

Estos caminos del pensamiento, evidentemente, no permiten que el cristiano gentil se ocupe en el estudio de la profecía sobre la restauración de Israel. Muchísimos creen que

este asunto es intrascendente, que pertenece al Antiguo Testamento, y que en las páginas del Nuevo no hay nada más que silencio al respecto, como si se tratara de algo pasado, de una quimera epopéyica condenada al olvido.

Sin embargo, en las Escrituras griegas, conocidas popularmente como "Nuevo Testamento", se encuentra un texto que puede ayudarnos en la aclaración de esta antigua cuestión. La escena tiene lugar en el momento inmediatamente anterior a la ascensión gloriosa de nuestro Señor Jesucristo a la Alturas:

"Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo (Jesús): No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra." (Hechos 1:6-8).

La pregunta de los discípulos es la última que dirigen al Maestro. Ya no les queda tiempo. La ascensión de Jesús es inminente. El Señor resucitado ha pasado cuarenta días con ellos - la cuenta del Omer- y ahora va a producirse la separación temporal. Ellos no recuerdan las enseñanzas que Jesús les ha impartido durante su ministerio entre ellos acerca de su ascensión a la Gloria del Padre. Por lo tanto, creen que la separación va a ser para siempre. Sin embargo, van a estar solos durante diez días, hasta Shavuot (Pentecostés). Los discípulos sienten que van a quedar huérfanos hasta el derramamiento del Santo Consolador. Y entonces, con aires de premura, le hacen esta pregunta al Maestro: "Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?".

La mayoría de comentaristas de las Escrituras manifiestan que los discípulos estaban tan atados por su ideología etnocéntrica y nacionalista que en aquel instante, inmediatamente antes de la ascensión de Jesús a la diestra del Padre, le plantearon al Señor la pregunta que más pesaba en sus conciencias. Seguramente estaría presente ese sentimiento nacionalista, pero es igualmente plausible considerar que el anhelo de volver a estar con Jesús estuviera vinculado en los corazones de los discípulos con la restauración del Reino. Ambas expectativas serían concomitantes.

Lógicamente, no sería la primera vez que se suscitaba el tema. Debieron de hablar de la restauración de Israel en diversos momentos. ¿Cuándo le sería devuelta la soberanía nacional al pueblo de Israel? ¿Cuándo se retomaría a la teocracia?

Los comentaristas sugieren que el significado de la respuesta de Jesús es que la restauración de Israel carecía de importancia. Ellos simplemente tenían que limitarse a esperar la lluvia del Espíritu para iniciar su testimonio en Jerusalem, en Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra.

La proclamación del Evangelio de Cristo Jesús comenzó en Jerusalem, había de llegar hasta el último rincón de la tierra, y el pueblo judío sería como si no hubiera sido; como si todas las promesas y las profecías de la Biblia se hubieran disipado en neblina. Eso es lo que muchos comentaristas nos quieren vender a cambio de una teología-ficción con sabor a secta. Esa es la patraña que pretenden sembrarnos unos teologuillos que no pasan de ser aprendices de los filósofos griegos, incapaces de distinguir dos letras del alfabeto hebreo, el idioma de la Biblia que Jesús conoció. Fruncen el ceño ante la judeidad de toda la Escritura, de Jesús de Nazaret y de las raíces de la Iglesia, colando el mosquito, mientras se les cuele el camello de la filosofía griega disfrazada de cristiana.

Sin embargo, cuando nos aproximamos al texto y su contexto nos percatamos de algo muy diferente. Jesús jamás les dijo en aquella ocasión que la restauración de Israel careciera de importancia, ni mucho menos que Israel no sería restaurado. Dios no comenzó con su pueblo para después darle la espalda. El Señor siempre lleva a su plena realización todo cuanto comienza. El Señor es autor y consumidor de la fe.

Ante las posturas de saduceos y herodianos vendidos al poder invasor romano, fariseos que esperaban la intervención sobrenatural del Mesías para la eliminación de los enemigos de Israel, zelotes y sicarios dispuestos a la revolución violenta, y esenios apartados al Mar Muerto para establecer una sociedad paralela, distanciada de la corrupción religiosa, moral y política de los dirigentes hebreos sometidos a Roma, los discípulos debieron preguntarle a Jesús muchas veces acerca de la restauración del reino y la reunificación del pueblo. De modo que ante la inminente partida del Maestro era más que propio que se formulase la inquietante pregunta: "Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?"

Jesús no respondió lo que muchos quieren ver en sus palabras. El Señor no dijo: "Nunca". El Maestro no contestó diciéndoles que el Reino jamás le sería restaurado a Israel; que la nación hebrea nunca volvería a ser; que Israel como nación y estado eran cosas del pasado; que ahora lo único que había que hacer era predicar el Evangelio y nada más. Lo que Jesús responde, como hemos leído en Hechos 1:6-8, es que no debían en aquellos momentos quedarse pensando en la restauración del reino, por cuanto había un objetivo primordial -no único ni excluyente- que ellos debían de emprender entonces, comenzando en Jerusalem y continuando hasta lo último de la tierra. Pero respecto al restablecimiento del Reino de Israel, Jesús dejó las cosas perfectamente claras:

"No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad." (Hechos 1:7).

Jesús no les dice que no vaya a ser restaurada la nación hebrea, sino que hay tiempos y sazones que están sólo bajo la autoridad soberana del Padre. Y la restauración de la nación hebrea es de tal magnitud, y ocupa un lugar tan especial en los planes divinos, que es el Padre, sin intermediario alguno, quien se ocupa y encarga de semejante tarea, descomunal y

grandiosa.

Si aquellos discípulos se hubieran quedado pensando en la restauración del reino a Israel, mirando pasmados al cielo mientras su Maestro ascendía glorioso, el Evangelio nunca habría llegado hasta nosotros. Si aquellos primeros discípulos hubieran adoptado una aptitud mística, estática, a la expectativa de la intervención providencial del Altísimo, la Buena Nueva de la Salvación no habría salido de la tierra de Israel. Pero añadir que Jesús dijo que el reino no sería restaurado a Israel, es contradecir lo manifestado por Jesús.

Los discípulos obedecieron al Señor, predicaron el Evangelio en Jerusalem, y Judea; salieron del entorno estrictamente judío al entrar en Samaria, donde se produjo la primera mezcla entre judíos y gentiles dentro de la comunidad cristiana, y luego, desde Cesarea, el Evangelio iniciaría su andadura hacia todos los rincones de la tierra.

Jesús ha comisionado a sus discípulos la labor de proclamar la Buena Nueva de la gracia salvadora a todos los hombres. El Espíritu Santo ha sido derramado en los corazones de los discípulos para realizar la misión cristiana. Pero Dios no se ha olvidado de su pueblo Israel. La restauración es el plan divino que el Padre reserva bajo su sola potestad. Dios ama a Israel con amor eterno.

"Con gran amor nos has amado, Oh Eterno, Dios nuestro, y con inmensa misericordia te complaciste de nosotros... Por consideración a nuestros padres, que confiaron en ti y a quienes Tú enseñaste los estatutos de la vida, otorgándonos tu favor y enséñanos también.....Por cuanto hemos tenido fe en tu santo, grandioso y terrible nombre, regocijémonos y alegrémonos en tu salvación....Bendito seas, oh Eterno, que escogiste a tu pueblo Israel con amor." (Ahavá Rabá, "Con gran Amor", del Servicio Sinagoga Matutino).

No olvidemos que Dios ha revelado a su pueblo Israel sus propósitos durante el curso de la historia como no lo ha hecho con ningún otro pueblo o nación. Esta es la peculiaridad singular del pueblo hebreo. Ningún otro sobre la faz de la tierra ha tenido el papel de Israel en sus relaciones con Dios. Esto no debería sorprendernos, ya que el resultado de ese trato son las Sagradas Escrituras, registro histórico de esa relación. Además, la entrada de nuestro Dios en la humanidad ha sido mediante la encarnación del Verbo, de la Palabra, en el hombre Jesús, varón inequívocamente israelita:

“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque desearía yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.”

(Romanos 9:1-5).

Ahora bien, esto no significa que el judío como persona sea acreedor a bendiciones y recompensas que no estén disponibles y accesibles al gentil como ser humano singular. No debemos olvidar que el Señor trata con las personas individualmente, pero también lo hace con las generaciones, así como con las naciones y los pueblos de manera social y colectiva. Por eso es que nos conviene tener presente que a ningún otro pueblo o nación se le ha profetizado y prometido una conversión masiva en arrepentimiento y fe:

“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.” (Romanos 11:25-26).

No debemos ignorar que la separación del Señor respecto de algunas de las ramas naturales ha sido temporal. De lo contrario, como tristemente ha acontecido históricamente, y como alcanza a nuestros días, los cristianos gentiles nos volveremos altivos y jactanciosos para con el pueblo hebreo. La promesa del Señor es la plena restauración de su pueblo amado:

“Andaré y volveré a mi lugar, hasta que reconozcan su pecado y busquen mi rostro. En su angustia me buscarán.” (Oseas 5:15).

El tiempo determinado por el Señor es el fin de los días, como se desprende de los siguientes textos:

“Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin estatua, sin efod y sin serafines. Después volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey; y temerán al Señor y a su bondad en el fin de los días.” (Oseas 3:4-5).

“Te levantarás y tendrás misericordia de Sión, porque es tiempo de tener misericordia de ella, porque el plazo ha llegado.” (Salmo 102:13).

Aunque el Señor ha tenido siempre un remanente fiel entre los hijos de Israel, la gran promesa del capítulo 11 de la Epístola a los Romanos es que el Señor volverán a injertar en el olivo bueno aquellas ramas naturales que Él mismo desgajó un día por su incredulidad. Esto acontecerá cuando el número electo de los paganos se complete. Cuando el último de los gentiles llamados a vida eterna se dé la vuelta de su pecado y rinda su vida a Jesús de Nazaret como su Señor y Salvador personal, entonces se cumplirá lo establecido por el Señor, Dios de Israel para todas las naciones, pueblos y tribus: “Todo Israel será salvo.” (Romanos 11:26).

Esta promesa de restauración está condicionada a la plenitud del número de gentiles convertidos a la fe de Jesucristo –el cumplimiento de los tiempos de los gentiles- cuando se completará el plan salvífico que Pablo el apóstol nos da en términos del endurecimiento en parte de Israel, para la salvación de los gentiles, provocando a los judíos a celos, hasta el día en que la gracia del Señor se vuelva hacia Israel, con el derramamiento del Espíritu Santo sobre toda la nación hebrea, dondequiera que se encuentren, cumpliéndose así lo anunciado por los profetas de antiguo:

“Pues como vosotros (los gentiles) también en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos (los judíos), así también estos (los judíos) ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros (los gentiles), ellos (los judíos) también alcancen misericordia. Porque Dios sujetó a todos (judíos y gentiles) en desobediencia, para tener misericordia de todos.” (Romanos 11:30-32).

Así es como podemos comprender por qué el Señor les encargó a los apóstoles la proclamación del Evangelio a todas las naciones, a todas las etnias, hasta completar el número de los gentiles llamados a vida eterna, para proceder después a la completa restauración de Israel. Esta promesa restauradora del pueblo y la nación hebreas no puede ser más gloriosa. Este es el “Nuevo Pacto” para Israel, según lo describió el profeta Jeremías:

“Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.” (Jeremías 31:33).

Lo más maravilloso de ese Pacto de Restauración de Israel será el hecho de que todos conocerán al Señor. El tipo de conversión que se describe en este texto profético es extraordinariamente grande. Nunca antes se ha conocido un arrepentimiento de semejantes dimensiones. No es comparable a ninguno de los grandes avivamientos espirituales registrados en la historia. De tal profundidad será el derramamiento del Espíritu Santo en los corazones de los israelitas, que no habrá necesidad en aquellos días de maestros ni instructores entre el pueblo de Dios:

“Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Señor; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.” (Jeremías 31:34).

Su alcance no será el acceso personal a la fe que nosotros conocemos, marcadamente individual, sino que su envergadura será de dimensiones nacionales, cual nunca

anteriormente sucedió. De ahí el énfasis en cuanto al conocimiento del Señor: “Todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Señor.” La dureza de cerviz y la rebeldía que caracterizaron al pueblo de Israel en el pasado desaparecerán para dar paso a una relación amorosa de dócil obediencia a los mandamientos, preceptos y ordenanzas de Dios.

III

"Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos"

(Juan 4:22)

III.- LA JUDEIDAD DEL NUEVO TESTAMENTO.

Muchos cristianos se contentan con llevar un ejemplar del Nuevo Testamento en el bolsillo. Ciertamente, es menos que nada. Creen que es la parte más importante de las Sagradas Escrituras. Pero Dios nos ha dado una Biblia con 66 libros, no sólo con 27.

Es ciertísimo que el Nuevo Testamento da por hecho lo que es explícito en el Antiguo, y que el Nuevo revela aquello no plenamente desarrollado en el Antiguo. Agustín de Hipona lo dijo así: "Vetus Testamentum in Novo patet, et Novum Testamentum in Vetere latet." ("El Antiguo Testamento en el Nuevo se hace patente, y el Nuevo Testamento en el Antiguo está latente"). Pero, equivocadamente, en muchos círculos cristianos parece como si tuviéramos que creer que la fidelidad de Dios ha ido depurándose y precisándose con el paso del tiempo; como si el Señor hubiera sido más cuidadoso al escoger las palabras y revelaciones en el conjunto de libros que conocemos como Nuevo Testamento que en las Escrituras hebreas del Antiguo Testamento.

Toda la Escritura es Palabra de Dios. Nada es insignificante en la Biblia. Y muchos

cristianos desconocen que el Nuevo Testamento es tan hebreo como el Antiguo. De forma sutil, han caído en la trampa de pensar que el Antiguo Testamento es judío, mientras que el Nuevo es cristiano, atribuyendo al adjetivo "cristiano" el sentido de "gentil", y distanciándolo de su sentido exclusivamente mesiánico.

Sin embargo, de los 27 libros neotestamentarios, todos, excepto dos, fueron redactados por autores inequívocamente judíos. E incluso esos dos escritos lucanos -el Evangelio según San Lucas y los Hechos de los Apóstoles- fueron compuestos por el médico Lucas, respecto al cual no podemos estar seguros si era un judío helenista, de la Diáspora, es decir, de lengua griega, o bien un gentil convertido al judaísmo. Aquí conviene tener en cuenta que en la época del Nuevo Testamento, muchos gentiles piadosos, cansados del sistema religioso politeísta del paganismo, abrazaron la fe de Israel en un solo Dios -Espíritu y Verdad- frente a la repugnancia del panteón pagano. Atraídos por el monoteísmo y la forma de vida de las comunidades judías de la cuenca mediterránea, se aproximaron a la sinagoga y a las Escrituras. Fueron conocidos como "temerosos de Dios", "prosélitos de la puerta" y "prosélitos de la Ley", según su grado de integración en la comunidad de Israel. Los "temerosos de Dios" eran gentiles que, atraídos por la espiritualidad de Israel, frecuentaban la sinagoga y leían las Escrituras. Los "prosélitos de la puerta" asistían a las celebraciones sinagogales y participaban de la vida religiosa de Israel, excepto en aquello para lo que se exigía ser legalmente judío. Los "prosélitos de la Ley", conocidos también por "prosélitos de justicia", eran ya legalmente miembros de la comunidad judía, siendo, en el caso de los varones, circuncidados conforme a la Ley.

Bien pudiera ser éste el origen del galeno Lucas. De manera que la judeidad del Nuevo Testamento queda plenamente patentizada. Y no sólo como colección de escritos, sino como período de la historia cristiana. Recordemos que, al menos durante la primera década de la vida de la iglesia, ésta no debió tener apenas gentiles entre sus miembros. Todos los apóstoles fueron judíos, sin una sola excepción. Y la sangre del Maestro fue absolutamente judía.

Aunque nos parezca algo muy sabido, hay millones de personas en la cristiandad que desconocen que Jesús pasó por su "Brit Milá", "Pacto de la Circuncisión", al octavo día de su nacimiento, como todo varoncito de familia hebrea piadosa. Fue presentado en el templo de Jerusalem, como nos lo relata Lucas:

"Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, el cual le había sido puesto por el ángel antes que fuese concebido. Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor." (Lucas 2:21-22).

Jesús pasa también por su "Bar Mitzvá" ("Hijo del Mandamiento") al llegar a la mayoría de edad bajo los preceptos de la Torá:

"Iban sus padres todos los años a Jerusalem en la fiesta de la pascua; y cuando (Jesús) tuvo doce años, subieron a Jerusalem conforme a la costumbre de la fiesta."
(Lucas 2:41-42).

Tras el incidente del extravío de Jesús, cuando sus padres le echan en falta en medio de la compañía de parientes y conocidos que regresaban a Nazaret, dice Lucas que José y María..."como no le hallaron, volvieron a Jerusalem buscándole. Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas."(Lucas 2:45-47).

La discusión de Jesús con los doctores de la Ley hace referencia a la porción de la Torá que el joven Yeshúa leyó en su "Bar Mitzvá", como todo varón judío al cumplir sus doce años de edad. Acostumbrado a asistir a la sinagoga cada Shabat con sus padres y hermanos, Jesús subió a la "bimá" -pupitre o púlpito de madera- y leyó la porción correspondiente de la Torá. El ministro de la sinagoga solía pedir al joven que no sólo la leyera, sino que hiciera una exposición. Así fue en el caso de Jesús en el Templo, donde los maestros de la Ley de Dios quedaron maravillados ante la sabiduría del muchacho en la exposición del texto que le dieron a leer.

Todo el ministerio de nuestro Señor Jesucristo gira en torno a las tres grandes fiestas de peregrinación:

Pésaj (Pascua), Shavuot (Pentecostés) y Sucot (Cabañas). Una lectura atenta a los relatos evangélicos nos muestra el seguimiento de este ciclo, así como la participación del Maestro en las grandes celebraciones, como es el caso de Janucá ("Dedicación"):

"Celebrábase en Jerusalem la fiesta de la dedicación. Era invierno, y Jesús andaba en el templo por el pórtico de Salomón." (Juan 10:22-23).

Todos los servidores escogidos por la comunidad judeocristiana de Jerusalem, según el capítulo 6 de Hechos de los Apóstoles, son judíos con nombres griegos, por ser de la Diáspora. Tal es también el caso de Timoteo, por ser hijo de madre israelita, a quien el apóstol Pablo opta por circuncidar para que no sea escandalosa su incircuncisión entre los de su nación:

"Después llegó a Derbe y a Listra; y he aquí, había allí cierto discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, pero de padre griego; y daban buen testimonio de él los hermanos que estaban en Listra y en Iconio. Quiso Pablo que éste fuese con él; y tomándole, le circuncidó por causa de los judíos que había en aquellos lugares; porque todos sabían que su padre era griego." (Hechos 16:1-3).

Con esta medida, Pablo logró poner fin a cualquier prejuicio que pudiera surgir frente a Timoteo. El medio gentil le estaba abierto para predicar el Evangelio, por cuanto de todos era conocido que el padre de Timoteo era gentil, pero al ser hijo de madre judía -lo cual era requisito fundamental para ser tenido por israelita- debía circuncidarse para evitar cualquier problema de identidad en los círculos hebreos.

La judeidad de Jesús, del Evangelio, de la Iglesia y del Nuevo Testamento no puede ser más evidente. Conocer a Jesús e ignorar o despreciar a su familia es de lo más paradójico que podemos imaginar.

La identidad judía de nuestro Salvador Jesús no termina al concluir la misión terrena del Maestro:

"No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel." (Mateo 15-24).

"Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos." (Apocalipsis 5:5).

"Yo Jesús he enviado a mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana." (Apocalipsis 22:16).

La judeidad de Nuevo Testamento debe ser tenida en cuenta por todo cristiano gentil. Tan hebreo es el profeta Jeremías, como el apóstol-pescador Simon Pedro; tan judío es Isaías como Jesús de Nazaret; tan israelita es Miriam, madre de Moisés, como otra Miriam - latinizada "María"- madre de Yéshua.

No olvidemos que la iglesia cristiana no nació como una institución gentil, sino que primeramente fue dada a Israel, en la tierra de Israel, y entre israelitas. El primer Pentecostés después de la Pascua de Jesús aconteció en Jerusalem, los primeros convertidos a la fe de Jesús fueron todos casi exclusivamente judíos. Sólo asumiendo estas realidades podremos comprender el alcance de las palabras de Pablo en la Carta a los Efesios:

"Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu." (Efesios 2:19-22).

IV

*"He aquí, yo traigo a mi
siervo el Renuevo."*

(Zacarías 3:8b)

IV.- ¿ANTIGUO Y NUEVO?

Recuerdo una sabrosa anécdota relatada por el profesor David Hartman, en un trabajo titulado: "El reto de Jerusalem", cuando en ocasión de un curso que impartía en el departamento de religión de una universidad canadiense, le preguntaron si creía en el Antiguo Testamento, a lo cual respondió: "No, yo creo en el Nuevo Testamento". Su interlocutor, más que sorprendido, le dijo extrañado: "Pero Señor, usted es rabino: ¿Cómo puede usted serlo y creer al mismo tiempo en el Nuevo Testamento?". Entonces el afamado profesor Hartman sabiamente respondió en estos términos: "Joven, lo siento, pero usted está usando "antiguo" y "nuevo" como términos evaluativos, no como adjetivos descriptivos. "Antiguo", en el marco de su discurso, significa algo que tuvo valor, pero que ya no lo tiene. Pero, verá usted, yo veo la Torá (Pentateuco) no como el "Antiguo Testamento", sino como algo "Nuevo", por cuanto la Palabra de Dios es viva y eternamente vinculante.

Esta anécdota del profesor Hartman nos ayudará a comprender la razón por la que cada día escuchamos más frecuentemente hablar de las "Escrituras hebreas" y de las "Escrituras griegas" o bien de la "Biblia hebrea", con el fin de evitar estas palabras tan confusas, ambiguas y contradictorias como pueden ser los adjetivos "Antiguo" y "Nuevo". De lo

contrario, la gran mayoría de los cristianos seguirán confundiendo este asunto tan entrañablemente doloroso para el pueblo de Dios. En realidad, en el abuso de estos dos vocablos, "Antiguo" y "Nuevo", radica toda la existencia y la extensión de la "teología de la sustitución o reemplazamiento", según la cual muchísimos cristianos creen equivocadamente que las Escrituras Hebreas (de Génesis a Malaquías) han sido reemplazadas o substituidas por el cuerpo de escritos que conocemos tradicionalmente como el "Nuevo Testamento".

La "teología de la sustitución o reemplazamiento" ha convencido a muchísimos cristianos que el Antiguo Testamento carece de vigencia, de actualidad, y, por consiguiente, no merece un estudio serio y consecuente, como si se tratara de "agua pasada".

Debemos de saber que el término "Nuevo Pacto" o "Nueva Alianza" (Ha-Berit Hajadashá) es el nombre con el que en el hebreo actual se designa "El Nuevo Testamento", mientras que la colección de libros hebreos que los cristianos gentiles solemos llamar "Antiguo Testamento", se conoce en hebreo como (Tanaj), un acróstico formado por la primera letra de las palabras correspondientes a las tres divisiones principales de las Escrituras hebreas; a saber:

(Torá), que significa literalmente "instrucción" o "enseñanza" y se deriva de una raíz que significa "señalar el camino con el dedo". Los cristianos gentiles nos referimos a esta parte de la Escritura como "la Ley" o "el Pentateuco".

(Neviim), literalmente los "llamados" es decir "los Profetas", sin ninguna connotación a "adivinos".

(Ketuvím), literalmente, "los Escritos".

El término "Nuevo Testamento" o "Nuevo Pacto" aparece en las Escrituras griegas conocidas popularmente por "Nuevo Testamento" en los siguientes textos:

“Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí.” (1ª Corintios 11:25).

“El cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica.” (2ª Corintios 3:6).

“Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna.” (Hebreos 9:15).

“A Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.” (Hebreos 12:24).

“Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.” (Mateo 26:28). (Ver también Marcos 14:24; Lucas 22:20).

Todo parece indicar que se trata de una referencia a la profecía de Jeremías, según la cual Dios promete hacer un día un "Pacto Nuevo", una "Nueva Alianza" con la casa de Israel y la casa de Judá. Ahora bien, este término debería traducirse más correctamente por "Pacto Renovado". Al entenderlo como "Renovado" nos ajustamos a todo el contexto bíblico. Sin embargo, al llamarlo "Nuevo", sin explicar el sentido de su novedad, muy fácilmente podemos caer en el error en que se hallan atrapados quienes creen que lo anterior ha envejecido y está pasado, cuando por el contrario, Dios renueva, hace nuevo, precisamente con la intención de que semejante renovación evite el envejecimiento de toda la relación aliancista con el pueblo del Señor.

La palabra "Testamento" en este contexto es una traducción igualmente engañosa del término griego “Diateke”, vocablo que puede significar "voluntad", "testamento" en el sentido de "última voluntad" o "pacto" y “alianza”, por lo que corresponde al equivalente hebreo “Brit”, cuyo significado es "Alianza"; pero, naturalmente, sin esa dualidad de significado que contiene su equivalencia griega. De ahí se desprende la facilidad con que se produce el malentendido.

El vocablo “Brit”, procedente de una raíz que significa “partir en dos mitades y pasar por medio de ellas”, es una de las palabras más empleadas en las Sagradas Escrituras. En las páginas hebreas de la Biblia aparece nada menos que 270 veces, y se trata, sin duda, de uno de los conceptos escriturales más importantes, ya que toda la relación de Dios con su pueblo es de naturaleza pactual o aliancista.

El término "Testamento", sin embargo, es bastante más complicado, puesto que, al darle el sentido castellano de "legado" o "herencia", podemos traicionar el sentido pactual que tiene el contexto bíblico.

"Nuevo", como hemos explicado, puede también producir un sentido equivocado para el lector de la Biblia en castellano, al igual que en cualquier otro idioma occidental. No hay ningún inconveniente en traducir este término por "Nuevo", siempre que el vocablo lo usemos como sinónimo de "Renovado", el cual se encuentra mucho más cercano al sentido intencional en que se emplea en la Biblia. Si las referencias neotestamentarias al "Nuevo Pacto" apuntan a Jeremías 31:31, entonces estamos obligados a considerar todo el espectro semántico del vocablo “Jadashá”, que es la voz hebrea traducida por "Nuevo" en el texto de Jeremías 31:31.

"He aquí que vienen días, dice el Señor, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá". (Jeremías 31:31).

Al igual que en todas las otras lenguas de raíz semítica, "Jadashá" significa en el hebreo bíblico "ser o llegar a ser nuevo", "renovarse". En la lengua hebrea, este sentido de "nuevo" no se refiere solo a algo que no existía con anterioridad, sino también a algo ya existente que ha experimentado una restauración o renovación. Cuando este mismo adjetivo se emplea en el contexto de los edificios o monumentos, señala la restauración o remodelación de una construcción de un edificio con una estructura completamente nueva:

"Cuando oyó Asa las palabras y la profecía del profeta Azarías hijo de Obed, cobró animo, y quitó los ídolos abominables de toda la tierra de Judá y de Benjamin, y de las ciudades que él había tomado en la parte montañosa de Efraín; y reparó el altar del Señor que estaba delante del pórtico del Señor... Después de esto, aconteció que Joás decidió restaurar la casa del Señor... y el rey y Joiada lo daban a los que hacían el trabajo del servicio de la casa del Señor; y tomaban canteros y carpinteros que reparasen la casa del Señor y artífices en hierro y bronce para componer la casa." (2ª Crónicas 15:8; 24:4 y 12).

"Reparar la casa del Señor", "restaurar", "componer"; eso es lo que nosotros llamamos "Nuevo". De este modo, en castellano nos referimos a la "luna nueva", pero no queremos decir que se trata de una luna que antes no existía, ni que la antigua luna haya quedado anulada o desaparecida, sino que la luna se renueva cada mes. Cada novilunio vuelve a representar el comienzo de un ciclo de evolución, hasta que la dualidad haya concluido, cuando la luz de la luna alcance el mismo resplandor del sol, con la luz de la Creación, y no el reflejo solar, y éste adquiriera un resplandor inimaginable para nosotros hoy, tal y como lo profetiza el libro de Isaías:

"Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol siete veces mayor (literalmente "siete veces más clara"), como la luz de siete días, el día que vendare el Señor la herida de su pueblo, y curare la llaga que él causó." (Isaías 30:26).

Esto acontecerá cuando todo haya vuelto a la armonía que Dios tiene preparada para toda su Creación. De manera que el sentido hebreo de la palabra "mes" "jodesh", se deriva curiosamente de la misma raíz que "Jadashá", es decir, "nuevo". Sólo así podemos comprender el sentido verdadero de "nuevo" al referirnos al Nuevo Testamento, sin las connotaciones de anulación o abrogación de lo anterior, tan habituales entre los cristianos gentiles.

Todo esto puede servirnos como ejemplo ilustrativo del desconocimiento de la terminología hebrea de las Sagradas Escrituras, lo que, naturalmente, colabora en el surgimiento de la jactancia que ha llevado tristemente a tantos cristianos gentiles a abrazar la teología de la

sustitución o reemplazamiento de Israel por la iglesia.

V

"Si leemos los capítulos 9 al 11 de la Epístola de San Pablo a los Romanos, veremos que nosotros no podríamos ser cristianos hoy de no haber sido por los judíos, de modo que tenemos una inmensa deuda de gratitud para con ellos....Israel nos ha dado la Biblia, los profetas y el Mesías Jesucristo."

(George Carey, Arzobispo de Canterbury, Revista Time, 2 de Septiembre, 1991).

V.- RAMAS NATURALES E INJERTADAS.

En la Carta a los Romanos encontramos una breve palabra que nos permite, como si de una llave maestra se tratara, abrir muchas puertas en las Sagradas Escrituras. Se halla en el capítulo 11 de esta epístola paulina, y es capital para comprender el sentido de la historia de la salvación y el significado del pueblo de Israel:

"Así que en cuanto al Evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios." (Romanos 11:28-29).

¿Cómo pretenden los defensores de la substitución o reemplazamiento del pueblo hebreo por la iglesia decirnos que Dios ya no tiene vínculos especiales con Israel? ¿Cómo pueden pretender hacernos creer que Israel no es ni más ni menos que cualquier otra nación? ¿Acaso puede borrarse un pasado impregnado de promesas divinas, muchas de las cuales ya se han materializado, mientras que otras quedan pendientes dentro de la economía divina?

¿Es que Dios puede decirse y contradecirse? La respuesta bíblica es corta, clara y contundente: "Irrevocables son los dones y el llamamiento divino" (Romanos 11:29).

La clave está en la palabra "elección". En todos los demás textos neotestamentarios el término hace referencia a la cristiandad. Esto es ciertísimo, y, naturalmente, nadie pone ninguna objeción al respecto, siempre que se trate de aplicación a la iglesia; pero en Romanos 11:29, como un precioso tesoro guardado en el seno de esta misiva paulina, la elección divina apunta directamente al pueblo de Israel:

"Así que en cuanto al Evangelio, son enemigos..." ¿Quiénes son "ellos"? ¿Quiénes son estos "enemigos"? Ciertamente, no es la iglesia, ni la gentilidad. Son los judíos. Pero, en la segunda parte del versículo 28, en lo que se refiere a la "elección", los judíos son "amados". ¿Por qué? Porque "los dones y el llamamiento divinos son irrevocables", dice el versículo 29.

Lo más probable es que hayamos escuchado muchos sermones sobre este carácter permanente de los dones de Dios, pero nunca o rara vez hicieron referencia al pueblo hebreo, sino a la iglesia. Sin embargo, en este texto de la Carta a los Romanos queda perfectamente claro que el Espíritu Santo movió a Pablo a expresar categóricamente la irrevocabilidad de la elección divina respecto del pueblo de Israel.

El apóstol manifiesta que los judíos son enemigos "por causa de vosotros"; es decir, para que el Evangelio llegase a nosotros, los gentiles. La proclamación del Evangelio a todos los pueblos de la tierra no habría sido posible sin una Diáspora judía. De ahí que el retorno del pueblo hebreo a la tierra de Israel se va realizando en la misma proporción en que el Evangelio alcanza todos los rincones del mundo. Es evidente, pues, que si no hubiera sido por la caída de Israel en parte, nunca habríamos sido beneficiarios de la riqueza de las Sagradas Escrituras. Toda nuestra ganancia -La Biblia, la ética profética y el Evangelio- ha tenido por precio la caída en parte del pueblo judío. De ahí nuestro sentido de deuda de gratitud hacia nuestros hermanos mayores en la fe, la familia de Jesús en la carne y en las promesas:

"Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿Cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertadas en su propio olivo?" (Romanos 11.24).

¡Cuántos cristianos ignoran este texto! ¡Cuántos discípulos gentiles del judío Jesús desconocen este misterio revelado en la Escritura! ¿Y cuál es su propio olivo? Es el cuerpo del Mesías, en el que hemos sido injertados cuantos hemos abierto nuestro corazón al Señor Jesucristo. ¿Qué eres tú, y qué soy yo, según la pluma inspirada del apóstol San Pablo? Una rama de acebuche, de olivo silvestre, amargo e improductivo, injertada por Dios contra naturaleza, como sólo Él podía hacerlo. ¿Y quiénes son "ellos"? Las ramas naturales del olivo bueno. De ahí que los judíos sean el "olivo cultivado", más refinado espiritualmente que la mayoría de los cristianos gentiles. De ahí que su mirada les permita ver y acceder a profundidades escriturales que permanecen ocultas a los ojos del creyente gentil, educado y acostumbrado a hacer una lectura bíblica desde una perspectiva grecolatina y filosófica. No en vano viene el Señor cultivando a su pueblo Israel desde el inicio de su amistad con su siervo Abraham, mientras que nosotros somos injertos mucho más recientes, muy endeblés y frágiles, muy poco cultivados; recién prendidos por Dios en el olivo bueno mediante el don divino de la fe.

Ahora bien, es muy probable que en este punto de nuestra reflexión nos preguntemos cómo es posible que siendo profundos conocedores de las Escrituras, puedan leer por ejemplo, el Salmo 22 y el capítulo 53 del libro del profeta Isaías, entre otros textos de la Biblia, y no ver claramente la mesianidad de Jesús de Nazaret:

"Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has desamparado?...Mas yo gusano soy, y no hombre; despreciado del pueblo. Todos los que me ven me escarnecen, estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó al Señor; líbrele él; Sálvele, puesto que en él se complacía...Horadaron mis manos y mis pies..." (Salmo 22:1, 6-8, 16).

"¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo del Señor? Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual por su camino; mas el Señor cargó con el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso

con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca. Con todo esto, el Señor quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad del Señor será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos. Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartiré despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo el llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores." (Isaías 53).

Nos parecen textos mesiánicos saturados de referencias a la vida y pasión de nuestro Señor Jesucristo. Por eso es que nos preguntamos cómo pueden pasarles inadvertidos a tantos judíos. Pero la verdad es que si nos preguntamos quién nos abrió los ojos para creer en Jesús y abrirle el corazón, la respuesta será que si el Señor no nos hubiera dado luz para ver, estaríamos tan ciegos espiritualmente como esas personas, dentro y fuera de las congregaciones, a quienes les pasan totalmente desapercibidas las enseñanzas del Maestro. ¿Acaso no conocemos a personas que llevan muchos años asistiendo a cultos, sin haber alcanzado más luz que el día que entraron por primera vez en una iglesia? Sólo cuando el Señor tocó nuestros ojos pudimos ver, y sólo cuando Él acarició nuestro corazón pudimos creer.

"Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero." (Juan 6:44).

De modo que el velo puesto delante de los ojos del judío respecto a Jesús de Nazaret, es el mismo velo que ante los ojos del cristiano gentil no le permite ver el amor eterno de Dios para con su pueblo Israel, su relación pactual inamovible y el carácter irrevocable del llamamiento con que el Altísimo formó, liberó y ató con cuerdas de amor a la descendencia de Jacob.

"Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás al Señor." (Oseas 2:19-20).

La ceguera de amplios sectores de la cristiandad gentil respecto a Israel se evidencia tan pronto como nos aproximamos al texto del capítulo 11 de Romanos:

"Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos. Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿Cuánto más su plena restauración?..... Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos? Si las primicias son santas, también lo es la

masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas....Porque no quiero hermanos que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados... porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios." (Romanos 11:11-12, 15-16, 25-27, 29).

Si hemos abierto nuestro corazón a Jesucristo, recibéndole como nuestro único Señor y Salvador, personal, eterno y todo suficiente, es porque en su gracia soberana el Señor ha apartado de nuestras vidas la impiedad. Si Dios ha hecho esta obra en nosotros -las ramas silvestres- el Altísimo ha prometido realizar esa misma liberación en las naturales, el pueblo de Israel. Y si algunas ramas han sido cortadas, la causa ha sido su incredulidad, y sólo temporalmente ha ocurrido el distanciamiento:

"Vuélvete, oh rebelde Israel, dice el Señor; no haré caer mi ira sobre ti, porque misericordioso soy yo, dice el Señor, no guardaré para siempre mi enojo... Convertíos, hijos rebeldes, dice el Señor, porque yo soy vuestro esposo; y os tomaré uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sión; y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia... En aquel tiempo llamarán a Jerusalem: Trono del Señor, y todas las naciones vendrán a ella en el nombre del Señor en Jerusalem; ni andarán más tras la dureza de su malvado corazón." (Jeremías 3:12; 14-15;17).

"Andaré y volveré a mi lugar, hasta que reconozcan su pecado y busquen a mi rostro. En su angustia me buscarán" (Oseas 5:15).

"Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin estatua, sin efod y sin terafines. Después volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey; y temerán al Señor y a su bondad en el fin de los días." (Oseas 3:4-5).

"Te levantarás y tendrás misericordia de Sión, porque es tiempo de tener misericordia de ella, porque el plazo ha llegado." (Salmo 102:13).

Es interesante considerar la palabra original traducida al castellano por "desgajadas" al hablar de las ramas naturales. Se trata del verbo "desgajar quebrando, chascando, rompiendo". En el lugar donde se ha sido desgajada la rama natural se injerta la nueva rama. Esta recibe la sabia del olivo, y vive, y da fruto, pero la natural que ha sido quebrada y desgajada se seca y muere. La imagen botánica que el Espíritu Santo promueve en el escrito paulino no puede ser más bella. Tú, amigo lector, cristiano gentil, has podido gozar del perdón de los pecados y del don nunca merecido de la vida eterna por la caída de las ramas naturales... Pero, ¿dónde dice la Palabra de Dios que el Señor ha terminado su

relación con el pueblo de Israel? ¿Dónde nos enseña la Santa Biblia que el Eterno ha revocado sus dones y llamamiento eternos?

"Aunque mi padre y mi madre me dejarán, con todo, el Señor me recogerá." (Salmo 27:10).

¿Dónde dice el Señor que ha dejado, que ha abandonado, a su pueblo Israel? En ningún lugar. El idilio de Dios con la simiente de Abraham es eterno, para este mundo y para el venidero, como dijeron tantas veces los sabios antiguos de Israel.

VI

"...y luego todo Israel será salvo."

(Romanos 11:26).

VI.- DEFECCIÓN Y PLENITUD

El versículo 12 del capítulo 11 de la Epístola a los Romanos contiene una diminuta palabra cargada de significado:

"Y si tu transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más es su plena restauración?"

"Y si...". Pablo no está haciendo hincapié aquí ni de la defección de los judíos, en parte, ni de la riqueza de la gentilidad, igualmente en parte, sino de la plena restauración de Israel, esa plenitud que Dios Padre ha prometido realizar, bajo su sola potestad, cuando el número de los gentiles llamados a ser salvos se complete:

"Porque no quiero hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad." (Romanos 11:25-26).

“Y tu pueblo, todos ellos serán justos, para siempre heredarán la tierra; renuevos de mi

plantío, obra de mis manos, para glorificarme.” (Isaías 60:21).

Después de considerar estos textos de la Biblia, ¿cómo puede seguir enseñándose que Dios ha acabado con el pueblo judío? La respuesta que hallamos en muchos comentaristas bíblicos es que la transgresión y la defección de Israel supusieron la pérdida de su estado nacional, de su sistema económico, de sus instituciones sociales, políticas y religiosas, de la capitalidad de Jerusalem, de su territorio y de su posición espiritual ante Dios; pero su plenitud sólo puede ser individual y espiritual. No hace falta ser muy avisado para percatarse del juego doble que estos comentaristas hacen. Aplican unas reglas exegéticas a la primera parte del versículo 12, y otras reglas opuestas y contradictorias a la segunda parte del mismo.

"Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿Cuánto más su plena restauración?" (Romanos 11:12).

Si la segunda parte del versículo es espiritual e individual (“la plena restauración de Israel”), entonces ¿porqué no lo es también la primera? (“la transgresión y la defección de Israel”). ¿Por qué la “transgresión y la defección” deben ser de alcance nacional, mientras que la “restauración plena” ha de ser limitada al individuo? ¿Significa esto entonces que si un judío se hace cristiano y entra a formar parte de la membresía de una iglesia cristiana, ya ha recibido la plenitud de restauración prometida?

Eso es lo que pretenden hacernos creer muchos comentaristas bíblicos. Esa es la enseñanza sembrada durante muchos siglos en el corazón del creyente cristiano gentil. Sin embargo, el texto paulino que nos ocupa no enseña semejante despropósito:

"Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos." (Romanos 11:11).

Si la transgresión y la defección de Israel supusieron la pérdida de su nación, del solar patrio, del territorio, etc., etc., entonces su plena restauración debe necesariamente comprender todos estos aspectos nacionales. Y la historia ha confirmado ya sobradamente que estamos en lo cierto, a pesar de todos los enconados esfuerzos realizados en sentido contrario, mediante las más forzada espiritualización de los textos; que esta enseñanza apostólica no es una mera parábola, una simple alegoría, sino que se trata de una enseñanza gloriosa, salvaguardada en el corazón de uno de los documentos más importantes del “corpus paulino” y de todo el Nuevo Testamento.

¿Cómo ha podido pasar inadvertida esta enseñanza de la plena restauración de Israel, al completarse en número de los gentiles dentro de la iglesia, hallándose, curiosamente, en el mismo texto novotestamentario en que se encuentran las grandes doctrinas de la fe

cristiana, tales como la justificación por la sola fe, la salvación por la sola gracia, la liberación total de toda condenación para cuantos están en Cristo Jesús, la santificación en el Amado mediante la obra del Espíritu Santo, y muchas otras de las principales y más características enseñanzas cristianas?

En medio del texto neotestamentario de la Carta a los Romanos -no en un escrito del Antiguo Pacto- se manifiesta irrefutablemente que Dios no ha desechado a su pueblo Israel en ninguna manera, porque su elección y su llamada son divinas, y, por consiguiente, irrevocables.

La historia más reciente lo confirma. Nosotros somos testigos del cumplimiento de los planes eternos de Dios respecto a los tiempos y sazones que el Padre bendito tiene bajo su sola potestad. La restauración plena de Israel está en marcha. Su proceso será a la inversa. Todo ha comenzado con la recuperación del territorio nacional en el territorio llamado "Siria-Palestina" por los romanos, en el solar dado por Dios a su pueblo Israel a perpetuidad:

"He aquí yo te haré crecer, y te multiplicaré, y te pondré por estirpe de naciones; y daré esta tierra a tu descendencia después de ti por heredad perpetua." (Génesis 48:4).

Tras la recuperación de la tierra vino la economía nacional, las instituciones sociales, políticas y religiosas, y la capitalidad de Jerusalem. La apoteosis final será el levantamiento del velo entre judíos y cristianos.

El anhelo de nuestros padres en la fe, de los profetas y de todos cuantos nos precedieron en la esperanza mesiánica, fue que Israel respondiera al llamamiento divino a ser vaso escogido, luz para revelación a los pueblos, vehículo de salvación para todas las naciones del mundo:

"Y el Señor será rey sobre toda la tierra. En aquel día el Señor será uno, y uno su nombre". (Zacarías 14:9).

En el núcleo de este proyecto divino se encuentra el Mesías prometido a Israel como luz reveladora:

"Y movido por el Espíritu, Simeón vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel." (Lucas 2:27-32).

Sólo hay dos comunidades en esta tierra que creen y esperan al Mesías: El pueblo judío y la

iglesia cristiana. Sólo estas dos comunidades le esperan en conformidad con las promesas contenidas en las Sagradas Escrituras, si bien el Mesías, como anhelo humano de paz y justicia, le hace ser esperado por todos los pueblos:

"Porque así dice el Señor de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho el Señor de los ejércitos." (Hageo 2:6-7).

La diferencia entre judíos y cristianos respecto a los demás colectivos humanos es que las naciones, las gentes, no saben a quién esperan; lo suyo es un anhelo de la intervención divina en la resolución de la problemática humana; pero, naturalmente, ese deseo pierde ardor en la medida en que avanza la secularización y la increencia.

Entre judíos y cristianos, sin embargo, la diferencia radica en que el pueblo israelita espera la venida del Mesías por primera vez, mientras que la cristiandad cree que el Mesías ya ha venido, y pronto volverá. Lo que muchos cristianos ignoran, con lo que se aporta confusión más que claridad, es que el Mesías ya ha venido, ya ha estado entre nosotros, efectivamente, pero no como tal, no como Mesías Triunfante, sino como Siervo Sufriente, encarnando al remanente fiel de Israel, como quintaesencia del pueblo de la promesa:

"He aquí mi siervo, yo lo sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones." (Isaías 42:1).

"A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero el mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que este Jesús al que vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo (Mesías)." (Hechos 2:32-36).

Muy pronto el pueblo de Israel va a resplandecer con el fulgor de la gloria divina. El número de los gentiles, sobre los cuales es invocado el nombre del Señor, está completándose. Y cuando ese número de gentes de entre todos los pueblos y lenguas esté pleno, y el contingente de adoradores del Dios de Abraham, Isaac y Jacob -el Santo de Israel- alcance la plenitud de designio divino, entonces el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo restaurarán a su pueblo Israel. Entonces será cuando el Libertador apartará la impiedad de Jacob, descorrerá el velo, y se cumplirán las palabras proféticas de Zacarías:

" Así ha dicho el Señor de los ejércitos: Aún vendrán pueblos, y habitantes de muchas ciudades, y vendrán los habitantes de una ciudad a otra, y dirán: Vamos a implorar el favor del Señor, y a buscar al Señor de los ejércitos. Yo también iré. Y vendrán muchos pueblos y

fuertes naciones a buscar al Señor de los ejércitos en Jerusalem, y a implorar el favor del Señor. Así ha dicho el Señor de los ejércitos: En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío, diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros." (Zacarías 8:20-23).

Tú y yo somos parte de esa gentilidad que se ata a los flecos del "Talit" o "manto de oración" del judío Yeshúa. Y esto es tan extraordinariamente maravilloso, que el apóstol San Pablo prorrumpe en un canto de alabanza al Eterno:

"¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén." (Romanos 11:33-36).

El Señor está provocando a celos a su pueblo Israel con su amor para con los gentiles. Así fue profetizado ya en los días de Moisés:

"Ellos me movieron a celos con lo que no es Dios; me provocaron a ira con sus ídolos; yo también los moveré a celos con un pueblo que no es pueblo, los provocaré a ira con una nación insensata." (Deuteronomio 32:21).

"Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios, que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia." (1ª Pedro 2:9-10).

VII

*"Y convocados todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta:
Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un guiador que apacentará a mi pueblo Israel."*

(Mateo 2:4-6)

VII.- JESÚS DE NAZARET Y LOS SUYOS.

En la casi totalidad de las iglesias locales que he conocido –y puedo asegurar que han sido muchas- siempre he encontrado a hermanos convencidos de que los "judíos mataron a Jesús". La vieja y podrida acusación sobre Israel como "pueblo deicida" se mantiene en bastantes círculos cristianos. Esto es tan penoso como cierto. Es una patraña emparentada con la gracia barata del revivalismo superficial y televisivo, impregnado de simonía

milagrera, que predomina en nuestros días, y que se encuentra a millones de años luz del Evangelio del Reino y de la Gracia de nuestro Señor Jesucristo.

"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido... En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen." (Mateo 6:17-18; 23:2-3).

La actitud del pueblo judío hacia Jesús queda patente en bastantes textos evangélicos. En ellos podemos ver a las multitudes que siguen al Maestro, maravillándose de su poder, entusiasmándose con la autoridad con que predicaba la Buena Noticia, y beneficiándose de sus milagros y actos poderosos, señales de la cercanía del Reino de Dios:

"Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y parálíticos; y los sanó. Y le siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalem, de Judea y del otro lado del Jordán.... Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina.... Y echando fuera el demonio, el mudo habló; y la gente se maravillaba, y decía: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel.... Oyéndolo Jesús, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado; y cuando la gente lo oyó, le siguió a pie desde las ciudades.... Cuando le conocieron los hombres de aquel lugar, enviaron noticia por toda aquella tierra alrededor, y trajeron a él todos los enfermos; y le rogaban que les dejase tocar solamente el borde de su manto; y todos los que lo tocaron quedaron sanos...Y se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó; de manera que la multitud se maravillaba, viendo a los mudos hablar, a los mancos sanados, a los cojos andar, y a los ciegos ver, y glorificaban al Dios de Israel." (Mateo 4:24-25; 7:28; 9:33; 14:13; 14:34-36; 15:30-31).

La popularidad de Jesús es igualmente evidente en el relato evangélico según San Marcos:

"Y se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.... Y muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea... Jesús ya no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes... Y se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos ni aún podían comer pan... Y recorriendo toda la tierra de alrededor, comenzaron a traer de todas partes enfermos en lechos, a donde oían que (Jesús) estaba. Y dondequiera que entraba, en aldeas, ciudades o campos, ponían en las calles a los que estaban enfermos, y le rogaban que les dejase tocar siquiera el borde de su manto, y todos los que le tocaban quedaban sanos...Y en gran número se maravillaban, diciendo: Bien lo ha hecho todo, hace a los sordos oír, y a los mudos hablar... Levantándose de allí, vino a la

región de Judea y al otro lado del Jordán; y volvió el pueblo a juntarse a él, y de nuevo les enseñaba como solía..." (Marcos 1:22;28;45;3:20; 6:55-56; 7:37; 10:1).

La popularidad de Jesús entre su pueblo continuó hasta la semana de su pasión y muerte:

"Y los que iban delante y los que venían detrás daban voces diciendo: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!... Y lo oyeron los escribas y los principales sacerdotes, y buscaban como matarle; porque le tenían miedo, por cuanto todo el pueblo estaba admirado de su doctrina..." (Marcos 11:9; 18).

Con estos textos concuerda perfectamente la palabra que hallamos en el relato evangélico de Marcos, referente a la multitud a la orilla del Mar de Galilea:

"Mas Jesús se retiró al mar con sus discípulos, y le siguió una gran multitud de Galilea. Y de Judea, de Jerusalem, de Idumea, del otro lado del Jordán, y de los alrededores de Tiro y de Sidón, oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él." (Marcos 3:7-8).

Esta popularidad de Jesús fue la causa de la envidia hacia el Maestro, y del miedo que los dirigentes tenían del pueblo, como se desprende de los textos siguientes:

"Pero al buscar cómo echarle mano, temían al pueblo, porque éste le tenía por profeta... Entonces los principales sacerdotes, los escribas, y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote llamado Caifás, y tuvieron consejo para prender con engaño a Jesús, y matarle. Pero decían: No durante la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo.... Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiese a Barrabás, y que Jesús fuese muerto." (Mateo 21:46; 26:3-5; 27:20).

Son los dirigentes, la nobleza laica y clero alto, quienes vendidos al poder romano, acusan y juzgan a Jesús, poniéndole en manos de la justicia imperial romana para que ejecuten la sentencia, nunca el pueblo de Israel, sino sus dirigentes:

"Vinieron los fariseos y saduceos para tentarle, y le pidieron que les mostrase señal del cielo. Mas él (Jesús) respondiendo, les dijo: Cuando anochece decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arreboles. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad; porque tiene arreboles el cielo nublado. ¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos no podéis!... ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas...! Vosotros también llenad la medida de vuestros padres!...De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación." (Mateo 16:1-3; 23:13; 23:32).

Desde la perspectiva de Jesús, los auténticos representantes de Israel no son las clases dirigentes, el clero alto, ni los gobernantes traidores, vendidos al poder romano imperialista,

sino la gente llana, el pueblo sencillo, tales como José y María, Zacarías e Isabel, los pastores y la muchedumbre:

"Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo. Y se extendió la fama de él por toda Judea, y por toda la región de alrededor... Y cuando la gente lo supo, le siguió; y él les recibió, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban ser curados...Al día siguiente, cuando descendieron del monte, una gran multitud les salió al encuentro... Haced que os penetren bien en los oídos estas palabras; porque acontecerá que el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres... Pero algunos de ellos (escribas y fariseos) decían: Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios... En esto, juntándose por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir a sus discípulos, primeramente: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía...." (Lucas 7:16-17; 9:11; 37; 44; 11:15; 12:1).

Estas gentes del pueblo sencillo tuvieron en común, según nos muestra Lucas, la nota distintiva del verdadero Israel, el remanente pobre y fiel. Esa nota es -siempre lo ha sido y lo será- la esperanza del Reino: Simeón, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel... Ana, la profetisa, que servía al Señor de noche y día con ayunos y oraciones, "presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño (Jesús) a todos los que esperaban la redención en Jerusalem." (Lucas 2:38).

Sin embargo, este grupo no estuvo totalmente reducido a los pobres del pueblo, a los pobres de la tierra, sino que hubo entre los seguidores de Jesús algunas excepciones sociales: Zacarías pertenecía a una familia sacerdotal, José de Arimatea era hombre rico, e incluso hubo algunos amigos de Jesús entre los fariseos:

"Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa... Luego que hubo hablado, le rogó un fariseo que comiese con él; y entrando Jesús en la casa, se sentó en la mesa... Aquel mismo día llegaron unos fariseos diciéndole: Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar." (Lucas 7:36; 11:37; 13:31).

Jesús no busca ayuda del estado, representado por Herodes, ni pide subvenciones para realizar su labor de proclamación del Evangelio del Reino, antes bien les responde así a sus amigos fariseos, buscadores de favores:

"Id y decid a aquella zorra (Herodes): He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra. Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalem." (Lucas 13:32-33).

Jesús muestra en el Evangelio que había fariseos que también eran partidarios del Reino de Dios, y la prueba la tenemos en este texto:

"Aquel (fariseo), respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo (Jesús): Bien has respondido; haz esto y vivirás". (Lucas 10:27-28).

Jesús se mezcló libremente con pecadores y publicanos. Naturalmente, esto provocó críticas por parte de los fariseos y escribas:

“Y los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos (de Jesús), diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? Respondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos... No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento... Se acercaban a Jesús los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe y con ellos come..." (Lucas 5:30-31: 15:1-2).

Jesús provocó a los dirigentes del pueblo, los que tenían fama de justos, sin serlo; los que aparentaban ser decentes de toda la vida, ocupaban los primeros asientos, como autoridades, nobleza laica, clero alto, cortesanos del reyezuelo Herodes, etc, etc. Jesús llamó "justos" a los hipócritas, hombres ciegos para ver sus propios errores, religiosos en constante autojustificación; castas y clanes que se creían -como los hay todavía hoy- acreedores y merecedores de un trato especial de parte de Dios. Son los que se tienen por especialmente virtuosos, confían en sus propias fuerzas, y, aunque cumplen muchos preceptos de la Ley del Señor, menosprecian a quienes no lo hacen. Jesús llama "justos", con fina ironía, en contraste con los pobres de la tierra, a estos religiosos de alta cresta que no necesitan arrepentirse; son técnicamente limpios, ritualmente puros; son la exterioridad religiosa personificada; pero son incapaces de reconocer que sólo Dios es bueno, y que sólo el Señor produce la santidad en sus hijos. Son quienes no se alegran del trato que el Señor tiene para con los arrepentidos. Son quienes no se gozan porque los últimos en llegar reciban el mismo salario que los que han estado trabajando todo el día. Envidian a Dios porque Dios es bueno. Jesús les descubre, les desnuda con su palabra:

"Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado; y una casa dividida contra sí misma cae... Vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad... Pero dad limosna ("obras de justicia") de lo que tenéis, y entonces todo os será limpio..." (Lucas 11:17;39;41).

En este capítulo 11, desde el versículo 42 en adelante, Jesús describe la actuación de los dirigentes político-religiosos del pueblo: Diezman los productos del campo, pero pasan por alto la justicia y el amor de Dios; aman las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, pero son como sepulcros que no se ven, de manera que los

hombres andan sobre ellos; agobian a los hombres con cargas que no pueden llevar, pero ellos no las tocan con un dedo; edifican y ornamentan los sepulcros de los profetas, pero sus padres fueron quienes los asesinaron; quitan la llave de la ciencia, pero ni entran ellos, ni se permiten hacerlo a los que están entrando.

Era lógico: Los dirigentes del pueblo tomaron entonces la firme decisión de matar a Jesús:

"Diciéndoles él (Jesús) estas cosas, los escribas y los fariseos comenzaron a estrecharle en gran manera, y a provocarle a que hablase de muchas cosas; acechándole y procurando cazar alguna palabra de su boca para poder acusarle." (Lucas 11: 53-54).

"No podéis servir a Dios y a las riquezas. Y oían también estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de Jesús. Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres, mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tiene por sublime, delante de Dios es abominación... Y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él diciéndoles: Escrito está: Mi casa es casa de oración, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y enseñaba (Jesús) cada día en el templo; pero los principales sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle. Y no hallaban nada que pudieran hacerle, porque todo el pueblo estaba suspenso oyéndole... Oyéndole todo el pueblo, dijo (Jesús) a sus discípulos: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con ropas largas, y aman las saluciones en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones, éstos recibirán mayor condenación." (Lucas 16:14-15; 19:45-48; 20:45-47).

No hay un solo lugar en las Sagradas Escrituras en que se enseñe que el pueblo de Israel, en conjunto, rechazase a nuestro Señor Jesucristo. Son los dirigentes, los gobernantes, las autoridades, quienes traicionaron al pueblo, a las Escrituras, y al Señor Jesús. La profecía señala claramente que el Siervo del Señor será rechazado por los infieles, no por su pueblo; que destruirá a los enemigos de Israel para salvar a su pueblo, y que el día vendrá en que reunirá a todos los dispersos, siendo luz a las naciones:

"Entonces él será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, y por tropezadero para caer, y por lazo y por red al morador de Jerusalem. Y muchos tropezarán... Y a los que te dejaron haré comer sus propias carnes, y con su sangre serán embriagados como con vino; y conocerá todo hombre que yo el Señor soy Salvador tuyo y Redentor tuyo, el Fuerte de Jacob... Ahora pues, dice el Señor, el que me formó desde el vientre para ser su siervo, para hacer volver a él a Jacob y para congregarle a Israel (porque estimado seré en los ojos del Señor, y el Dios mío será mi fuerza); dice : Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz a las naciones, para que seas mi salvación hasta el postrero de la tierra... Yo el Señor te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te

pondré por pacto al pueblo; por luz de las naciones" (Isaías 8:14-15; 49-26; 49:5-6; 42:6).

El texto lucano de los dos discípulos de Jesús en el camino de Emaús es una de las más claras evidencias de lo que venimos diciendo. A ellos no les queda ninguna duda sobre quiénes son los responsables del fraudulento juicio y vil asesinato de Jesús de Nazaret. Es más, después de manifestar sobre quienes recae dicha responsabilidad, los dos discípulos hacen una distinción meridiana entre los jefes de la nación y el pueblo que esperaba la redención del Mesías:

"De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y como le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron. Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel." (Lucas 24:20-21).

En el relato evangélico joanino hay que analizar los textos más cuidadosamente, ya que la palabra "judío" puede significar cosas distintas en función de su contexto. La confusión ha estado tan extendida en la interpretación del Evangelio según San Juan, que los antisemitas, particularmente los disfrazados de cristianos, siguen utilizándolo para justificar su postura antijudía y substitutionista. Tengamos presente que durante la Edad Media -hasta el Concilio Vaticano II- solamente se leía el relato de la pasión de Jesús en el Evangelio de San Juan en el día de Viernes Santo, y en ese día las juderías permanecían cerradas para evitar disturbios y derramamientos de sangre.

El término "judío" aparece setenta veces en el Evangelio según San Juan. El pueblo hebreo prefirió siempre la designación de "israelitas." Fue en el exilio cuando los hebreos adaptaron la denominación de "judíos", por ser la más habitual entre sus vecinos gentiles. El propio evangelista Juan emplea la palabra "judíos" al explicar a sus lectores alguna tradición, fiesta o costumbre de Israel. A veces "los judíos" son el pueblo, los paisanos, como hallamos en los textos siguientes:

"Y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano... Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí... Gran multitud de los judíos supieron entonces que él estaba allí, y vinieron, no solamente por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos... porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús... Jesús le respondió (a Anás) : Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto." (Juan 11:19; 31; 12:9; 11:18-20).

Sin embargo, en la mayor parte de los textos joaninos donde el evangelista hace uso del término "judíos", se señala a las autoridades, los dirigentes del pueblo, la nobleza laica

próxima a la corte herodiana, y a todos los enemigos de Jesús, en general. Todos aquellos sobre quienes recae la responsabilidad de la oposición al Maestro, su arresto, juicio y ejecución, aparecen en el texto del cuarto Evangelio con el título genérico de "judíos", lo cual se presta a confusión, y lo que es peor, permite a muchos antisemitas utilizar incluso citas bíblicas -incontextuales, claro está- para apoyar su diabólica postura.

"Y por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas (sanidad al paralítico de Betesda) en el día de reposo... Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios... Murmuraban entonces de él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo... Después de estas cosas andaba Jesús en Galilea, pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle..." (Juan 5:16, 18: 6:41; 7:1).

Hay un pasaje en el Evangelio de Juan donde pueden verse claramente contrastadas las posturas y actitudes del pueblo llano y de las autoridades, lo que nos permite verificar el uso del término "judíos" al que nos referimos, y de ese modo distinguir perfectamente cuando se utiliza en un sentido y en otro:

"Pero después que sus hermanos habían subido, entonces él (Jesús) también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto. Y le buscaban los judíos en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél? Y había gran murmullo acerca de él entre la multitud, pues unos decían: Es bueno, pero otros decían: No, sino que engaña al pueblo. Pero ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos... Y se maravillaban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?" (Juan 7:10-13; 15).

En el milagro de sanidad al ciego de nacimiento, la reacción de sus padres nos muestra claramente el uso del término "judíos" como sinónimo de autoridades:

"Pero los judíos que no creían que él había sido ciego, y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista, y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? Sus padres respondieron y les dijeron: Sabemos que este es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo vea ahora, no lo sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntádle a él; él hablará por sí mismo. Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntádle a él." (Juan 9:18-23).

Todos los personajes de la historia son judíos: Jesús, el ciego de nacimiento y sus padres. Evidentemente, pues, "los judíos" se refiere a las autoridades del Templo.

"Le rodearon los judíos (a Jesús) y le dijeron: ¿hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente... Yo y el Padre uno somos. Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle... Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú siendo hombre te haces Dios." (Juan 10:24; 30-31; 33).

"Por tanto, Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se alejó de allí (Jerusalem y el Templo) a la región contigua al desierto, a una ciudad llamada Efraín; y se quedó allí con sus discípulos." (Juan 11:54).

No hay duda que Jesús no escapa de los judíos (entendiéndose "el pueblo") sino de las autoridades del Templo. Tan judíos son los discípulos del Maestro como los dirigentes de la nación. Sin embargo, Jesús les dice:

"Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis, pero como dije a los judíos, así os lo digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir." (Juan 13:33).

"Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron... Era Caifás el que había dado el consejo a los judíos, de que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo... Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie..." (Juan 18:12; 14:31),

Los judíos que afirman no tener potestad para matar son, evidentemente, las autoridades, no el pueblo, ya que las ejecuciones de los reos sólo podían realizarlas los invasores romanos.

"Los judíos le respondieron (a Pilato): Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe de morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios." (Juan 19:7).

¿Quiénes son esos judíos que responden al romano Pilato? ¿Son el pueblo de Israel? En ninguna manera. Veámoslo en el versículo precedente:

"Cuando le vieron (a Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura) los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!..." (Juan 19:6).

Una lectura no prejuiciada nos permite distinguir perfectamente entre los miembros de los estamentos superiores y las masas populares, los pobres de la tierra. Veámoslo de nuevo:

"Y le buscaban (a Jesús) los judíos en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquel? Y había gran murmullo acerca de él entre la multitud, pues unos decían: Es bueno; pero otros decían: No, sino que engaña al pueblo. Pero ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo

a los judíos." (Juan 7:11-13).

La mezcla del sentido nacional y del uso restrictivo del término "judío" en el texto de Juan se presta a que superficialmente puedan confundirse ambos, especialmente al llegar el relato de la pasión de Jesús, donde necesitamos hacer un esfuerzo -mínimo, pero preciso- para distinguir entre el clero hostil a Jesús, apoyado por la nobleza laica de la corte herodiana, y el pueblo llano; entre los radicalmente opuestos a Jesús, y ese pueblo sencillo a quien Jesús amaba, y quienes admiraban al Maestro, dispuestos a seguirle de acá para allá, alejándose de sus lugares de residencia e incluso olvidándose de comer al escuchar su palabra:

"Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos... Y muchos de la multitud creyeron en él, y decían: El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?... Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los fariseos; y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? (a Jesús). Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre! Entonces los fariseos le respondieron: ¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él (Jesús) alguno de los gobernantes, o de los fariseos? Mas esta gente que no sabe la ley, maldita es... Y a causa de él (Lázaro) muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús... Y daba testimonio la gente que estaba con él (Jesús) cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y le resucitó de los muertos. Por lo cual también había venido la gente a recibirle, porque habían oído que él había hecho esta señal. Pero los fariseos dijeron entre sí: Ya veis que no conseguís nada. Mirad, la gente se va tras él... Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios. (Juan 6:2; 7:31; 45:49; 12:11; 17:19; 42:43).

No fue entre el pueblo israelita donde Jesús tuvo sus enemigos. Los judíos a quienes temía el pueblo y los escasos dirigentes que creyeron en Jesús, fueron los gobernantes vendidos al poder invasor, contaminados por el paganismo y el brillo romano. Jesús no tuvo enemigos entre la masa popular. La hostilidad contra su persona y su enseñanza no se dio entre el pueblo pobre, explotado, injusticiado y desprovisto de la tierra repartida originariamente por el Señor tras el Exodo.

Concluiremos este capítulo con un texto breve, un pequeño versículo que parece estar como escondido, y que es una pincelada que el evangelista Lucas nos deja en las últimas páginas de su relato. No se podría expresar con menor número de palabras la actitud del pueblo judío hacia Jesús, incluso en el momento en que el Señor no era más que un guiñapo de carne moribunda sobre el madero de la cruz romana:

"Y la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho." (Lucas 23:48).

Esta evidente señal de duelo manifiesta que aquella multitud amaba a Jesús. Habían esperado hasta el último instante de su vida que se manifestase como Mesías, y ahora mostraban su desconsuelo en medio de la oscuridad de la noche, mientras regresaban a sus hogares golpeándose el pecho.

VIII

*"Dios no acusa; por eso
perdona amando."*

Talmud

VIII.- REENCUENTRO

Si tú y yo somos discípulos de Jesús es por la transgresión y la defección del pueblo judío: La desobediencia del pueblo hebreo en nuestro favor. Su desobediencia ha sido para nuestra salvación. Pero la pregunta que nos hacemos es cómo van a ser restaurados:

"Pues como vosotros (los gentiles) también en otro tiempos erais desobedientes a Dios (alejados del Dios de Israel, sin parte en la comunidad de Israel), pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos (del pueblo de Israel), así también éstos (el pueblo judío) ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros (los gentiles), ellos (los judíos) también alcancen misericordia. Porque Dios sujetó a todos (judíos y gentiles) en desobediencia, para tener misericordia de todos." (Romanos 11:30-32).

El carácter reconciliatorio del encuentro de los dos campamentos tendrá efectos de alcance más allá de nuestra imaginación. Será una reunión del Señor con Israel y las naciones. Oseas contempla el acontecimiento de la reconciliación del Eterno con su pueblo bajo las figuras del amante que recupera a su amada infiel:

“Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón. Y le daré sus viñas desde allí, y el valle de Acor por puerta de esperanza; y allí cantará como en los tiempos de su juventud, y como en el día de su subida de la tierra de Egipto. En aquel tiempo, dice el Señor, me llamarás Ishi (“mi Marido”), y nunca más me llamarás Baali (“mi Señor”).” (Oseas 2:14-16).

La referencia al “día de su subida de Egipto” es una clave importantísima para comprender el alcance de la reconciliación, pues en aquel día glorioso Israel salió con muchos otros hombres y mujeres de diversos pueblos que anticipaban el injerto de las ramas silvestres en el olivo bueno, el reencuentro de todas las naciones con el Amado:

“Partieron los hijos de Israel de Rameses a Sucot, como seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños. También subió con ellos grande multitud de toda clase de gentes, y ovejas, y muchísimo ganado.” (Éxodo 12:37-38).

¿Podemos imaginar la gloria de aquel día, cuando Israel vuelva al Señor por medio del arrepentimiento y la fe en el Mesías? El profeta Ezequiel nos da estas palabras de Dios a su corazón:

“Por tanto, di a la casa de Israel: Así ha dicho el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado.” (Ezequiel 36:22).

No hay lógica filosófica ni razonamiento teológico para explicar por qué hará el Señor este magno prodigio. Será por su sola gracia y por su sola misericordia. Será por causa de su santo nombre, por su voluntad soberana, y no por merecimiento alguno de parte de los hombres, judíos o gentiles. Todo el mundo se quedará asombrado y perplejo, tal y como ya está comenzando a suceder ante la proliferación de hombres y mujeres del pueblo judío que rinden su corazón a Yeshúa como Señor y Salvador de sus vidas. Todas las religiones mundiales se quedarán boquiabiertas cuando vean al pueblo hebreo abrir su corazón a su Mesías, como ramas naturales que vuelven a ser injertadas al lugar que Dios ha reservado todo el tiempo para ellas. Entonces se cumplirá en el pueblo judío el propósito que el Eterno siempre tuvo para ellos: Serán luz a las naciones, por cuanto el resplandor de la gloria de Dios en el rostro de Yeshúa brillará con insospechada intensidad.

Tan extraordinarias serán las consecuencias de esta reconciliación, que el apóstol Pablo las profetiza en términos de resurrección:

“Porque si su exclusión (de los judíos) es la reconciliación del mundo (gentil), ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos? (Romanos 11:15).

No podemos, como fieles gentiles, permanecer ignorantes de estas realidades eternas.

Como la gentil Rut, debemos tomar partido. No podemos continuar dándole la espalda al pueblo de nuestro Señor. No podemos proseguir ignorando los planes revelados de nuestro Padre para con la estirpe de Jacob, de la cual todos los redimidos participamos por la fe del Mesías. Necesitamos urgentemente abandonar la arrogante actitud de creer que Jesús es propiedad de la iglesia, circunscrito y encerrado en “dogmas”, “sagrarios” y “confesiones de fe”... “Sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti... No te ensoberbezcas, sino teme.” (Romanos 11:18b, 20b).

Cuando abrimos nuestro corazón a este misterio de las riquezas de la sabiduría y la ciencia de Dios, reconocemos la dimensión insondable de los juicios divinos, y aceptamos humildemente el carácter inescrutable de sus caminos, la perspectiva de nuestra comprensión experimenta un cambio radical. Toda la Biblia, la historia, la humanidad y el sentido de la Iglesia cambian, se transforman y aparecen tras el velo levantado de nuestra ceguera. Los pueblos y las naciones, las lenguas y las culturas, adquieren en nuestro corazón una orientación diferente: Todas las etnias de la tierra están dentro de los planes Dios. Ni la menor tribu está separada o apartada de los designios divinos. Y en el corazón de todos estos proyectos seguros se encuentra Israel.

El apóstol Pablo habla de este asunto en términos de misterio revelado por la gracia de Dios a los apóstoles y profetas del “Brit HaDashá”, del Nuevo Pacto:

“El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.” (Colosenses 2:26-27).

“Misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio... y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas.” (Efesios 3:5-6, 9).

Muchos ya lo han dicho: El pueblo judío es la señal de la mano de Dios en la historia. El reloj del cielo para con los planes de Dios para este mundo se llama “Israel”. Y las horas están pasando muy rápidamente. La recuperación del territorio nacional, al menos parcialmente, ya es un hecho. El núcleo central del solar patrio ha vuelto a ser realidad. Se han reconstruido las instituciones nacionales. La capitalidad de Jerusalem se ha materializado. El pueblo ha sido preservado milagrosamente en el curso de cinco guerras, desde el 15 de Mayo de 1948, cuando a las pocas horas de constituirse el nuevo Estado de Israel, las naciones árabes ya rompían las hostilidades: Cinco guerras fallidas, de las cuales dos tenían por exclusivo objetivo la total destrucción de Israel.

A pasado inadvertido a millones de personas en todo el mundo, pero recientemente, durante la pasada Guerra del Golfo, y mientras un misil "Skud" caía en una base norteamericana en Arabia Saudita y producía multitud de muertos y heridos, los más de ochenta misiles que alcanzaron objetivos en el territorio israelí no produjeron ni una sola víctima mortal.

Dios ha decidido preservar a su pueblo. Lo ha hecho en el pasado, cuida su presente, y lo va a seguir conservando bajo su gracia y su soberanía hasta el día de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. Los substitutionalistas podrán seguir gritando que Israel sólo es una situación política anómala. Los enemigos del pueblo judío podrán seguir diciendo que el Estado de Israel es un simple fruto de la influencia del poder de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial a través de la Organización de las Naciones Unidas, del mismo modo que continúan negando hasta el día de hoy la veracidad histórica del Holocausto. Pero los planes de Dios seguirán avanzando, como si se tratara de un tapiz que va tejiéndose lenta pero progresivamente, hasta que todo sea cumplido.

Si Dios ha preservado a su pueblo es porque tiene un plan eterno para él. Por eso el Señor ha traído a sus hijos desde los más remotos lugares de la tierra hasta el solar de los padres. Les ha preservado y continuará haciéndolo persecución tras persecución, expulsión tras expulsión y guerra tras guerra, hasta el gran día de la Venida de Jesús hecho Señor y Mesías. Y cuando él venga, no será ni a Washington ni a Moscú, ni a Londres ni a París, ni a ninguno de los aparentes centros del poder humano. Algunos estiman que lo más oportuno sería que el bendito Señor posara sus plantas en Roma, ante el estupor de los protestantes y ortodoxos, o bien en Ginebra, para sorpresa de ortodoxos y católicos, o en alguno de los patriarcados de la ortodoxia del Este, dejando boquiabiertos a protestantes y romanistas. Pero no será así. Tampoco sucederá en el centro de Australia, en pleno desierto, para no ofender a nadie. Ni será en el polo norte, imitando al "Superman" americano, entre el hielo y la criptonita, cerca de la fábrica de juguetes de "Santa Claus", para no despertar resentimientos ni antagonismos de unos y otros, o para evitar conflictos, como si el propósito de su venida fuera la organización de una conferencia de paz en Camp David. A quienes les agradaría que las cosas fuesen así, sería a los mismo que hace años proponían que el Estado de Israel se estableciera en la isla de Madagascar, con lo que se evitarían tensiones y conflictos. Pero las cosas no van a ser de ese modo. Jesús vendrá como Mesías glorificado, como Hijo de David, Rey de Israel, Soberano del pueblo judío, Rey de reyes y Señor de señores, y lo hará en Jerusalem, conforme a las Escrituras, posando sus plantas sobre el Monte de los Olivos:

"Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el Monte de los Olivos, que está enfrente de Jerusalem al oriente; y el Monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartara hacia el sur." (Zacarías 14:4).

El reloj de Dios apunta hacia el cumplimiento de la profecía. Las palabras del bendito Jesús

en el Evangelio de Lucas respecto al comienzo de la cuenta atrás se cumplieron el día siete de Junio de 1967:

"Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalem será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan." (Lucas 21:24).

El proceso del fin de los tiempos de los gentiles daba un paso gigantesco aquel día del año 1967. La sujeción de Israel al dominio extranjero tocaba a su fin. La última escena del drama de los tiempos comenzaba a tomar cuerpo ante los ojos desapercibidos de millones de hombres en la redondez de la tierra. Aquel siete de junio de 1967, por primera vez desde que Jerusalem fuera destruida por los ejércitos romanos a las órdenes del general Tito, era reunificada bajo el pueblo de Israel.

Queda poco para el Gran Día de Dios. Restan breves días para la apertura de los tiempos mesiánicos, cuando Jerusalem será el centro de la tierra:

"Así ha dicho el Señor de los ejércitos: He aquí, yo salvo a mi pueblo de la tierra del oriente, y de la tierra donde se pone el sol; y los traeré, y habitarán en medio de Jerusalem; y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios en verdad y en justicia." (Zacarías 8:7-8).

"Y conoceréis que yo soy el Señor vuestro Dios, que habitó en Sión, mi santo monte; y Jerusalem será santa, extraños no pasarán más por ella." (Joel 3:17).

"Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y de Jerusalem la palabra del Señor." (Miqueas 4:2).

En estos días, cuando miles y miles de judíos regresan a la tierra de los padres, su llegada a Jerusalem es un anticipación de la venida del Mesías Jesús. En ese día glorioso, la Jerusalem de aquí abajo será revestida por la Jerusalem celestial, de la misma manera en que el Señor revestirá la corrupción nuestra con la incorrupción divina.

No nos dejemos engañar por filosofías y huecas sutilezas. Jesús ascendió del Monte de los Olivos, y así mismo volverá:

"Y los sacó fuera (de los muros de Jerusalem) hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo." (Lucas 24:50-51).

"Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." (Hechos 1:10-11).

"Y vendrá el Redentor a Sión... Mas la Jerusalem de arriba, la cual es madre de todos vosotros, es libre." (Isaías 59:20; Gálatas 4:26).

IX

"Sólo Dios es Rey"

IX.- JESÚS, REY DE LOS JUDÍOS.

El fin de los tiempos de los gentiles -la terminación de la sujeción de Israel al dominio de los poderes extranjeros- comienza su cumplimiento el día 7 de Junio de 1967. Esta profecía, pues, ya está en marcha. Ha comenzado el principio del fin.

Por primera vez desde que Jerusalem fuera destruida por el ejército romano al mando del general Tito, allá por el año 70 de nuestra era, la ciudad de Jerusalem era reunificada bajo la autoridad dada por Dios al pueblo de Israel. Este acontecimiento fue profetizado por nuestro Maestro Jesús:

"Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Porque habrá gran calamidad en la tierra, e irá sobre este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalem será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan."

(Lucas 21:23-24).

Muchos cristianos gentiles olvidan, desconocen o ignoran que Jesús de Nazaret nació como Rey de los judíos:

"He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es "Dios con nosotros". (Isaias 7:14; Mateo 1:23).

"Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalem unos magos diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle."

(Mateo 2:1-2).

Durante todo su ministerio público Jesús fue reconocido y proclamado como Hijo de David, lo que significa que todos vieron en él la simiente de promesa, la semilla de la palabra promisoria de David: El Mesías, el Ungido de Dios.

Naturalmente, si las autoridades del Templo de Jerusalem hubieran querido acabar con Jesús de forma rápida, sólo habrían tenido que hacer una cosa bien sencilla: Consultar las genealogías guardadas en el Templo de Jerusalem. En ellas hubieran hallado todos los datos precisos y cabales para demostrar que Jesús no era quien las gentes proclamaban, sino un impostor, llana y sencillamente, ni más ni menos. Habrían probado que Jesús no era sino uno de tantos que, antes y después de él, trataron de aparentar ser el Mesías, fracasando sonoramente, con la subsiguiente disolución de sus seguidores.

Aquellas genealogías, meticulosamente conservadas en el Templo de Jerusalem, estaban perfectamente guardadas durante la vida de nuestro Señor Jesucristo. Hasta el año 70 de nuestra era, en que fueron destruidas durante la caída de Jerusalem y del Templo, fueron accesibles al sacerdocio y demás autoridades de Israel.

El clero alto del Templo lo tuvo fácil. Una sencilla consulta habría puesto fin a todas las pretensiones mesiánicas de Jesús de Nazaret. La falta mesianidad real de Jesús habría sido demostrada documentalmente. Sin embargo, tal cosa nunca sucedió. De ahí toda la dignidad y reconocimiento que su realeza merecía. Las gentes cortaron ramas de los árboles para ponerlas a sus pies, junto con sus mantos, y Jesús entró en la ciudad tal y como anunciaron los profetas de antaño, mientras las autoridades contemplaban los acontecimientos, sin atreverse a actuar:

"Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalem; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna." (Zacarías 9:9).

Y las gentes, al verle aclamaron, diciendo:

"Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: Decid a la hija de Sión: He aquí, tu Rey viene a ti, Manso, y sentado sobre una asna, Sobre un pollino, hijo de animal de carga. Y los discípulos fueron, e hicieron como Jesús les mandó y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos; y él se sentó encima. Y la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino, y cortaban ramas de los

árboles, y las tendían en el camino. Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! Cuando entró él en Jerusalem, toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es éste? Y la gente decía: Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea." (Mateo 21:4-11).

Cuando Jesús muere en la cruz imperial romana, sólo hay un título clavado sobre el madero, sobre su cabeza. Las autoridades podrían haber escrito." Jesús de Nazaret, el Príncipe de paz"; o bien "Jesús de Nazaret el Deseado de las todas las naciones"; o bien Jesús de Nazaret, el Salvador del mundo"; incluso hubieran podido aludir a la acusación de una fraudulenta pretensión de ser quien decía ser. Sin embargo, no fue ninguno de esos títulos el que Poncio Pilato mandó inscribir en el "títulus", la tablilla, sino que el Santo Espíritu movió su voluntad para que lo que se escribiera fuese: "Jesús nazareno, el Rey de los judíos":

"Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: Este es Jesús, el Rey de los judíos." (Mateo 27:37).

Cuando Dios Padre levantó a Jesús por medio del Espíritu Santo al tercer día, dice el apóstol que Dios le dio gloria a su Hijo bendito:

"...Dios le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios" (1ª Pedro 1:21).

La gloria que el Padre concede a Su Hijo Jesucristo es la gloria del Reino mesiánico. Cuando Jesús ascendió a la diestra de la Majestad a las alturas, Jesús ascendió al trono, como Rey de Israel, Mesías prometido, y que ha de venir; luz para revelación a los gentiles y gloria del pueblo de Israel.

La cristiandad gentil tenemos la tendencia a espiritualizarlo todo, hasta el punto de convertir a Jesús resucitado en un espíritu. Sin embargo, el propio Jesús insiste en que comprueben sus primeros discípulos que él no es un espíritu, ni un espectro fantasmagórico, ni una manifestación de energía, sino que en su resurrección Dios le ha dado un cuerpo espiritual; espiritual, sí, pero cuerpo; no una entidad espectral, sino carne glorificada:

"Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros. Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu. Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpád, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Y todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y lo comió

delante de ellos." (Lucas 24: 36-43).

Cuando Jesús vuelva lo hará con el cuerpo espiritual con que ascendió, y con el poder y la inmensa majestad con que ha sido investido al volver a la gloria que con el Padre tuvo antes de la encarnación:

"Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." (Hechos 1:11)

"Este mismo Jesús..." Eso significa que cuando Cristo Jesús vuelva le veremos con sus señales de sufrimiento por amor en sus manos y pies, en su frente y costado. Será este mismo Jesús... Aquel mismo Jesús que anduvo anunciando las Buenas Nuevas del Reino de Dios en las tierras de Israel de hace dos mil años... Y va a volver muy pronto, como Rey de los judíos, como Rey de reyes y Señor de señores, como Campeón de Justicia, Deseado de las Naciones y Vencedor sobre el mal, para traer tiempos de refrigerio y llenar esta tierra de justicia y paz.

Desde el día de la Ascensión de Jesús a la Majestad en las alturas, hasta el día de hoy, no ha habido un rey de la dinastía de David sobre el trono de Israel... No lo ha habido ni lo habrá hasta el día en que Jesús de Nazaret venga como Señor y Mesías sobre el pueblo judío:

"Porque un niño nos ha nacido, hijo nos es dado; y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte. Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre." (Isaías 9:6-7).

"Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin." (Lucas 1:31-33).

Rey de Israel para siempre, digan lo que digan quienes proclaman la doctrina del reemplazamiento de Israel por la iglesia; digan lo que quieran los que pretenden ignorar las promesas restauradoras de Dios para su pueblo Israel. No hay, ni ha habido, ni habrá ninguna nación en la tierra que tenga un rey sentado a la diestra de Dios. De ahí que cuando se complete el número de los gentiles llamados a la vida eterna, cesará el tiempo de la Gracia, y entonces todo Israel será salvo.

Muchos judíos religiosos no logran entender la salvación mesiánica de los gentiles. Y, sin embargo, la palabra apostólica no puede ser más clara ni más contundente al respecto. No podemos jactarnos, ni despreciarlos, sino amarlos, por cuanto todo esto -el endurecimiento

parcial de Israel, el velo divino entre judíos y cristianos, y todas las demás distancias entre ambos pueblos- son parte integrante de esa economía de Dios que va más allá de nuestra capacidad de comprensión:

"Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y ha sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas, y si te jactas, sabe, que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti... Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados... En cuanto a la elección son amados por causa de los padres." (Romanos 11:17-18; 25-27; 28b)

En el día y el momento establecidos por Dios, el Señor bendito hará lo prometido en su Palabra:

"Y derramará sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalem, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito. En aquel día habrá gran llanto en Jerusalem, como llanto de Hadadrimón en el valle de Megido. Y la tierra lamentará, cada linaje aparte; los descendientes de la casa de David por sí, y sus mujeres por sí; los descendientes de la casa de Natán por sí, y sus mujeres por sí; los descendientes de la casa de Leví por sí, y sus mujeres por sí; los descendientes de Simeí por sí, y sus mujeres por sí; todos los otros linajes, cada uno por sí, y sus mujeres por sí. En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalem, para la purificación del pecado y de la inmundicia." (Zacarías 12:10-31:1).

“He aquí que viene (Jesús) con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén.” (Apocalipsis 1:7).

Esa será la plenitud en la restauración de Israel, conforme a los planes perfectos y eternos de Dios:

"Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está enfrente de Jerusalem al oriente..." (Zacarías 14:4).

Todos los esfuerzos del catolicismo romano por universalizar a Jesucristo, a base de romanizarle, latinizarle y apartarle de sus raíces hebreas, han resultado ineficaces. El "Cristo" de la pretenciosa religión católica, es decir, "universal", no responde a la realidad conforme a las Sagradas Escrituras. Lo que es más: La religión católica ha llegado a caer en

su propia trampa, erigiéndose ella misma, como institución, hasta ocupar todos los atributos divinos. Han llegado a darle el título divino de “Santo Padre” a una mera criatura, el obispo de Roma en su pretendida dimensión de “obispo universal”, olvidando las palabras de nuestro bendito Señor: “No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos.” (Mateo 23:9). Le han nombrado “vicario del Hijo de Dios”, ignorando que el Espíritu Santo es el verdadero “vicario” de Jesucristo en la tierra, a quien el Señor envió y envía sobre todos sus hijos e hijas, conforme a la promesa del bendito Maestro: “Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.” (Juan 14:16-18). Se han atribuido el título de “madre” para la institución romana, ignorando la enseñanza paulina: “Mas la Jerusalem de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre.” (Gálatas 4:26). La substitución de Jerusalem por Roma, bajo la designación de pretendida “ciudad eterna”, no puede ser más evidente. Tampoco logra esta universalización el “Cristo” protestante, germánico-anglosajón, promotor del individualismo capitalista. Éste es igualmente ahistórico, atemporal e incontextual. No responde a la verdad. Sólo puede satisfacer a los hombres deseosos de abrazar a un demiurgo griego. Sencillamente, no podemos separar la realeza y el señorío de Jesús de Nazaret, de la nación hebrea. Esa es la patria de la que Jesús de Nazaret es Rey, y su resurrección de entre los muertos, para ascender a la gloria del Padre, no le convierte en menos Rey de Israel, sino que, antes bien, confirma la realidad de que el Mesías, gloria de Israel, es igualmente Luz para salvación a los gentiles. Por eso volverá a Jerusalem. Sión ha de ser restaurada:

"Por tanto, el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure." (Isaías 28:16).

"Y vendrá el Redentor a Sión, y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob, dice el Señor." (Isaías 59-20).

Estas promesas nos pueden ayudar a comprender el gran amor de los judíos por Jerusalem. Se dramatiza ese amor diciendo que el pueblo de Israel, a donde quiera que va, se dirige a Jerusalem, por cuanto cada día se ora por la paz de la ciudad del Gran Rey; cada sinagoga en el mundo está orientada hacia el Oriente, en Oriente lo está hacia Jerusalem, y en Jerusalem hacia el monte del Templo; en la celebración de los esponsales, el novio pisa la copa de las bendiciones nupciales en recuerdo de la destrucción del Templo jerusolemitano; al pintar los hogares, se deja siempre un rincón sin cubrir con pintura para que al verlo todos los habitantes de la casa se acuerden de Sión; la cena de la Pascua concluye con la expresión: "este año hemos celebrado Pésaj en este lugar; el próximo año, en Jerusalem." (Séder de Pésaj).

"Y sacrificarás la pascua al Señor tu Dios, de las ovejas y de las vacas, en el lugar que el Señor escogiere para que habite allí su nombre, allí llevaréis todas las cosas que yo os mando: vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, las ofrendas elevadas de vuestras manos, y todo lo escogido de los votos que hubiereis prometido al Señor." (Deuteronomio 16:2; 12:11).

"Lo que vio Isaías hijo de Amoz acerca de Judá y de Jerusalem. Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del Señor como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra (Isaías 2:1-4).

"... por amor a Jerusalem, la cual yo he elegido" (1ª Reyes 11:13b).

"Porque el Señor a elegido a Sión; La quiso por habitación para sí. Este es para siempre lugar de mi reposo; Aquí habitaré, porque la he querido. Bendeciré abundantemente su provisión; A sus pobres saciaré de pan. Asimismo vestiré de salvación a sus sacerdotes. Y sus santo darán voces de júbilo. Allí haré retoñar el poder de David; He dispuesto lámpara a mi ungido. A sus enemigos vestiré de confusión, Mas sobre él florecerá su corona." (Salmo 132:13-18).

Jerusalem es el lugar donde se realiza la historia de la salvación. Los asedios, destrucciones y cautiverios sufridos por Jerusalem no son sino parte del proceso purificador de Dios para Sión:

"Así ha dicho el Señor: Esta es Jerusalem; le puse en medio de las naciones y de las tierras alrededor de ella. Y ella cambió mis decretos y mis ordenanzas en impiedad más que las naciones, y más que las tierras que están alrededor de ella; porque desecharon mis mandamientos, y no anduvieron en ellos. Por tanto, así ha dicho el Señor: ¿Por haberos multiplicado más que las naciones que están alrededor de vosotros, no habéis andado en mis mandamientos, ni habéis guardado mis leyes? Ni aún según las leyes de las naciones que están alrededor de vosotros habéis andado. Así, pues, ha dicho el Señor: He aquí yo estoy contra ti; sí, yo, y haré juicios en medio de ti ante los ojos de las naciones." (Ezequiel 5:5-8).

La profecía de Jeremías llega a mostrarnos el día en que toda Jerusalem se convertirá en Santuario:

"Convertíos, hijos rebeldes, dice el Señor, porque yo soy vuestro esposo; y os tomaré uno

de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sión; y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia. Y acontecerá que cuando os multipliquéis y crezcáis en la tierra, en esos días, dice el Señor, no se dirá más: Arca del pacto del Señor; ni vendrá al pensamiento, ni se acordarán de ella, ni la echarán de menos, ni se hará otra. En aquel tiempo llamarán a Jerusalem: Trono del Señor y todas las naciones vendrán a ella en el nombre del Señor en Jerusalem; ni andarán en la dureza de su malvado corazón. En aquellos tiempos irán de la casa de Judá a la casa de Israel, y vendrán juntamente de la tierra del norte a la tierra que hice heredad a vuestros padres. Yo preguntaba: ¿Cómo os pondré por hijos, y os daré la tierra deseable, la rica heredad de las naciones? Y dije: Me llamaréis: Padre mío, y no os apartaréis de en pos de mí." (Jeremías 3:14-19).

El gran protagonismo de Jerusalem será en la época mesiánica. Ella será centro de la actividad mundial:

"Así ha dicho el Señor de los ejércitos: He aquí, yo salvo a mi pueblo de la tierra del oriente, y de la tierra donde se pone el sol; y los traeré, y habitarán en medio de Jerusalem; y me seguirán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios en verdad y en justicia... Así ha dicho el Señor de los ejércitos: Aún vendrán pueblos, y habitantes de muchas ciudades; y vendrán los habitantes de una ciudad a otra, y dirán: Vamos a implorar el favor del Señor, y a buscar al Señor de los ejércitos. Yo también iré. Y vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a buscar al Señor de los ejércitos en Jerusalem, y a implorar el favor del Señor. Así ha dicho el Señor de los ejércitos: En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío, diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros." (Zacarías 8:7-8; 20-23).

Jerusalem y el Mesías van juntos. La realeza de Jesús y Jerusalem también se funden en un abrazo divino. Por eso, la llegada de los judíos a Jerusalem anticipa la venida gloriosa del Mesías. De ahí también que la teología cristiana de los seguidores de la doctrina satánica del reemplazamiento o substitución del pueblo de Israel por la Iglesia, se hiciera añicos al terminar el tiempo de los gentiles tras el Holocausto judío durante la Segunda Guerra Mundial. Y afirmamos que semejante doctrina es satánica por cuanto sus efectos constatables en el curso de la historia han sido mucha persecución y derramamiento de sangre, así como caldo de cultivo para el desarrollo de filosofías y doctrinas políticas inequívocamente maléficas.

De Jerusalem partió la primera misión para anunciar el Evangelio a todas las naciones. En ella había muerto y resucitado el Señor Jesús. Y en ella también se había derramado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Jesús ascendió a los cielos desde el monte de los Olivos, en Jerusalem, y como hemos visto en la profecía de Zacarías, allí será donde volverá a posarse en el gran día de su Segunda Venida, en el cumplimiento de la esperanza bienaventurada, cuando el Señor Jesucristo se manifestará con poder y gran gloria, para

establecer el Reino de Dios con toda autoridad y plenitud.

"El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amen; sí, ven, Señor Jesús." (Apocalipsis 22:20).

X

"Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalem al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartará hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur."

(Zacarías 14:4)

X.- JERUSALEM

Durante mi primera visita a Jerusalem fuimos informados de la existencia de una afección psíquica catalogada y denominada "síndrome de Jerusalem". Un determinado número de visitantes la experimentan, con la sintomatología de una serie de perturbaciones mentales atribuidas a la carga emocional y espiritual que se respira en la ciudad. Esta noticia me hizo recordar un curioso relato talmúdico del segundo siglo, leído en el interior de la carátula de un disco de música "klezmer" –término yidish para "instrumento musical"- que acababa de comprar, en el que cuenta de cuatro sabios rabinos que entraron en Pardes, el místico huerto del Paraíso. Eran los rabíes Ben Zoma, Ben Azzai, Aher y Akivá. Al aprender los secretos del huerto, el primero de ellos murió inmediatamente. El segundo se volvió loco. El tercero

se hizo un hereje. Sólo el cuarto rabí, Akivá, sobrevivió a aquella experiencia y logró salir sano y salvo.

¿Qué clase de lugar era aquel huerto? ¿Qué conocimiento pudo ser tan peligroso como para acabar con tres de los cuatro rabíes? El significado de esta historia se lleva siglos debatiendo. Hay quienes dicen que los cuatro sabios se encontraron con todas las culturas del mundo en aquel jardín. Fueron inmersos en los sonidos y ritmos de todos los pueblos y naciones de la tierra. Rabí Akivá sobrevivió porque sólo él pudo incorporar lo mejor de aquellas nuevas ideas en su propia y única perspectiva del mundo.

¿Por qué he querido compartir este relato místico de la tradición al pensar en Jerusalem? La respuesta no es sencilla. Al menos no es fácil dar una contestación rápida y contundente. Lo que sí podemos afirmar es que la tensión emocional de Jerusalem es una realidad experimentada en mayor o menor grado de intensidad por todos cuantos hemos posado nuestras plantas dentro de sus muros. Vamos, pues, a proceder a estudiar el nombre de “Jerusalem” para verificar la trascendencia de su significado lingüístico. Creemos que aportará bastante luz respecto al alcance de su papel en la historia, y el sentido simbólico de este cuento talmúdico de los tres sabios. Tengamos presente que Satanás -¡Dios le reprenda!- no se dará por vencido, hasta perecer en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. Recordemos que al final del reinado milenial de paz, saldrá de su prisión, del fondo del abismo, para encabezar su ejército multinacional y emprender la lucha contra la Ciudad Amada y el campamento de los santos, pero del cielo descenderá el fuego eterno y los consumirá:

"Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaba la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos." (Apocalipsis 20:7-10).

Jerusalem, sin oro, ni plata, ni petróleo; sin puerto fluvial ni marítimo, es, sin embargo, odiada por el Enemigo. Desearía exterminarla de sobre la faz de la tierra para hacerla olvidar para siempre, o bien ponerla en manos de quienes se encargarían, como lo hicieron en el pasado, de borrar todo vestigio del pueblo de Israel. Y la propia historia de la urbe es una irrefutable prueba de ello. Sin embargo, la huella divina está inscrita en cada una de las letras de su nombre: “Yod”, “Reish”, “Vav”, “Shin”, “Lámed”, “Yod” –y- “Mem”.

“Yod”, con el valor numérico de 10, es la más sagrada de las letras del alefeto. Es la “madre” de todas las demás. Jesús la menciona específicamente en el Evangelio según Mateo: “Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una

tilde pasarán de la ley, hasta que todo se haya cumplido.” (Mateo 5:18). La “tilde” es la forma griega de referirse a la letra que nos ocupa, la más pequeña consonante para el mayor de los misterios, por cuanto la “yod” es la inicial del Tetragrama y del nombre del Mesías Yeshúa. Incluso en la forma verbal hebrea que corresponde a “cumplido”, hallamos “ykuyam”, donde se encuentra repetida la “yod” con la partícula “kam”, cuyo significado es “erigirse”. Así nos habla de la estabilidad y la permanencia, donde se concentra la fuerza del Decálogo. De ahí que para la tradición de Israel, la relación numérica existente entre el 1, que es “Álef”, representante del Infinito, y el 10 de la “Yod”, apunta hacia la condensación de toda la energía del universo creado por Dios, de la misma manera que el punto centraliza el círculo. Por eso es que los antiguos sabios de Israel se refirieron a la “Yod” como el agente ejecutor de la “Álef”, como la década respecto a la unidad. Otros sabios compararon esta letra con el diezmo, es decir, representativa de lo que sólo le pertenece al Señor.

La segunda de las letras que forman Jerusalem es la “Reish”, cuyo valor numérico es 200. Está relacionada con la “cabeza”, y se encuentra presente en la primera palabra de las Sagradas Escrituras: “Bereshit”, “En el principio”. El principio del “Reshit”, “comienzo”, lo es del movimiento cósmico. Es el ritmo universal. Los sabios antiguos de Israel se refirieron a este movimiento como “danza de la emanación y la absorción del mundo”. Platón se refirió a ella como “ritmo universal”, anticipándose al descubrimiento de la danza de los electrones en el microcosmos, y de las galaxias en el macrocosmos.

La tercera de las letras de Jerusalem es la “Vav”, cuyo valor numérico es 6, y corresponde, según la tradición del Israel, al momento de la creación del hombre, en el sexto día. Es la letra representativa del ser humano. Su ubicación entre la doble “Hei” del Tetragrama la convierte en una especie de “eje” que une al cielo y a la tierra. Por eso se nos dice que el Verbo, la Palabra Divina, es Dios, y que aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros. (Juan 1:1, 14).

La siguiente de las consonantes de Jerusalem es la “Shin”, cuyo valor numérico es 300, y se relaciona con “Esh”, “fuego”, entendido por los sabios antiguos de Israel como la causa activa del universo; como el cosmos en movimiento. Dios hace oír sus palabras desde el fuego, como se nos dice en Deuteronomio: “¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios, hablando de en medio del fuego, como tú (Moisés) la has oído, sin perecer?” (Deuteronomio 4:33). Esta relación de la palabra con el fuego, de la unión del fuego y del Espíritu a través del lenguaje, reaparece en el relato de la venida del Espíritu Santo en aquel Día de Pentecostés, en los Hechos de los Apóstoles: “Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.” (Hechos 2:3).

“Lámed”, con el valor de 30, es la más alta de las consonantes del alefato. Su relación con el movimiento y la acción se desprende del hecho de encabezar el infinitivo de todos los verbos hebreos, así como de los pronombres personales. Su relación con el estudio (Lémed)

es más que evidente. “Lámed” une al cielo y la tierra. De ahí que se halle tres veces en “Lehalel”, “alananza”, “celebración”. También la encontramos doblemente en el grito de alabanza, “Haleluyá”, de los salmos conocidos como “aleluyáticos”.

En sexto lugar vuelve a hacer acto de presencia la “Yod”. Es la única letra que se repite, por cuanto, como veremos, una es la Jerusalem terrenal y otra la Jerusalem celestial.

Y finalmente, en séptimo lugar, cierra el nombre de Jerusalem la letra “Mem”, cuyo valor numérico es 40, y se asocia a “Emet”, “la verdad”, eminentemente mesiánica y unificadora.

La suma de su valor es 596, lo que se reduce a $5+9+6 = 20 = 2 + 0 = 2$. ¿Por qué la reducción al “dos”? Porque la Escritura desde el principio nos habla de la dualidad del cielo y de la tierra. Esa es también la dualidad del Espíritu y la Palabra, de la energía que se expresa en la materia, y no sólo en la materia, sino en la Palabra que reproduce la esencia de las cosas; del Verbo -Palabra de Dios- que se manifiesta en carne para habitar, para hacer morada, entre los mortales.

La mística del “dos” nos conduce a las letras que corresponden a los numerales “uno” y “dos”. Es el sendero de la letra “Álef” y la “Bet”, el sendero del Primer Padre, cuya palabra se forma precisamente con esas dos letras: “Ab”. Él es el Padre de la Creación. Y la tradición de Israel siempre respondió diciendo que el valor numérico de Jerusalem es “dos” porque una es la Jerusalem de abajo y otra es la Jerusalem de arriba, la celestial o superior, que descenderá del cielo, de Dios, para inaugurar un mundo nuevo, un mundo renovado más allá de nuestro concepto espacio-temporal.

Descendamos al plano de nuestra historicidad, donde también hallaremos muchas cosas importantes para nuestra consideración: Jerusalem se alza sobre las colinas de Judea, entre los valles de Cedrón e Hinom. Su nombre original es Jebús, capital de los jebuseos. Permaneció independiente tras la invasión en tiempos de Josué, hasta que David la tomó para hacerla capital del reino.

Cuando Salomón construyó el Templo, Jerusalem adquirió mayor gloria. Sus fuentes y cisternas nunca permitieron que sus habitantes sufrieran sed, ni siquiera durante sus muchos sitios. El primero de ellos ocurrió en tiempos de Roboam: 1 Reyes 14:25:

"Al quinto año del rey Roboam subió Sisac rey de Egipto contra Jerusalem, y tomó los tesoros de la casa del Señor, y los tesoros de la casa real, y lo saqueó todo; también llevó todos los escudos de oro que Salomón había hecho. Y en lugar de ellos hizo el rey Roboam escudos de bronce..."

Durante el reinado de Roboam, una coalición de Filisteos y Arabes arrasaron la ciudad: 2ª Crónicas 21:16:

"Entonces Rezín rey de Siria, y Peka hijo de Remalías, rey de Israel, subieron a Jerusalem para hacer guerra y sitiar a Acaz; mas no pudieron tomarla."

Escuchemos palabras de Dios sobre Jerusalem en tiempos de Senaquerib; 2ª Reyes 19:32-35:

"Por tanto así dice el Señor acerca del rey de Asiria: No entrará en esta ciudad, ni echará saeta en ella; ni vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra ella baluarte. Por el mismo camino que vino, volverá y no entrará en esta ciudad, dice el Señor. Porque yo ampararé esta ciudad para salvarla, por amor a mí mismo, y por amor a David mi siervo. Y aconteció que aquella misma noche salió el ángel del Señor, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos."

Durante el reinado de Josías (2ª Reyes 22), el Templo de Jerusalem fue restaurado. Después, caería bajo Nabucodonosor. La ciudad quedó en ruinas y el pueblo fue deportado.

Después del Exilio, la ciudad fue reconstruida, sus defensas por Nehemías, y el Templo por Esdras. Esta obra fue realizada bajo el patrocinio de los persas, quienes habían derrotado a los caldeos; pero cuando ellos a su vez fueron derrotados por Alejandro, en la batalla de Isus, (333 a.C.), la ciudad de Jerusalem atravesó un período difícil, siendo conquistada, perdida y reconquistada en repetidas ocasiones por diversos pueblos.

En el 168 a.C. se produjo el levantamiento de los Macabeos contra el invasor Antíoco Epifanes IV, quien profanó el Templo, ofreciendo el sacrificio de cerdos a Jupiter. Prohibió la circuncisión y el Shabat.

La independencia duró poco. Roma invadió la tierra de Israel. Pompeyo sitió la ciudad y tras su victoria puso a Herodes el Grande, fundador de la dinastía que llevó su nombre, en el trono (47 a.C.).

Los reyes de la dinastía herodiana reconstruyeron la ciudad de Jerusalem y embellecieron el Templo.

Herodes murió en el año 4 a.C. La relación de Jesús de Nazaret con Jerusalem es conocida por muchos. Profetizó la destrucción de la ciudad, tal y como lo hicieron los profetas anteriores.

Durante un breve período, la ciudad prosperó bajo Agripa (41-44 d.C.) Tanto Agripa como su hijo añadieron nuevas edificaciones a la ciudad. Para el 64 d.C., todas las obras de remodelación de Jerusalem estaban terminadas. Entonces fue cuando se produjo el

levantamiento de los judíos contra Roma. En el año 70, la ciudad fue reconquistada por Roma. Tito, el general que llegaría a ser emperador, no dejó piedra sobre piedra del Templo. Imperio tras imperio, reino tras reino, han pasado por Jerusalem, hasta el glorioso día 15 de Mayo de 1948, cuando terminó el mandato británico, y nació el nuevo Estado Israel.

Cuenta la historia del embajador inglés en Jerusalem, al quien el “Foreign Office” (“Ministerio de Asuntos Exteriores”) comunicó que lo ascendían en su carrera diplomática y lo trasladaban a París, a lo que el embajador respondió por medio de un telegrama diciendo que "ascender desde Jerusalem era imposible, puesto que Jerusalem es el punto más alto de la tierra".

Jerusalem tiene mucho que ver con lo único, con lo exclusivo. Jerusalem ha sido llamada eterna, la celeste, la de los mil nombres, la innombrable. Y, sin embargo, no es necesario recurrir ni a sinónimos, ni epítetos; basta con decir, Jerusalem, o mejor aún, pronunciar su nombre en la lengua que le es propia, en hebreo... “Yerushalyim.... Yerushalayim...”.

El Rey David estableció Jerusalem como capital de Israel en el año 1010 a.C. Jerusalem es el lugar de los Templos, en ella está el monte donde el Señor puso su nombre.

Jerusalem está tan profundamente arraigada al núcleo de la existencia judía, que durante los siglos del exilio los judíos dispersos por todo el mundo cantaron con mil acentos el texto del Salmo 137:

*"Si me olvidare de ti, de Jerusalem,
pierda mi diestra su destreza,
Mi lengua se pegue a su paladar,
Si de ti no me acordare;
Si no enalteciere a Jerusalem
Como preferente asunto de alegría,
Oh Señor, recuerda contra los lujos de
Edom el día de Jerusalem,
Cuando decían: Arrasadla, arrasadla
Hasta los cimientos."
(Salmo 137:5-6).*

Dice el Talmud: "Diez medidas de belleza fueron dadas al mundo. Nueve para Jerusalem, y una medida para todo el resto." Sin embargo, el norte de Jerusalem era un pantano infectado de insectos; el sur es seco, desértico, yermo.

Jerusalem ocupa un lugar elevado, aislado, remoto, entre rocas y colinas, sin una fuente natural de agua. Dice el chiste judío que si Moisés hubiera tirado hacia la izquierda, en vez

de girar a la derecha, la tierra prometida hubiera podido ser la Riviera francesa. Y, sin embargo, todos cuantos hemos tenido el privilegio de posar nuestras plantas sobre el suelo de Jerusalem sabemos muy bien que el Talmud tiene razón.

En Jerusalem el cielo es más azul, el agua es más dulce, el aire es claro como el vino y el sol descubre en las viejas piedras el oro de los siglos, como un baño que todo lo cubre. Jerusalem, "la más santa de todas las tierras," dice el Midrash. Y nosotros nos unimos al salmista:

“Grande es el Señor, y digno de ser en gran manera alabado en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo. Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sión, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey. En sus palacios Dios es conocido por refugio. Porque he aquí los reyes de la tierra se reunieron; pasaron todos. Y viéndola ellos así, se maravillaron, se turbaron, se apresuraron a huir. Les tomó allí temblor; Dolor como de mujer que da a luz. Con viento solano quiebras tú las naves de Tarsis. Como lo oímos, así lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios; la afirmará Dios para siempre. Selah.

Nos acordamos de tu misericordia, oh Dios, en medio de tu templo. Conforme a tu nombre, oh Dios, así es tu loor hasta los fines de la tierra; de justicia está llena tu diestra. Se alegrará el monte de Sión; se gozarán las hijas de Judá por tus juicios. Andad alrededor de Sión, y rodeadla; contad sus torres. Considerad atentamente su antemuro, mirad sus palacios; para que lo contéis a la generación venidera. Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; Él nos guiará aun más allá de la muerte.” (Salmo 48).

“Yo me alegré con los que me decían: A la casa del Señor iremos. Nuestros pies estuvieron dentro de tus puertas, oh Jerusalem. Jerusalem que se ha edificado como una ciudad que está bien unida entre sí. Y allá subieron las tribus, las tribus del Señor, conforme al testimonio dado a Israel, para alabar el nombre del Señor. Porque allá están las sillas del juicio, los tronos de la casa de David. Pedid por la paz del Jerusalem; sean prosperados los que te aman. Sea la paz dentro de tus muros, y el descanso dentro de tus palacios. Por amor de mis hermanos y mis compañeros diré yo: La paz sea contigo. Por amor a la casa del Señor nuestro Dios buscaré tu bien.” (Salmo 122).

"¡Cuán afortunados somos! – dice la oración de la mañana - ¡Cuán buena es nuestra porción! ¡Cuan agradable nuestra suerte! ¡Cuán hermosa nuestra herencia!"

Dios escogió la porción de Jerusalem para ser el lugar donde se construyera su Santo Templo, donde prometió su presencia, desde donde se difundiría su Ley entre las naciones, desde donde se proclamaría el mensaje de la Redención a todos los pueblos de la tierra. Jerusalem no puede sernos indiferente. Los gentiles no podremos subir a Jerusalem si el pueblo judío no nos precede:

“Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del Señor como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra.” (Isaías 2:2-4).

Con la partición de 1948, Jerusalem, la antigua y eterna capital de Israel, debía haber sido una ciudad abierta y libre, con libre acceso para todos los hombres de cualquier nacionalidad y credo. Sin embargo, los estados árabes cortaron todo acceso a los judíos al sector oriental de la ciudad, donde se halla el Monte del Templo. Jerusalem quedó dividida en dos, sin permitir a los hebreos la entrada a la ciudad vieja.

Durante 19 años Israel construyó la parte occidental de la ciudad, sin perder la esperanza de volver a verla entera y bien unida entre sí.

Durante la Guerra de los Seis Días, y concretamente el día 28 del mes de Iyar (7 de Junio de 1967), los soldados israelíes capturaron y reunificaron la Ciudad de Jerusalem.

Desde la vuelta de Jerusalem a manos judías, la ciudad ha estado abierta plenamente a todos los hombres y a todos los credos.

El estado de Israel, a diferencia de lo ocurrido en el pasado, dejó la jurisdicción de todos los lugares religiosos cristianos y musulmanes en manos de las respectivas comunidades.

No en vano, el Estado de Israel es la única nación democrática en todo el territorio conocido como “Oriente Medio”.

Desde 1967, el día 28 de Iyar se celebra como “Yom Yerushalayim” (Día de Jerusalem). Dice el Midrash: "Como el ombligo se halla en el centro del cuerpo humano, así la tierra de Israel está en el centro del mundo... Israel es el centro del mundo, Jerusalem es el centro de Israel, y el lugar del Templo es el centro de Jerusalem.... En el Santo de los Santos había una piedra que era la fundacional del mundo.”

En 1581, el cartógrafo Hienrich Buenting presentaba la ciudad de Jerusalem como el centro de la tierra. El escritor Israel Zanguill decía que "Jerusalem es más un estado de la mente que un lugar"; y Elie Wiesel, el afamado literato, al preguntarle: "Usted nació en Transilvania, sus parientes están en Nueva York y París, y su cátedra de literatura está en Bóston,, Massachussets... ¿Dónde, pues, está su hogar? Wiesel respondió: "Jerusalem,

cuando no estoy allí."

El Talmud dice: "Jerusalem es la eternidad"..."(Eir Shalom)", "Ciudad de Paz"... Yerushalayim, Yerushalayim...

Su propio ser reclama su misión eterna, como hemos leído en Isaías 2:2-4. Y Jesús de Nazaret nos muestra su gran amor hacia Jerusalem, advirtiéndonos del peligro de jurar por ella, y aludiendo al Salmo 48:2:

"No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey." (Mateo 5:34-35).

La propia presencia de Jerusalem evoca la visión eterna del esperado momento de la redención final:

"En aquel tiempo llamarán a Jerusalem: Trono del señor, y todas las naciones vendrán a ella en el nombre del Señor en Jerusalem; ni andarán más en la dureza de su malvado corazón." (Jeremías 3:17).

Cuando el mundo haya sido perfeccionado bajo el reinado del "HaMashíaj" -el Mesías-, el Ungido de Dios, entrarán por las puertas de Jerusalem, y dentro de sus muros la celebración de gozo y acción de gracias no tendrán fin. Así lo dice la tradición.

Será el abrazo de "Yerushalayim shel matá", "Jerusalem de abajo", la terrenal, y de "Yerushalayim shel ma'alá", "Jerusalem de arriba", la celestial.

Dice el Midrash ("Tanjuma Pikuday") que por el gran amor del Señor por Jerusalem, Dios mismo edificó en la Majestad de las Alturas la Jerusalem celestial. La Jerusalem celestial es el ideal de la Jerusalem terrenal, entrelazadas, inseparables, sin las limitaciones que nos son propias a los mortales; sin fronteras en el tiempo ni en el espacio para el corazón ardiente donde palpita pura el alma hebrea, y haya ojos que miren al Oriente, y en Sión se concentre toda idea... Esa es nuestra esperanza.

Dice el Midrash ("Pesikta", de Rav Kahana) en nombre de Rabí Eliezer ben Yaakov: "Jerusalem está destinada a ser elevada, a lazar hasta tocar el Trono de la Gloria."

Jerusalem es el lugar místico donde el cielo y la tierra se encuentran, se besan; donde la gloria de Dios y la pequeñez de sus hijos se funden en un beso de amor, como aquel primer aliento ("Rúaj"), aliento de vida que el Eterno insufló a Adam en el día de su creación.

"Alegraos con Jerusalem, y gozaos con ella todos los que la amáis; llenaos con ella de

gozo, todos los que os enlutáis por ella; para que maméis y os sacíeis de los pechos de sus consolaciones; para que bebáis, y os deleitéis con el resplandor de su gloria. Porque así dice el Señor: He aquí que yo extendo sobre ella paz como un río, y la gloria de las naciones como torrente que se desborda; y mamaréis, y en los brazos seréis traídos, y sobre las rodillas seréis mimados. Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalem tomaréis consuelo." (Isaías 66:10-13).

"Sobre tus muros, oh Jerusalem, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis del Señor, no reposéis, ni les deis tregua, hasta que establezca a Jerusalem, y la ponga por alabanza en la tierra." (Isaías 62:6-7).

"Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalem no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha." (Isaías 62:1).

*“OSÉ SHALOM BIM’RO MAV
HU YA’ASÉ SHALOM ALEINU
VEAL KOL ISRAEL
VEIMRÚ, IMRÚ, AMÉN”*

*"Aquel que da paz en lo alto,
nos da su Paz a nosotros
y a todo Israel. Y su pueblo dice: ¡Amén!"*

"Su cimiento está en el monte santo. Ama el Señor las puertas de Sión más que todas las moradas de Jacob. Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios." (Salmo 87:1-3).

Pero volvamos a los cuatro sabios talmúdicos que penetraron en el Paraíso de Dios, accediendo a la Jerusalem celestial, pues en ella se encuentra su distintivo más emblemático, “Ets Jayim”, el “Árbol de la Vida”:

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios... Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce dice frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones... Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas de la ciudad.” (Apocalipsis 2:7; 22:2,14).

“Y el Señor Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de la vida en medio del huerto.” (Génesis 2:9).

“Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su

hoja no cae; y todo lo que hace prosperará.” (Salmo 1:3).

“Ella (la sabiduría) es árbol de vida a los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen... El fruto del justo es árbol de vida; y el que gana almas es sabio.” (Proverbios 3:18; 11:30).

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió el Señor, me ha enviado a... ordenar que a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío del Señor, para gloria suya.” (Isaías 61:1, 3).

“Bendito el varón que confía en el Señor, y cuya confianza es el Señor. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto.” (Jeremías 17:7-8).

Esa debió de ser la visión de los cuatro sabios de que hablábamos al principio. Por eso tres de ellos tuvieron mal fin. Sólo Akivá, prosélito de origen gentil, en quien moraba un espíritu más noble, pudo resistir la visión del mundo venidero, la reconciliación final, el encuentro entre Israel y los redimidos de entre las naciones, bajo las ramas del Árbol de la Vida, el Árbol que es fruto y da fruto. Entonces se encontrarán las tribus perdidas de los hijos de José. Seguramente ese será el octavo día. Volverá a haber luna nueva. Comenzará un nuevo ciclo en el que, como dijeron los sabios antiguos de Israel, se producirá la armonía de los opuestos, la alegría y la felicidad de la unificación. Esa es una dimensión que trasciende a nuestro conocimiento. La cuarta dimensión matemática pudiera aproximarse a lo que venimos diciendo

El Señor Jesús que, “cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si tú también conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos”, es el mismo que en el día del encuentro será preguntado y responderá con la Palabra:

“¿Qué heridas son estas en tus manos? Y él responderá: Con ellas fui herido en casa de mis amigos.” (Zacarías 13:6).

En Jerusalem será el encuentro de los dos campamentos...

XI

"Cuanto más se alejan las naciones del mensaje bíblico, tanto menos pueden amar a Israel y su capital Jerusalem."

XI.- RETO Y PARADOJA.

En los últimos dos milenios, Jerusalem ha sido el lugar más peligroso para ser habitado por los judíos. Sin embargo, el amor a Jerusalem hizo que siempre permaneciese en ella un remanente dispuesto a correr riesgo.

"Asimismo, edificó altares (Manasés) en la casa del Señor, de la cual el Señor había dicho: Yo pondré mi nombre en Jerusalem" (2ª Reyes 21:4).

"Y en tu boca he puesto mis palabras, y con la sombra de mi mano te cubrí, extendiendo los cielos y echando los cimientos de la tierra, y diciendo a Sión: Pueblo mío eres tú." (Isaias 51:16).

"Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalem; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano del Señor por todos sus pecados." (Isaias 40:1-2).

Para el Salmista, la ciudad de Jerusalem es clara expresión de la unidad de Dios:

"Jerusalem, que se ha edificado como una ciudad que está bien unida entre sí." (Salmo 122:3).

De ahí que en la visión mesiánica no sólo el pueblo hebreo, sino todas las naciones, mirarán a Sión:

"Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del Señor como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos y dirán: Venid, y subamos al monte del Señor, a la casa de Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor." (Isaías 2:2-3).

La fuerza de Jerusalem es tal que muchos estudiosos y analistas hablan ya de un "sionismo árabe-palestino". Y el cristiano conocedor de las Sagradas Escrituras se queda pasmado al oír hablar de la "Nueva Jerusalem" como una realidad que ya está aquí, y por la cual los habitantes de Jerusalem se refieren a la ciudad extramuros construida durante los últimos cien años, aproximadamente.

Además, tenemos la "Yerushalayim Shel Matá" y la "Yerushalayim Shel Ma'alá": La "Jerusalem terrenal", de "aquí y ahora", y la "Jerusalem celestial", perfecta y espiritual, celestial y eterna, inspiradora de cuentos midráshicos que afirman que la ciudad celestial fue creada incluso antes de la fundación del mundo.

"He aquí, que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros." (Isaías 49:16).

Así fue como los sabios de Israel entendieron que Jerusalem siempre estuvo en el corazón del Señor Dios Todopoderoso, antes de todas las demás cosas, edificada en gloria y virtud, y elevada a los cielos:

"En aquel tiempo llamarán a Jerusalem: Trono del Señor, y todas las naciones vendrán a ella en el nombre del Señor en Jerusalem; ni andarán más tras la dureza de su malvado corazón" (Jeremías 3:17).

La profecía apunta al gran reto: El reencuentro de la "Ciudad Vieja" y la "Ciudad Nueva"; de la "Ciudad Terrenal" y la "Ciudad Celestial". Y mientras tanto, millones de hombres y mujeres siguen apuntando, mirando hacia la "Yerushalayim Shel Ma'alá", la Jerusalem de mayor distinción hasta el día en que la gloria del Señor sature esta tierra.

La paradoja y el reto están en el propio nombre de Jerusalem. Curiosamente, el nombre de la ciudad que más frecuentemente aparece en las Escrituras no es "Yerushalayim" sino "Yerushalem", nombre que no es dual, sino unitario. No en vano la propia raíz "Shalem"

significa precisamente "entero", "completo".

En más de 600 referencias bíblicas, la ortografía de Jerusalem es ("Yerushalem"). Tan sólo hay tres textos en todas las Escrituras donde el nombre de Jerusalem aparece con una "yod" intercalada, lo que hace que el nombre de la ciudad se pronuncie "Yerushalayim" en lugar de "Yerushalem": 2ª Crónicas 25:1; Ester 2:6 y Jeremías 26:18.

¿Cómo es que la ciudad ha llegado a ser conocida por su ortografía excepcional, en lugar de por la que más habitualmente aparece en las Escrituras? Conviene aquí recordar que "Shalem" es el primer apelativo de la ciudad en la Biblia, en relación con Abraham y la bienvenida del patriarca al Rey-sacerdote Melquisedec, cuyo nombre significa "Rey de Justicia". De manera que, desde su primera mención en las páginas de las Sagradas Escrituras, su nombre queda estrechamente vinculado con la idea de la plenitud y de la justicia.

La siguiente mención del lugar en las Escrituras es con relación a Isaac, hijo de Abraham, y el lugar de su sacrificio:

"Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, el Señor proveerá. Por tanto se dice hoy: En el monte del Señor será provisto." (Génesis 22:14).

La raíz ("Yeré") significa literalmente "demostración". De aquí ("Yavé-Yiré") "El Señor proveerá". Pero este término también significa "temor", "miedo", o de donde "Yeré Elohim atá" es "Tú eres temeroso de Dios". El juego paronomásico es evidente: "Yaré" es "Lugar", "Yeré" es "proveer" y "temer". De esto se desprende también que muchos estudiosos hayan entendido que originalmente se trataba de dos ciudades, "Yerú" y "Shalem", como el encuentro de los dos montes que forman el escudo de David, con sus vértices apuntando en direcciones opuestas. Conviene aquí hacer un pequeño paréntesis para recordar que la designación "estrella de David" es de origen ocultista, por el uso que del símbolo hebreo han hecho y hacen muchos practicantes de abominaciones, pero que nada tiene en común con "Maguen David", "Escudo de David".

La interpretación de la simbología del "Maguen David" ha sido tradicionalmente que el vértice que señala hacia arriba corresponde a "Dios"; los otros vértices corresponden al "yo" (izquierdo) y al "tú" (derecho). En el segundo triángulo, el vértice que señala hacia abajo corresponde a la "Historia", y los otros dos al "Pueblo" (izquierdo) y a la "Torá" (derecho). Los sabios de Israel lo explicaron diciendo que el principio es Dios. Suyos son los orígenes. Luego aparece el hombre. Pero éste no está solo. El "tú" y el "yo" están en la misma línea. Donde esté uno estará el otro. Lo humano no es posible sin la dualidad del hombre, varón y mujer. De ahí también que la "Torá" se inicie con la expresión "Bereshit" ("En el principio..." Génesis 1.1) y que su valor numérico sea el 2. Eso significa que el comienzo para el ser humano es el ser con otro.

Luego Dios se manifiesta al pueblo en Sinaí. El "yo" y el "tú" somos parte de un todo mayor; un todo que nos supera sin anularnos. Toda la humanidad está representada en el pueblo que espera al pie del Sinaí. Y la esperanza está en la enseñanza, en la instrucción que Dios va a dar por un mediador. Al fin y al cabo la palabra "Torá" viene de una raíz que significa "señalar o apuntar el camino con el dedo". Esa es la Palabra del Bendito: "Dedo" que marca el curso, alimento cotidiano, luz a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino.

Sólo en tres de las más de seiscientas veces que aparece la palabra "Jerusalem" la hallamos con una segunda letra "yod", en penúltimo lugar, para que suene "Yerushalayim" en vez de "Yerushalem". Tres ocasiones en que se evoca la verdad divina de lo entero, de lo completo, mediante una unión que sólo Dios puede realizar, por medio de una "tilde", como traduce el Evangelio en las palabras de Jesús de Nazaret, al enseñarnos que de la Torá de Dios no pasará ni la letra de mayor tamaño, ni la aparentemente más insignificante, letra madre sobre la cual, paradójicamente, se forma y gira todo el alefeto, el alfabeto de la lengua hebrea.

Como la fe y el grano de mostaza, así también toda la fuerza de la unidad divina se nos presenta en la más diminuta unidad de la lengua de las Sagradas Escrituras, la cual, sin embargo, constituye el inicio del Tetragrama; el agente ejecutor de la "Álef"; el diezmo, simbolizado en su valor numérico de "diez", es decir lo que pertenece solamente al Señor; el Decálogo, los diez dedos de nuestras manos, y la inicial del nombre de Yeshúa, latinizado "Jesús".

El español Maimónides dijo, allá por el año 1268 de nuestra era, que "la gloria del mundo es la tierra de Israel; y la gloria de la tierra de Israel es Jerusalem; y la gloria de Jerusalem es el Santo Templo." De ahí se desprende que los sabios antiguos llamarán a Jerusalem "Ebén-Shetiyá", lo que equivale a decir: "La piedra fundacional de la creación". "Bereshit", "En el principio", también puede leerse "Barashit", lo que significaría "Él creó el Shit", y "Shit" es el "fundamento" y el "drenaje" o "desagüe" del altar de los sacrificios con derramamiento de sangre. Por eso es que los sabios antiguos de Israel entendieron la dualidad de Jerusalem como fundamento del mundo físico y fundamento del mundo espiritual.

Desde la perspectiva cristiana histórica fue Agustín de Hipona quién llegó también a esta conclusión, coincidiendo con los sabios judíos del pasado. Agustín identificó a la Jerusalem de arriba, celestial, con la "Civitas Dei", "La Ciudad de Dios", fundada por Abraham, y simbolizada por Sara:

"Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; más el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegría, pues estas dos mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual

da hijos para la esclavitud; este es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalem actual, pues ésta, junto con sus hijos está en esclavitud. Mas la Jerusalem de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre." (Gálatas 4:22-26).

No queda ninguna duda de que la herencia es Jerusalem, y que los hijos son dos: Isaac e Ismael; los dos pueblos que miran hacia oriente cuando abren sus corazones y elevan sus oraciones al Eterno.

El sentido de la herencia Abrahámica, se desvela cuando analizamos el nombre del patriarca: Abraham: "Ab": "Padre"; "Ram": "Excelso"; y "Amón": "Multitud". Jerusalem es, por tanto, ciudad bien amada para los hijos e hijas de Abraham, sean israelitas o ismaelitas. Y no sólo por ellos, sino también por todos cuantos somos espiritualmente hijos de la simiente de Abraham por medio de la fe de Jesucristo:

"Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes. Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa." (Gálatas 3:22-29).

El vínculo de amor es la atadura que tarde o temprano hermanará a los hijos del patriarca. No en vano el nombre que recibe el sacrificio de Isaac es: "Atadura". Ni israelitas, ni ismaelitas, podrán dejar de amar a Jerusalem. Y ese amor es verdadero sionismo, auténtica llamada a subir por encima de los intereses egoístas, a ser colaboradores con Dios en la construcción del mundo venidero; ése que la tradición cristiana ha llamado "nuevos cielos y nueva tierra"; morada de justicia, paz y gozo en el Espíritu del Santo...

¿Serán la comprensión y el reencuentro los materiales del nuevo Templo de Jerusalem?
¿Será el entendimiento el auténtico solar del Templo de concordia entre todos los pueblos y las gentes que en Jerusalem, y desde cualquier lugar del mundo, miran hacia el lugar santísimo?

La tradición judía siempre atribuyó a Jacob la descripción más profunda de Jerusalem:

"Y Jacob tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo." (Génesis 28:17).

"Esta es puerta del Señor; por ella entrarán los justos" (Salmo 118:20).

"Así ha dicho el Señor: Esta es Jerusalem; la puse en medio de las naciones y de las tierras alrededor de ella." (Ezequiel 5:5).

Salomón construyó el Santo Templo, aunque la Biblia en el hebreo original no lo llama "Templo", por cuanto un templo es el albergue de un ídolo, sino que lo designa como "Casa de Santidad". Y en la oración solemne en el día de dedicación o consagración del mismo, Salomón, quien ha recibido la revelación de que Dios no habita en un "templo" hecho con manos humanas, se expresa de manera verdaderamente sorprendente:

"Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos no te pueden contener ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?" (1º Reyes 8:27).

"Mas, ¿quién será capaz de edificarle casa, siendo que los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerlo?" (2º Crónicas 2:6).

Sin embargo, Salomón sabía que Dios se había vinculado de alguna manera con aquel lugar:

"Con todo, Tú atenderás a la oración de tu siervo, y a su plegaria, Oh Señor Dios mío, oyendo el clamor de la oración que tu siervo hace hoy delante de ti; que estén tus ojos abiertos de noche y de día sobre esta casa, sobre este lugar del cual ha dicho: Mi nombre estará allí; y que oiga la oración que tu siervo haga en este lugar. Oye, pues, la oración de tu siervo, y de tu pueblo Israel; cuando oren en este lugar, también tu lo oirán en el lugar de tu morada, en los cielos; escucha y perdona." (1º Reyes 8:28-30).

Y el profeta Isaías, cuando trae palabra del Señor respecto al final de los tiempos, muestra la vinculación del Señor con Jerusalem y la Casa de Oración para todos los pueblos:

"Yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos." (Isaías 56:7).

“Jerusalem”, “Sión” y la “Piedra fundacional” es el lugar de reunión primeramente para el pueblo de Israel, y después para todos los redimidos de entre las naciones:

"Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del Señor como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán en él todas las naciones." (Isaías 2:2).

La vinculación entre Jerusalem y Jesús no puede ser más evidente: "Y yo, si fuere

levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo." (Juan 12:32).

Escuchemos la voz del Señor a través del profeta Jeremías: "He aquí que yo los reuniré de todas las tierras a las cuales los eché con mi furor, y con mi enojo e indignación grande; y los haré volver a este lugar, y los haré habitar seguramente; y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios." (Jeremías 32:37-38).

La palabra apostólica sigue la misma línea, en la Carta de San Pablo a los Efesios: "dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra." (Efesios 1:9-10).

"En aquel tiempo habrá una calzada de Egipto a Asiria, y asirios entrarán en Egipto, y egipcios en Asiria; y los egipcios servirán con los asirios al Señor. En aquel tiempo Israel será tercero con Egipto y con Asiria para bendición en medio de la tierra; porque el Señor de los ejércitos los bendecirá diciendo: Bendito el pueblo mío Egipto, y el asirio obra de mis manos, e Israel mi heredad." (Isaías 19:23-25).

Jerusalem está llamada a ser lugar integrador, punto de encuentro, reunión de todos los pueblos, abrazo de Dios y del hombre.

"Y se afirmarán los pies del Señor en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está enfrente de Jerusalem al oriente." (Zacarías 14:4).

XII

*"SOBRE TUS MUROS, OH
JERUSALEM, HE PUÉSTO
GUARDAS".*

(Isaías 62:6)

XII.- ¿CUÁNDO SUCEDERÁN ESTAS COSAS?

Como criaturas de Dios dentro del tiempo y el espacio nos preguntamos por el cuándo de todas las cosas que han de suceder. Y las Escrituras nos responden en este caso con toda la claridad y precisión que Dios ha querido para nosotros. Vamos, pues, a la Palabra sin olvidar el sano principio de “hablar donde la Biblia habla, y callar con ella calla.”

“Sobre tus muros, oh Jerusalem, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis del Señor, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalem, y la ponga por alabanza en la tierra.” (Isaías 62:6-7).

Este es el sentido más profundo que somos capaces de hallar para la instancia que se nos hace a “pedir por la paz del Jerusalem” (Salmo 122:6). Sabemos que no podrá haber verdadera paz mientras sea hollada por sus enemigos. Pero lo verdaderamente paradójico es que se nos pida que no hagamos tregua en nuestra labor de interceder por la restauración de Jerusalem, por la reconciliación entre sus hijos, por el encuentro de los dos campamentos.

Dios busca guardas que poner sobre los muros de Jerusalem; guardas que no callen jamás,

sino que de día y de noche no cesen de esperar en sus corazones la restauración del pueblo del Señor, y no sólo de esperarla, sino de anticiparla y saludarla como algo extraordinariamente glorioso, íntimamente relacionado con la esperanza bienaventurada del Segundo Adviento de Jesús de Nazaret como Señor y Mesías.

Pero si somos sinceros reconoceremos que este ministerio no ha sido algo destacado en la historia de la Iglesia de Cristo. Los siglos transcurridos son testigos de la persecución, del odio, de la ignorancia, y, en el menos malo de los casos, de la indiferencia de la cristiandad para con Israel. Pocos han sido los cristianos gentiles que han dejado al Espíritu Santo que desarrollase en sus almas un amor genuino para el pueblo hebreo. Y es que la labor de “guarda” no es muy grata. Pocas son las comodidades que se pueden hallar en lo “alto de la muralla”, al calor sofocante del día y el frío intenso de la madrugada. Pero aunque este lenguaje sea básicamente hiperbólico, no deja de ser una realidad.

La historia nos muestra también que ni las “conversiones” forzadas, ni las persecuciones, ni los programs, ni las torturas, ni los holocaustos del pueblo judío han servido para que los hijos de Israel emprendieran su camino de regreso al Señor. No serán sus sufrimientos los que le pongan en la senda del retorno, sino la misericordia de los gentiles para con Israel, agradecidos por haber recibido de ellos el conocimiento del Dios único y verdadero, las Sagradas Escrituras y la Redención por la sangre de Jesús de Nazaret.

La Biblia nos enseña ya desde sus primeras páginas cuáles son las armas que debemos tomar con nosotros para hacer nuestra “ronda” sobre la “muros” de Jerusalem:

“Pero el Señor había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.”(Génesis 12:1-3).

Como cristianos gentiles no debemos nunca olvidar que Dios ama a todos los pueblos de la tierra, sin excepción. Y, por consiguiente, el Señor ofrece la salvación a todos, sin que ninguno quede excluido. Pero eso ni anula ni entra en oposición con el hecho de que Dios haya escogido a Israel como vehículo a través del cual bendecir a las naciones. Y la mayor prueba de ello es Yeshúa, Jesús de Nazaret, en quien se encarna la Palabra de Dios.

Tengamos presente que Abraham fue el primero en ser reconocido como “hebreo”, de la raíz “yibrit”, es decir, los que “cruzaron el río”. De ahí la voz “brit”, “pacto”, “alianza”; es decir, “cortar y pasar por en medio”. Abraham fue en quien Dios estableció el linaje de Israel, en conformidad con la voluntad del Señor. Abraham engendró a Isaac, e Isaac engendró a Jacob, y los doce hijos de Jacob fueron los jefes de las tribus que el Señor organizó como federación, bajo la administración de justicia de los “shoftim”, los “jueces”, o más literalmente “libertadores” -por cuanto todo pueblo pierde su “libertad” cuando se

aleja de la justicia- hasta que en su desobediencia quisieron ser como las otras naciones, y desechando al Eterno como Rey, se buscaron un “rey” como los paganos circunvecinos.

En el Monte Sinaí, el Eterno entregó su Santa Ley a su siervo Moisés para el pueblo de Israel. Dios estableció entonces su Alianza con ellos, y de ese modo eran también alcanzados todos los pueblos, pues no existe nación civilizada sobre el planeta que no haya adoptado la mayoría de los principios del Decálogo, de los que se desprenden los fundamentos de la ley y el orden, la justicia y la misericordia:

“Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel.” (Éxodo 19:5-6).

¿Recordamos cuando Balac pidió a Balaam que maldijera a Israel? Me encanta leer el capítulo 24 de Números, y ver a Balaam comprobar que le parecía bien al Señor que él bendijese a Israel. Es emocionante contemplar al profeta incapacitado para maldecir al pueblo de Dios. ¿Por qué? Porque sus ojos miraron en la dirección correcta, y al ser tomado por el Espíritu Santo pronunció sobre el pueblo del Señor la misma bendición del pacto abrahámico:

“Cuando vio Balaam que parecía bien al Señor que él bendijese a Israel, no fue, como la primera y segunda vez, en busca del agüero, sino que puso su rostro hacia el desierto; y alzando sus ojos, vio a Israel alojado por sus tribus; y el Espíritu de Dios vino sobre él. Entonces tomó su parábola, y dijo: ...¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, tus habitaciones, oh Israel! Como arroyos están extendidas, como huertos junto al río, como álces plantados por el Señor, como cedros junto a las aguas... Benditos los que te bendijeren, y malditos los que te maldijeren.” (Numeros 24:1-3, 5-6, 9).

La provocación a los celos de Israel será siempre eficaz mediante las poderosas armas del amor, de la misericordia y la bondad con que el Espíritu Santo de Dios reviste a los redimidos por la sangre del Mesías.

El profeta Oseas ve la restauración: “Venid y volvamos al Señor; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará. Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él. Y conoceremos, y proseguiremos en conocer al Señor; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra” (Oseas 6:1-3).

Tan magno acontecimiento no se puede expresar con menor número de palabras, ni mejor escogidas al respecto. La restauración de Israel será obra del Señor, realizada directamente por Él. Por eso han fracasado tan sonoramente cuantos en el curso de la historia trataron de

obligar al pueblo hebreo a emprender un camino que sólo el Padre eterno conoce y prepara para ellos. Esta reconciliación revolucionaria será como la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, quien encarna al Dios de Israel y al Israel de Dios. Y después de la redención vendrá la lluvia del Espíritu, el Pentecostés para Israel, al final de los tiempos de los gentiles, como viniera al principio de la proclamación del Evangelio, según el testimonio de los Hechos de los Apóstoles y la profecía del capítulo 2 del libro del profeta Joel: Lluvia temprana y lluvia tardía. Después, la venida de Aquél “cuyas salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”, preparada como el alba, que indefectiblemente acontece cada mañana, anunciando la llegada de nuestro “sol de justicia.”:

“Pero tú, Belén Éfrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.” (Miqueas 5:2).

“Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada.” (Malaquías 4:2).

¡Cuántas bendiciones se desprenden de la misericordia para con Israel! ¡Qué grandiosa promesa de prosperidad para los “guardas” del muro, del día y de la noche! No nos cansamos de citar estas Escrituras hermosas:

“Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré... Pedid por la paz del Jerusalem. Sean prosperados los que te aman.” (Génesis 12:3; Salmo 122:6).

¿Nos hemos detenido alguna vez a considerar que como gentiles fuimos salvados por la sangre del judío Jesús, y que fueron evangelistas hebreos –Pedro, Pablo, Juan- quienes traspasaron las fronteras de su tierra, y dejaron atrás a los suyos, para iniciar la empresa gloriosa de llevar la Buena Nueva a todos los rincones del mundo conocido?

Por eso dice el apóstol Pablo en su Carta a los cristianos de Roma, congregación formada por judíos y gentiles, que “así también estos (los judíos que todavía no habían creído en Jesús) han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros (de parte de Dios para con los gentiles que habían creído en Jesús), ellos (los judíos) también alcancen misericordia.” (Romanos 11:31).

La culminación de la restauración de Israel será la innegable demostración, ante todas las naciones y pueblos de la tierra, de que Dios es Dios, y que sus pactos son de vigencia eterna. La constitución del Estado de Israel, después del Holocausto de la Segunda Guerra Mundial, fue el comienzo del cumplimiento de las profecías respecto a la restauración. Hagamos un poco de recapitulación:

Primeramente, porque muchos rechazaron a Jesús de Nazaret como su Mesías, Dios obró

de manera imposible de prever y entender para los hombres:

“Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos.” (Romanos 11:11).

En segundo lugar, el Señor profetizó que la nación amada volvería a ser establecida al final de los tiempos:

“Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalem será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.” (Lucas 21:24).

“Por tanto, di a la casa de Israel: Así ha dicho el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado. Y santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy el Eterno, dice el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos. Y yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país.” (Ezequiel 36:22-24).

Ahora bien, la profecía no hace referencia solamente a una restauración nacional, político-social, sino que el regreso a la tierra de los mayores tiene un alcance espiritual en el que pocos pensaron. Y esa dimensión espiritual de la restauración está presente en la profecía de Ezequiel:

“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios.” (Ezequiel 36:25-28).

“Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel... Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos.” (Apocalipsis 7:4, 9).

¿Cuándo ocurrirán estas cosas? ¿Cuándo cesará el endurecimiento parcial de Israel? ¿Cuándo asumirá la cristiandad gentil su responsabilidad respecto a las raíces judías de nuestra fe cristiana y sus implicaciones? ¿Cuándo completará el Señor la plena restauración de su pueblo? Como nuestro Señor Jesucristo respondiera momentos antes de su ascensión a la Gloria del Padre, “no nos toca a nosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre

puso en su sola potestad”, pero como parte de nuestro testimonio del Evangelio de la Gracia y del Reino de Dios hemos de ser “guardas” intercesores sobre los “muros” de Sión, bendecir al pueblo de Israel, pedir por la paz de Jerusalem, como instrumentos de la justicia del Santo Mesías, nuestro Señor y Salvador.

Los últimos siete capítulos del libro del profeta Zacarías nos presentan una clara cronología de los últimos tiempos antes de la plena restauración de Israel y la venida gloriosa del Siervo Sufriente hecho Mesías Triunfante: En el capítulo ocho se nos retrata el retorno de Israel a la tierra que Dios eligió para ellos. El capítulo nueve profetiza las relaciones actuales de Israel con Siria. En el nueve se describe la protección de Israel. El capítulo once describe la auto-destrucción del Líbano. El doce nos da claras imágenes de la oposición mundial a Israel. Parece como si estuviéramos leyendo la Biblia en paralelo con los periódicos diarios. Personalmente creemos que en el momento en que escribo estas páginas nos hallamos a punto de volver la página para encontrarnos con el capítulo trece, en el que se relata el retorno de Israel, no sólo a la tierra, lo que ya ha comenzado a suceder, sino el regreso espiritual al Señor. Esto nos hace considerar la realidad constatable de los miles de judíos mesiánicos que hoy se encuentran en el mundo, y lo más sorprendente, incluso en la propia tierra de Israel, donde hace tan sólo veinte años no existía ninguna conocida. Hoy son unas cincuenta las congregaciones mesiánicas que existen en la tierra de Israel, con un contingente de unos cinco mil. Somos muchos los cristianos gentiles que creemos que el avivamiento entre los judíos está comenzando, lo cual significa implícitamente que el tiempo de los gentiles está a punto de concluir.

No pretendemos saber cuándo acontecerán los eventos profetizados. Sabemos que el tiempo de Dios no es el nuestro. Pero lo que sí podemos afirmar sin temor a errar es que muchísimas señales a nuestro alrededor apuntan hacia el cumplimiento de las profecías bíblicas. Los tiempos finales, aunque no sabemos su duración en términos de nuestra manera de medir la historia, han comenzado. Y esta creencia debería hacernos pensar en los días de Noé. Nuestro Maestro Jesús invitó en su día a aquella generación a considerar los tiempos del patriarca. Noé oyó a Dios y construyó un arca. Sus coetáneos se burlaron de él. Pero un día comenzó a llover como no había ocurrido nunca antes, y siguió lloviendo copiosamente durante muchos días. Después de muchos días de lluvia, aunque indudablemente alarmados, muchos de los burladores del patriarca debieron pensar que se trataba de un día más. Pero todos cuantos no estuvieron preparados en conformidad con las palabras de Dios, perecieron en el Diluvio que Dios mandó sobre aquella primera tierra, para diluir al hombre como barro bajo la lluvia de la justicia divina. Hoy, en esta segunda tierra en que nos hallamos, sigue escuchándose la voz del Señor advirtiendo de su juicio que ha de venir. En esta ocasión, y antes de entrar en la tercera tierra, el juicio divino no será mediante el agua:

“En los postreros tiempos vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los

padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose,. Serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.” (2ª Pedro 3: 3-13).

Pronto van a cumplirse las palabras de Ezequiel en su visión del valle de los huesos secos:

“Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos? Y dije: Señor, tú lo sabes. Me dijo entonces: Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, oíd la palabra del Señor. Así ha dicho el Señor a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis... Me dijo luego: Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. He aquí ellos dicen: Nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos. Por tanto, profetiza, y diles: Así ha dicho el Señor: He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas, y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo el Señor hablé, y lo hice, dice el Señor.” (Ezequiel 37:35, 11-14).

Con esta visión en nuestro corazón podemos comprender más acertadamente el alcance de las palabras del apóstol Pablo en su Carta a los Romanos respecto a la restauración plena de la casa de Israel:

“Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?” (Romanos 11:15).

Podemos estar más cerca de estos acontecimientos de lo que nosotros podemos imaginar. El último día podría comenzar como cualquier otro. La gran pregunta que debemos hacernos es si estamos preparados para el encuentro con el Señor.

XIII

"Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, será injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar."

(Romanos 11:23)

XIII.- UN INMENSO PASO HACIA EL REENCUENTRO: EL MILAGRO DEL JUDAÍSMO Mesiánico.

Estamos viviendo días muy señalados en la economía de la salvación. Y un indicio al respecto, entre muchos otros, es que cada día son más los judíos que reconocen a "Yeshúa" como su Mesías y Salvador personal. Estos judíos, que no dejan de serlo por seguir a Jesús, son los que prefieren denominarse "Judíos Mesiánicos". Reconocen que de muy diversas procedencias hemos venido a los pies del Mesías -algunos del ateísmo, o de las iglesias históricas y su cristianismo nominal, y otros del judaísmo- pero por una sola sangre hemos sido lavados, y por un solo Espíritu hemos sido regenerados, y por un solo sacrificio hemos sido redimidos; por una sola resurrección hemos sido declarados justos, y porque ahora reina Jesús a la diestra de Dios Padre, todos los redimidos tendremos acceso por la fe en Jesús de Nazaret a la presencia de Dios, en el poder del nombre de Jesús, quien fue inmolado, resucitado y glorificado.

Vamos, pues, a acercarnos al Judaísmo Mesiánico -también conocido en algunos círculos

como Hebreo-Cristianismo, según se enfatizan más los elementos judíos o los gentiles-tratando de contestar a las preguntas más frecuentes al respecto, y vamos a hacerlo, naturalmente, aproximando nuestra perspectiva evangélica a las fuentes judeo-mesiánicas. Veamos algunos preliminares de Interés:

Conviene deshacerse de los estereotipos generalizados. Todos los judíos no son ricos, intelectuales, ni tienen las mismas características físicas -por cuanto no existe una “raza” judía- ni piensan de la misma manera. La Comunidad Judía es muy variopinta y multiforme en todos los planos y sentidos.

Ni mucho menos son religiosos todos los judíos. Aunque la inmensa mayoría de ellos se identifican como judíos, más del sesenta por ciento de los judíos no asisten a la sinagoga. En una nación como los Estados Unidos de América, con un gran contingente de población judía, sólo un treinta y nueve por ciento de ellos afirman ser miembros de una sinagoga, de los cuales aproximadamente el quince por ciento son Reformados, otro quince por ciento son Conservadores y el resto son Ortodoxos. Sólo un treinta y cinco por ciento manifiestan asistir a los cultos sinagogales regularmente. Un treinta y tres por ciento manifiestan hacerlo sólo en las grandes solemnidades, y un veintitrés por ciento lo hacen sólo en ocasiones especiales, tales como bodas, circuncisiones o Bar-Bat Mitzvá. Estos datos han sido tomados de la Encuesta de Población Nacional Judía realizada en los Estados Unidos en el año 1990. (“Detroit Jewish News”, 25-2-1994).

Aproximadamente el cincuenta por ciento de los judíos se casan con personas de otra religión, y la mayoría de ellos no educan a sus hijos como judíos, produciéndose una enorme asimilación. Como resultado hallamos que la población judía mundial es hoy la misma que al terminar la Segunda Guerra Mundial, después de haber sido asesinados más de seis millones en Alemania y en los demás territorios ocupados por el Tercer Reich.

Los orígenes de los judíos se conocen como Ashkenazíes o Ashkenazitas: Los de origen europeo. Los Sefardíes o Sefarditas: Los del Mediterráneo -principalmente de la Península Ibérica- y países árabes. Los Falashas: Los de piel negra, procedentes de Etiopía, donde existe una comunidad judía que se remonta en la historia al tiempo del Rey Salomón y la Reina de Seba.

¿Qué es el Judaísmo Mesiánico? El Judaísmo Mesiánico es un movimiento del pueblo judío que cree en Yeshúa como el Mesías y Salvador para Israel y para el mundo. Los judíos mesiánicos no han dejado de ser judíos, por consiguiente continúan su forma de vida de adoración como hebreos, al igual que Jesús de Nazaret. El pueblo judío que ha encontrado a su Mesías en Jesús no se han convertido a otra religión, sino que se han realizado en su fe y herencia. En sus propias palabras, definen el Judaísmo Mesiánico como “Judaísmo bíblico. Los primeros creyentes en Yeshúa, el Mesías, fueron judíos. Las primeras congregaciones fueron judías, al igual que los discípulos (los seguidores de

Yeshúa). Adoramos de la misma manera que los hicieron en el siglo primero; es decir, mantenemos nuestra identidad y cultura judías, mientras servimos a Yeshúa, el Mesías.” (Congregación Beth Hallel, Roswell, Georgia, EE.UU.).

Desde la perspectiva del Judaísmo Mesiánico, el término “cristiano”, que originalmente significaba “seguidor o discípulo del Mesías Jesús”, es un magnífico término. El problema radica en que con el paso de los años llegó a convertirse en “enemigo de los judíos”. Y si los gentiles desconocemos esa historia, los judíos no, por cuanto les ha tocado vivirla y sufrirla en su propia carne. Conviene aquí tener presente, como desarrollaremos más adelante, que para la mayoría de los judíos de la actualidad la palabra “cristiano” no significa “seguidor del judío Jesús”, sino simplemente “un gentil que puede que asista a una iglesia”. De manera que cuando un judío reconoce a Jesucristo como su Salvador y Señor, tiene la idea de que ha cambiado de religión, o que ya ha dejado de ser judío. Y así es visto por quienes le rodean.

Los judíos mesiánicos creen todo lo contrario. Afirman haber encontrado al Mesías de Israel en Jesús de Nazaret, y se consideran ahora judíos completos. De ahí que prefieran denominarse “judíos mesiánicos” frente a “cristianos”. Convertirse en un “judío mesiánico” expresa mucho mejor su experiencia con el Señor que “convertirse al cristianismo”. Por otra parte, muchos manifiestan que “convertirse en un judío mesiánico” es más fácil que ponerse a estudiar las características diferenciales de los centenares de denominaciones e iglesias cristianas que tristemente luchan por pretender ser la verdadera forma de cristianismo.

“El Judaísmo Mesiánico es un movimiento congregacional en el cual el pueblo judío escucha las Buenas Nuevas de Yeshúa, Jesús de Nazaret, en un contexto judío y continúan en sus tradiciones, después de haber encontrado al Mesías. El Judaísmo Mesiánico es un fenómeno profético del fin de los días. No es una secta presidida por un dirigente a escala mundial. En 1967 había aproximadamente 2.000 judíos mesiánicos en los Estados Unidos. En 1990 había más de 100.000, y por encima de 250 congregaciones. En el 2.000 se estimaba que había más de 500.000 judíos mesiánicos con más de 400 congregaciones en todo el mundo, y más de 60 en la tierra de Israel.” (Neil y Jamie Lash, *Jewish Jewels*, Julio 2000, Ft. Lauderdale, Florida, EE.UU.).

¿Qué diferencia existe entre el Judaísmo Mesiánico y el Judaísmo Rabínico? El Judaísmo Rabínico es el que se forma en torno a las enseñanzas de los sabios y rabinos de Israel. Su formación comenzó hace mil novecientos años, cuando fue destruido el Segundo Templo y cesó el sistema sacrificial del sacerdocio levítico. Anteriormente no puede hablarse estrictamente de “Judaísmo”, por cuanto la religión de Israel estaba centrada en el Templo y en el sistema sacrificial, mientras que el “Judaísmo”, con todo rigor, se centra en torno a la sinagoga, principalmente en el ámbito de la diáspora. Después de la destrucción del Templo los rabinos introdujeron muchas leyes y normas como defensa contra la dispersión

y la asimilación, como es el caso del Talmud, el cual forma hoy el fundamento del Judaísmo Rabínico.

El Judaísmo Rabínico está formado por varias ramas, entre las cuales las principales son: El Judaísmo Ortodoxo, el Jasídico, el Reformado, el Conservador, y el Humanista. Es notorio el paralelismo existente entre las principales corrientes del Judaísmo Rabínico y las del Protestantismo histórico.

El Judaísmo Ortodoxo viene de la secta de los fariseos. Creen y esperan a un Mesías personal y en el “Mundo-por-venir”. La mayoría de ellos creen que el Talmud es igual a la Biblia en autoridad.

El Movimiento Jasídico forma parte, a efectos prácticos, de la rama ortodoxa. Comenzó en la Europa Oriental a finales del siglo XVIII. Con mucha frecuencia incluye un buen grado de reverencia al “Rebbe”, el Baal Shem Tov, su fundador. Su inclinación es totalmente mística. En algunos de sus círculos se acepta abiertamente la doctrina de la reencarnación, y en los últimos años muchos se han abierto a los principios místicos de la Nueva Era (New Age). Su tendencia general es hacia el aislamiento, incluso respecto a los propios judíos.

El Judaísmo Reformado es la rama que nació durante el período de la Ilustración alemana, a principios del siglo XIX. Liberalizó muchas leyes y tradiciones, particularmente lo referente a la observancia del Shabat y las normas dietéticas de la cashrut. También quitaron el énfasis en lo sobrenatural. Fue una manera de procurar que el pueblo judío pudiera encajar en la sociedad occidental en general, y en la alemana de la época en particular, reteniendo la moral y la ética judías. Niegan la existencia de un Mesías personal, y tampoco creen en la existencia de un cielo y un infierno, lo que les aproxima en este sentido a la postura protestante de la “escatología realizada” de C.H. Dodd. Sin embargo, su liberalismo no les salvó de la persecución nazi.

El Judaísmo Conservador fue, realmente, una reacción al Judaísmo Reformado. Pudiera decirse que el movimiento conservador se puede ubicar entre el Judaísmo Ortodoxo y el Reformado. Su característica es una mayor libertad en cuanto al cambio de las leyes y tradiciones.

El Judaísmo Humanista podría definirse como un “Judaísmo sin Dios”, con enfoque humanista, es decir, centrado en el hombre, y de manera particular en el pueblo judío. Este Judaísmo-Humanista-Secular está muy extendido por los Estados Unidos de América, y el resto del mundo de lengua inglesa. Tiene su “sede” en el Templo Birmingham, en Detroit, Michigan, EE.UU. de América.

El Judaísmo Mesiánico difiere por cuanto acepta y confía plenamente en las Sagradas Escrituras. “Nuestra fe es el Judaísmo de la Biblia, y está centrado en torno al Mesías, y

afirma que no es necesario ir por medio de los sabios y rabinos para conocer a Dios, sino que tenemos acceso al Señor por medio de la obra expiatoria del Mesías Yeshúa, quien nos ha completado como judíos creyentes, y, por lo tanto, ha completado nuestro Judaísmo”. (“The Messianic Times, Sinagoga Shoresh David, Tampa, Florida, USA.).

¿En qué difiere el Judaísmo Mesiánico del Cristianismo Tradicional? El Judaísmo Mesiánico afirma ser uno en el Espíritu Santo con todos los verdaderos cristianos gentiles, nacidos de nuevo, pero se reserva el derecho de su propia expresión de fe en el Mesías. El Judaísmo Mesiánico mantiene que es judío creer en Yeshúa, y, al mismo tiempo, observar las fiestas dadas por Dios a Israel (no “fiestas judías”, sino “fiestas solemnes del Señor”), mientras afirma que el único camino para ser salvos y ser verdaderamente renacidos del Espíritu Santo es por medio de la fe en la obra expiatoria del Mesías Yeshúa.

El argumento del Judaísmo Mesiánico ante judíos y cristianos por igual es que Yeshúa ha-Mashíaj, Jesucristo el Mesías, vino para cumplir la Ley y los Profetas, y que, por consiguiente, como pueblo judío, y por creer en el Mesías judío para todas las naciones, no pueden convertirse en la paradoja de “no ser judíos” o de “dejar de serlo”.

¿Cuándo comenzó el Judaísmo Mesiánico? Nace con Jesús y sus discípulos y apóstoles, todos ellos judíos, como el propio Jesús, quien se crió en un hogar judío, vivió como judío, y murió como Rey de los judíos. Todos los escritores del Nuevo Testamento eran judíos; Jesús ministró a los judíos en la tierra judía; y bastantes historiadores afirman que en el siglo primero más de un millón de hebreos, tanto dentro de la tierra de Israel como en la diáspora, profesaban su fe en Yeshúa como Mesías de Israel y Salvador del mundo:

“Al oír esto (el mensaje de Pedro en Pentecostés), se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre (griego: “epi toi onómati”, por encargo”) de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare. Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación. Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones... Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.” (Hechos 2:37-42, 47b.).

“Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones era como cinco mil.” (Hechos 4:4).

“Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalem; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe.” (Hechos 6:7).

“Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo.” (Hechos 9:31).

“Cuando ellos (Jacobo y los ancianos de la iglesia de Jerusalem) lo oyeron, glorificaron a Dios, y le dijeron (a Pablo): Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley.” (Hechos 21:20).

Muchas evidencias históricas muestran que durante el primer siglo eran literalmente judíos mesiánicos la casi absoluta totalidad de la Cristiandad. De modo que, desde esta perspectiva, los judíos del primer siglo que rindieron sus vidas a Jesús no se “convirtieron” al “cristianismo”, como casi la totalidad de los teólogos cristianos han afirmado y afirman, sino que la “iglesia primitiva” no es nada más que un eufemismo para no reconocer que se trataba de la Comunidad Judía Mesiánica.

No hay ninguna duda respecto a que los primeros seguidores de Jesús fueron judíos llamados “Nazarenos”:

“Porque hemos hallado que este hombre (Pablo) es una plaga, y promotor de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos.” (Hechos 24:5).

Adoraban en el Templo de Jerusalem: “Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón.” (Hechos 2:46).

Guardaban las horas de la oración judía: “Pedro y Juan subían juntos al templo a la hora novena (las 3 de la tarde), la de la oración.” (Hechos 3:1).

Y eran celosos por la Ley, como hemos visto ya en (Hechos 21:20). El propio apóstol San Pablo -el rabí Shaúl- vivió siempre como judío. Subía a Jerusalem para celebrar las fiestas del Señor, siempre que le resultaba factible, y vivió su vida como tal, haciéndose a algunos de los modos gentiles con el propósito de ganar discípulos para el Señor:

“Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de

él.” (1ª Corintios 9:19-23).

Los acontecimientos del capítulo 10 de los Hechos de los Apóstoles dan sobrada cuenta de que los judíos mesiánicos comprendieron que el mensaje de Yeshúa era para todas las naciones (etnias), cumpliéndose de ese modo la profecía bíblica:

“Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.” (Génesis 12:3).

“Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra.”(Isaías 49:6).

“Yo el Señor te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones.” (Isaías 42:6).

Dios mostró milagrosamente a los judíos mesiánicos que Él era el Mesías tanto de los hebreos como de los gentiles: Del judío primeramente, y del gentil igualmente:

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.” (Romanos 1:16-17).

Irónicamente, mientras que en nuestros días sigue habiendo cristianos gentiles que dudan de si los judíos pueden creer en Jesús y seguir siendo judíos, en el primer siglo la controversia no era si los judíos podían creer en Yeshúa como Mesías, sino si los gentiles podían creer en Yeshúa sin convertirse primeramente al judaísmo. La respuesta de los apóstoles -todos ellos judíos- no puede ser más clara, según se desprende de las conclusiones del Concilio de Jerusalem, como leemos en el Libro de los Hechos de los Apóstoles:

“Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis como ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos... Así que enviamos a Judas y a Silas, los cuales también de palabra os harán saber lo mismo. Porque ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: que os abstengáis de lo

sacrificado a los ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación; de las cuales cosas si os guardareis, bien haréis. Pasadlo bien. Así, pues, los que fueron enviados descendieron a Antioquía, y reuniendo a la congregación, entregaron la carta; habiendo leído la cual, se regocijaron por la consolación. Y Judas y Silas, como ellos también eran profetas, consolaron y confirmaron a los hermanos con abundancia de palabras.” (Hechos 15: 7-11, 27-32).

Como resultado de la predicación del Evangelio, un gran contingente de gentiles entraron en la fe de Yeshúa. Esto contribuyó notablemente en el proceso de “desjudaización” de la fe mesiánica, particularmente después de la muerte de los doce apóstoles, hasta alcanzar su punto culminante en el sincretismo constantiniano. Aquí conviene tener muy presente el hecho de que Constantino el Grande, fundador de la dinastía que lleva su nombre, fue un adorador del dios solar Mitra, una deidad iraní estrechamente relacionada con la astrología (por eso sus imágenes contienen siempre animales a su alrededor, en representación de las constelaciones zodiacales). El culto a Mitra había sido traído a Roma por algunos soldados, entre quienes había llegado a ser una religión bastante ligada a las fuerzas armadas imperiales. De manera que la conversión del emperador Constantino (313 d.C.) no fue tanto al cristianismo, entendido como fe mesiánica, sino más bien la aplicación de una careta cristiana al mitraísmo, el cual quedó perfectamente disfrazado dentro de la nueva religión oficial del Imperio Romano y sus pretensiones de universalidad. De hecho, muchos de los sacerdotes de Mitra, también llamado Tamuz, pasaron a las filas del “cristianismo constantiniano” sin mucha dificultad.

Cualquier observador medianamente instruido puede comprobar cómo se conservan los rasgos del mitraísmo perfectamente presentes hasta nuestros días en el solideo papal, en la forma redonda de la hostia -alusiva al disco solar-, en el sagrario y su frecuente uso de los rayos solares como elementos decorativos, en las vestiduras pontificales del alto clero romano, y en la adoración de la santa cruz, símbolo de la inicial de Tamuz, introducida en el siglo IV por medio de Helena, madre de Constantino el Grande, junto con las imágenes, además de muchos otros detalles más o menos significativos. Entre ellos cabría mencionar la adoración ceremoniosa-ritualística, la oración por los difuntos, la veneración de las reliquias (huesos y cabellos de los “santos”), los edificios y mobiliarios lujosos, etc. En esta época comenzaría la tendencia a confundir el sacerdocio universal de todos los cristianos con el concepto de casta sacerdotal que abarcaría a los pastores u obispos del rebaño, así como la designación de “templo” para la casa de reunión o de oración de las primeras asambleas cristianas. En ese caldo de cultivo pronto aparecerían los elementos precisos para llegar al triple culto de la latría, la dulía y la hiperdulía, así como el purgatorio y el celibato forzoso del clero, todo ello fruto del distanciamiento de las raíces judías de la fe. De ahí también todos los esfuerzos históricos por impedir, desde la iglesia estatal, que la Biblia llegara a las lenguas de los pueblos... ¡Nada tan judío como la Biblia!

Al reducirse el número de hebreos frente al cada día mayor contingente de gentiles dentro

del seno de las comunidades mesiánicas, las raíces judías de la fe cristiana eventualmente se fueron debilitando hasta perderse en gran manera. Poco a poco fue desarrollándose el rechazo y la deslegitimación de la Iglesia hacia todo lo judío, especialmente por la influencia de la patrística griega. El estudio de las obras de los llamados “padres de la Iglesia” (Jerónimo, Eusebio, Cirilo, Orígenes, Crisóstomo, Papías, Justino Mártir, Ambrosio, etc.) nos mostrará inequívocamente su general talante anti-semita, e incluso, en algunos casos muy influyentes, su furibundo anti-judaísmo. Notables anti-judíos fueron elevados a los altares. Así se engendró la gran paradoja de la historia: Comenzó a ser extraño lo judío a los ojos de los cristianos gentiles, y se hizo extraño igualmente que un judío creyera en Yeshúa como el Mesías. El Mesías Yeshúa no puede ser reconocido como judío por la mayoría de los judíos de nuestros días, y la mayoría de los cristianos gentiles desconocen o minimizan la importancia de la judeidad de Jesucristo. Insistimos en que se trata de una de las mayores paradojas de la historia, dentro de la cual personalmente creemos que opera Satanás -¡Dios le reprenda!-, pues se trata, a todas luces, de un proceso de satanización del pueblo hebreo. La prueba la hallamos en la demonización de todo lo judío, su rechazo y casi perenne asociación con todo lo legalista e intransigente.

¿Cuándo desaparecieron los primeros Judíos Mesiánicos y por qué? Una fecha que puede ser clave para entender la separación es el año 132 d.C., cuando el rabí Akiva proclamó a Bar Kojba como el Mesías. A partir de aquel momento, los judíos que ya conocían a Jesús de Nazaret como el verdadero Mesías se separaron de la proclamación de Akiva. Una separación posterior se produce cuando el número de gentiles que abrazan la fe cristiana es de tal magnitud que muchos de los elementos judíos comienzan a desaparecer siendo substituidos por posturas helenistas de naturaleza filosófica. La fecha del Concilio de Nicea -325 d.C.- es el momento en que podemos ver el final del Judaísmo Mesiánico como corriente original del cristianismo.

No obstante, el Judaísmo Mesiánico continuó hasta el siglo séptimo de nuestra era, a pesar de las muchas presiones para que abandonaran sus costumbres judías. Los rabinos presionaron para que abandonaran su fe en Yeshúa, y los clérigos cristianos gentiles presionaron para que dejaran de vivir como judíos. A esto hay que añadir la presión producida por la poderosa expansión del Islam. Con el paso del tiempo, y poco después del siglo séptimo, los judíos mesiánicos perdieron la batalla por mantener su identidad judía, y fueron progresivamente absorbidos por la Iglesia gentil.

¿Cuándo comenzó el moderno movimiento Judío Mesiánico? Aunque el Judaísmo Mesiánico como movimiento distintivo se desvaneció en el siglo séptimo, existen testimonios de que siempre ha habido judíos que han creído en Yeshúa como Mesías y Salvador. Sabemos por los archivos bíblicos e históricos que había sinagogas mesiánicas por todo el Imperio Romano, y aun más allá, tan temprano como el año 50 de nuestra era:

“Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la

dispersión: Salud.” (Santiago 1:1).

Estos mesiánicos del primer siglo permanecieron fieles a las tradiciones de los padres y al amor a la tierra de Israel. De modo que en aquel momento inicial del cristianismo no había ninguna contradicción entre ser judío y ser discípulo de Yeshúa de Nazaret. De hecho, la inmensa mayoría de los cristianos eran judíos. ¿Qué más podían ser?

Este movimiento mesiánico del primer siglo se extendió notablemente. En Hechos 21 se afirma que había decenas de miles de judíos que creían en Jesús y eran celosos por la Torá. Hubo comunidades mesiánicas por todo el Oriente Medio durante casi quinientos años. Sin embargo, tenemos que esperar al siglo XVIII para ver cómo un creciente número de judíos empezaron a creer en Yeshúa. En tiempos modernos nos encontramos con Isaac Lichtenstein, Max Wertheimer, y Daniel Zion, que fue Gran Rabino de Bulgaria durante la Segunda Guerra Mundial, quienes creían en Yeshúa ha-Mashíaj.

Cuando los cristianos gentiles se preguntan por qué la mayoría del pueblo judío no ha aceptado a Jesús como Mesías, debemos recordar que Moisés y los profetas fueron igualmente rechazados por la mayoría del pueblo. Recordemos la rebelión del pueblo contra Moisés y contra Aarón (Números 14:1-10). De no haber sido por la manifestación de la gloria del Señor mostrándose a todos los hijos de Israel en el tabernáculo, Moisés y Aarón habrían sido lapidados por la congregación ensoberbecida.

“Y envió el Señor a vosotros todos sus siervos los profetas, enviándoles desde temprano y sin cesar. Pero no oísteis, ni inclinasteis vuestro oído para escuchar.” (Jeremías 25:4).

“También todos los principales sacerdotes, y el pueblo, aumentaron la iniquidad, siguiendo todas las abominaciones de las naciones, y contaminando la casa del Señor, la cual él había santificado en Jerusalem. Y el Señor, el Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación. Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira del Señor contra su pueblo, y no hubo ya remedio.” (2º Crónicas 36:14-16).

Las Sagradas Escrituras dan testimonio de que la mayoría del pueblo hebreo no reconocería al principio al Mesías. Todo el capítulo 53 del libro del profeta Isaías es una clara muestra al respecto. Así se expresa también Zacarías, en un texto en el que se resumen toda la historia del pueblo hebreo con relación a su Mesías, y la bendición postrera:

“Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalem, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.” (Zacarías 12:10).

De manera que el propio hecho de que la mayoría no crea en Jesús es una prueba que se conforma a la Escritura para mostrar que Jesús verdaderamente es el Mesías prometido. La Biblia afirma rotundamente que dentro de la nación hebrea hubo siempre un remanente fiel:

“Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia.” (Romanos 11:5).

Mientras que de parte gentil-cristiana se producía un creciente antijudaísmo, de parte judía los rabinos se resistían a considerar la mesianidad de Yeshúa. Se cumplió lo que dice el Salmo 118:22, que los dirigentes de Israel rechazarían al Mesías:

“La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte del Señor es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos.” (Salmo 118:22-23).

En el siglo XIX aparecieron los primeros signos importantes del resurgimiento del Judaísmo Mesiano, después de un largo letargo de siglos. Uno de esos signos es el que se produce cuando en Inglaterra, y con la formación de las Sociedades Hebreo-Cristianas, comenzaron a reunirse los entonces escasísimos judíos que afirmaban creer en Jesucristo como Mesías de Israel y Salvador personal. Aquí conviene destacar que estos hebreos se habían convertido al cristianismo, olvidando sus raíces en distintos grados, a diferencia del Judaísmo Mesiano de nuestros días, formado por judíos que se saben y se afirman como judíos. De aquellas filas de judíos-cristianos salió Benjamín Disraeli, primer y único Primer Ministro Británico en la historia del Reino Unido. En aquellos días del siglo XIX se fundó en Inglaterra la “Sociedad para la Difusión de las Sagradas Escrituras entre el Pueblo Judío”. Poco después se fundó la “Alianza Internacional Hebreo-Cristiana”, que después cambiaría su nombre por el de “Alianza Internacional Judío Mesiano”.

Uno de los hombres destacados en este sentido es el judío alemán Arnold Frank, de Hamburgo, Alemania, quien en 1876 aceptó la mesianidad de Jesús de Nazaret a través del testimonio de un amigo cristiano gentil. Después de su formación académica en Belfast, Irlanda, para el ministerio pastoral, Arnold Frank regresó a Alemania donde se dedicó a la distribución de literatura cristiana entre los numerosísimos judíos de Rusia y Polonia que emigraron a Alemania en busca de trabajo, muchos de ellos con miras a viajar desde allí a América. Arnold Frank organizó centros de acogida donde les proporcionaba una comida caliente y atención sanitaria. Después estableció la “Casa Misión Jerusalem” donde acogió a muchos judíos que respondían al Evangelio.

En aquellos días fueron muchos los hebreos que creyeron en Jesús, aceptándole como Salvador personal. Cincuenta de ellos salieron para servir al Señor como misioneros. Frank también publicó una revista, “Zions Freund”, en la cual aparecían artículos de interés para judíos y cristianos. La circulación de esta publicación pasó de unos cuantos centenares a cuarenta mil, hasta que los nazis prohibieron su publicación a finales del año 1936. El Dr.

Arnold Frank trabajó como misionero a los judíos en la ciudad de Hamburgo hasta el año 1938, cuando, a la edad de 79 años, fue obligado a escapar de los nazis e instalarse en Irlanda. El edificio de la misión en Hamburgo fue confiscado, pero Arnold Frank continuó trabajando en la obra del Señor en Irlanda durante otros 26 años de su vida, hasta morir a la edad de 106 años. Aunque los nazis trataron de destruir completamente el trabajo al que había dedicado toda su vida, su legado ha continuado hasta nuestros días.

Uno de los jóvenes que abrazaron la fe de Jesús por medio del testimonio de Arnold Frank fue John Düring, un joven judío que logró escapar de la Alemania nazi para instalarse en Sudáfrica en el año 1938. En 1950, Düring, con la bendición y el apoyo de Arnold Frank, estableció la “Sociedad Misionera Buenas Nuevas” para la distribución de literatura entre los judíos. También editó la revista “Buenas Nuevas”, tanto en inglés como en afrikaans, y relanzó la publicación de la revista “Zions Freund”. John Düring sirvió fielmente al Señor, junto con su esposa Marie, durante treinta años, estableciendo y manteniendo un firme testimonio para el pueblo hebreo mediante la excelente literatura producida por su sociedad misionera.

Después de la muerte de John Düring, en el año 1979, Sean O’Sullivan fue invitado para continuar con la labor. En 1999 pudo extenderse la obra hasta los Estados Unidos de América, donde se encuentra el mayor contingente de judíos fuera de Israel, y Sean se instaló en Nueva York. Invitó a Peter Cohen para fundir las obras de Sudáfrica y de los Estados Unidos en una sola organización bajo el nombre de “Las Buenas Nuevas Mesianicas”.

Conviene aquí tener presente también a Martín Chernoff, otro de los modernos pioneros del Judaísmo Mesianico. A principios de la década de los 60 del pasado siglo XX, Martín Chernoff, reunido en Filadelfia con grupo de cristianos hebreos, hicieron la siguiente proclamación:

“Nosotros somos creyentes judíos en Yeshúa como nuestro Mesías. Tenemos nuestro propio destino en el Señor. Nunca más seremos asimilados por la cultura gentil de la iglesia y pretendemos no ser gentiles. Si Yeshúa mismo, sus seguidores y los primeros creyentes judíos mantuvieron su estilo de vida judía, ¿por qué fue correcto entonces, y ahora no? No se cuenta con que los convertidos gentiles olviden a sus familias, culturas, fiestas y tradiciones, ni tampoco lo haremos nosotros.”

El movimiento judío mesianico comienza a tomar verdadero auge a partir del año 1967, cuando Israel obtuvo la gran victoria de la Guerra de los Seis Días, y Jerusalem volvió a estar bajo gobierno judío por primera vez después de 2000 años. Muchos entendieron que se cumplía la profecía y “Jerusalem dejaba de estar hollada por los gentiles.” Desde aquella fecha miles de judíos han creído en Yeshúa como Salvador y Mesías. Actualmente, y tras el desarrollo experimentado en la década de los 90, hay cientos de Congregaciones

Mesiánicas en los Estados Unidos de América, e incluso en la tierra de Israel, y en el resto del mundo: Inglaterra, Francia, Escocia, Australia, Nueva Zelanda, Méjico, Brasil, Argentina y Canadá. En ellas suele haber también algunos gentiles que han optado por expresar su fe junto con sus hermanos judíos. Hoy son cientos de miles los judíos mesiánicos, y las sinagogas o comunidades mesiánicas está experimentando un crecimiento profético inimaginable. Paralelamente, cada día son más numerosos también los cristianos gentiles de todas las denominaciones que descubren las raíces judías de la fe cristiana, y sus implicaciones. Y ello demuestra que el Mesianismo Judío es un renacer de la fe de los primeros discípulos judíos de Yeshúa en el primer siglo; una forma de cristianismo distanciado de las tradiciones gentiles que se ha ido acumulando en el pensamiento cristiano en el curso de los siglos.

En la década de los 80 se establecieron muchas Sinagogas Mesiánicas y aparecieron cientos de libros, cassettes y CD's de música mesiánica. En la década de los 90 fueron numerosísimos los festivales musicales y campañas de evangelización en la antigua Unión Soviética, donde se calcula que unos 45.000 judíos respondieron a la invitación a recibir a Yeshúa como su Salvador y Mesías. La estadística más reciente muestra 2.000 Sinagogas Mesiánicas en 25 naciones alrededor del mundo.

En este sentido conviene reflexionar sobre el hecho de que muchas personas tienen una dicotomía en sus mentes. Por una parte, contemplan el hecho de los judíos y el judaísmo en un extremo de la balanza, y en el otro contemplan a los cristianos y al cristianismo. O eres lo uno, o bien eres lo otro. Pero esta "simple dicotomía" no lo es en absoluto. Y la prueba está en que si nos trasladamos dos mil años atrás, encontramos que nuestro Señor Jesucristo era un judío que vivía en la nación de Israel, al igual que los apóstoles, los primeros discípulos, los escritores del Nuevo Testamento y la Iglesia naciente. El cambio se produce cuando Jerusalem es reemplazada por Roma y por la filosofía aristotélico-platónica que formará el substrato dogmático del Catolicismo Romano y, en cierta medida, del Protestantismo, en tanto y cuanto éste no se atrevió a realizar una verdadera Reforma en profundidad.

Paralelamente a este progreso, el Señor obraba en el pueblo hebreo mediante la publicación de un libro sencillo, aparentemente insignificante, pero que cambiaría la historia. Se trata de "El Estado Judío", del periodista judío austriaco Theodoro Herzl, padre del Movimiento Sionista, en el que se establecían los fundamentos para la restauración de la nación de Israel.

XIV

*"Así también aun en este
tiempo ha quedado un
remanente escogido por
gracia."
(Romanos 11:5)*

XIV.- EL RETO DE FE DEL MOVIMIENTO JUDÍO MESIÁNICO.

El gran reto que se presenta ante el movimiento que estudiamos no es el reconocimiento de que Jesús fuera Yeshúa, es decir, el reconocimiento de la judeidad de Jesucristo de Nazaret, pues eso es absolutamente innegable, sino, antes bien, si Yeshúa es el verdadero Mesías prometido. Si lo es, entonces lo más judío que todo judío puede hacer es creer en Él. La única forma noble de responder a este gran interrogante es aproximándonos a las Sagradas Escrituras, tal y como hicieron aquellos judíos de la sinagoga de Berea, lo que contribuyó a que muchos de ellos creyeran en el Señor, así como los griegos -probablemente prosélitos- que estaban entre ellos:

“Inmediatamente, los hermanos enviaron de noche a Pablo y a Silas hasta Berea. Y ellos, habiendo llegado, entraron en la sinagoga de los judíos. Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así. Así que creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres.”(Hechos 17:10-12.).

Efectivamente, el Judaísmo Mesianico afirma que la respuesta está en el estudio de las Escrituras en general, y en las profecías respecto del Mesías en particular. Según ellas, el Mesías ha de venir dos veces. La primera vez como Ebed Yavé, como Siervo Sufriente - Redentor- para padecer y morir por los hombres, y la segunda vez como Rey de la era mesiánica, para traer paz sobre la tierra.

La gran labor del Judaísmo Mesianico consiste particularmente en mostrar a los judíos que los rabinos de antaño no sólo sabían que el Mesías iba a ser traspasado, sino que también conocían que iba a morir:

“Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.” (Zacarías 12:10).

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.” (Isaías 53:4.).

La discusión rabínica al respecto se encuentra registrada en el Talmud Sukkah 52A, donde los rabinos reconocen que la causa del llanto y de la aflicción de Zacarías 12:10 es el sufrimiento del Mesías, azotado por nuestros pecados. Y el viejo Targum rabínico - traducción aramea amplificada- explica que el lloro de Zacarías es por el Mesías sufriente por nuestros pecados, y respecto del capítulo 53 del libro de Isaías dice literalmente que se refiere “a mi siervo, el Mesías, en el cual yo me complazco.”

El profeta Daniel profetizó que 483 años después del 14 de Marzo del año 445 a.C. el Mesías vendría. Si leemos Daniel 9:25-26 notaremos que la palabra “sietes” - o semanas- es similar a nuestro término “década”, pero significa “siete años”:

“Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalem hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones.” (Daniel 9:25-26).

Así que al leer “siete sietes”, esto equivale a 49 años ($7 \times 7 = 49$). Cuando se habla de “setenta y dos “sietes” - o semanas- esto equivale a 434 años ($62 \times 7 = 434$). Ahora, al añadir $49 + 434$ obtenemos 483 años. Y pasados estos 483 años, después del decreto de restauración y reconstrucción de Jerusalem - el 14 de Marzo del 445 a.C. - nos encontramos con Yeshúa (el Mesías Jesús) caminando en la tierra de Israel. Luego, tal y como Daniel lo había profetizado, Jerusalem y el Templo serían destruidos en el año 70 de nuestra era.

El Talmud -tratado Yoma 39:b- dice que durante el Yom Kippur -Día de Expiación- era

costumbre amarrar una cinta de lana roja a la puerta del Templo de Jerusalem. Después del sacrificio de expiación, y de forma milagrosa, la cinta de lana roja se volvía blanca, como señal de que los pecados del pueblo habían sido perdonados. Sin embargo, durante los 40 años después de la muerte del Mesías, y antes de la destrucción del Templo en el año 70, la cinta de lana permaneció roja. Y los propios rabinos comprendieron que el Señor estaba diciendo que Él no perdonaba. El comienzo de esos 40 años coincide con la escritura que hallamos en Génesis 22:8: “Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío.” (Adonai Yir’eh, “Adonai proveerá”). En otras palabras: Dios proveyó su propio Cordero, perfecto y sin mancha, para ser sacrificado como expiación eterna por nuestros pecados, pero sólo y únicamente si nosotros aceptamos su plan de expiación.

Dios anunció su Nuevo Pacto en la promesa dada por medio del profeta Jeremías: “He aquí que vienen días, dice el Señor, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice el Señor. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.” (Jeremías 31:31-33). Y los rabinos antiguos, comentando sobre este texto de Jeremías, en el Midrash Tehelim 3:14, dicen: “Cuando el tiempo del advenimiento del Mesías estuviera cerca, entonces Dios le dirá al Mesías: “Con Él yo haré un Nuevo Pacto”. Y este será tiempo en que le reconoceré a Él como Hijo, diciendo: “Este día yo te engendré”. De modo que los rabinos antiguos de Israel vieron en esta Escritura que el Nuevo Pacto sería presentado por el Mesías, quien sería Hijo de Dios. Hay que esperar al año 1050 d.C. para encontrar la primera interpretación judía del capítulo 53 de Isaías refiriéndose a la nación judía, en lugar de a un Mesías personal. Y semejante punto de vista no llegó a ser el predominante en círculos hebreos hasta el siglo XIX. También en el comentario midráshico Talpiyot 58a leemos así: “Él se sentará y explicará la Torá que dará a través del Mesías.”

Ahora bien, el Judaísmo Mesiano manifiesta que según las Escrituras del pueblo de Israel hay 8 elementos que identificarían quién sería el Mesías:

1. Nacería en Belén (Casa de Pan): “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.” (Miqueas 5:2).

2. Cuando nacería: “Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalem hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas.” (Daniel 9:25).

3. Su forma de nacimiento: “Por tanto el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen

(hebreo: “alma”, “joven no casada”) concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel (“Dios con nosotros”). (Isaías 7:14).

4. Sería traicionado: “Y les dije: Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata. Y me dijo el Señor: Échalo al tesoro; ¡hermoso precio con que me han apreciado! Y tomé las treinta piezas de plata, y las eché en la casa del Señor al tesoro.” (Zacarías 11:12-13).

5. La forma de su muerte: “Y mirarán a mí, a quien traspasaron.” (Zacarías 12:10).

6. Horadarían sus manos y sus pies: “Porque perros me han rodeado; Me han cercado cuadrilla de malignos; Horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; Entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.” (Salmo 22:16-18).

7. La gente se burlaría de Él: “Todos los que me ven me escarnecen; Estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó al Señor; libbrele él; Sálvele, puesto que en él se complacía.” (Salmo 22:7).

8. Su enterramiento: “Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.” (Isaías 53:9).

Matemáticamente, la probabilidad de que estos ocho puntos se cumplieran en una sola persona es de 1 en 100.000.000.000.000.000 (100 mil billones); es decir, 1 en 10 a la 17ª potencia.

Otro importante aspecto de la tarea del Judaísmo Mesiánico consiste en descubrir y resolver el tremendo error de la llamada “Teología del Reemplazo o la Substitución”. Se trata de la corriente teológica más generalizada, según la cual el pueblo judío ya no es “pueblo de Dios”, debido a su pecado de no haber aceptado al Mesías, y que, por lo tanto, la “Iglesia” es el “Israel espiritual” de Dios. Según esta corriente teológica tan popularmente extendida entre el pueblo cristiano gentil, todas las promesas y bendiciones para Israel han pasado para cumplimiento a la Iglesia, y como consecuencia, no tenemos que prestar atención a ningún acontecimiento, profético o bíblico, respecto a Israel. Sin embargo, las Escrituras afirman de la manera más contundente y categórica que el Señor no ha desechado al pueblo hebreo:

“Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció.” (Romanos 11:1-2).

Las consecuencias de esta corriente de pensamiento, cuyas profundas raíces en el

marcionismo explican tantos crímenes de los “cristianos” contra los judíos en el curso de los tiempos, particularmente durante las Cruzadas, la Inquisición y el Holocausto, han sido verdaderamente desastrosas. Y la prueba la hallamos en que los Cruzados creían hacer un favor a Dios al matar a miles de judíos; los reinos “cristianos” que respaldaban a la Inquisición confiscaron los bienes de las familias hebreas y asesinaron a muchos de los que no aceptaban pasar a ser súbditos de la Iglesia. Lo mismo vemos repetirse hace muy pocos años durante el mandato del cabo Hitler, quien, como él mismo explicara al nuncio papal en Berlín, justificaba su diabólico plan de exterminio de la nación judía afirmando que “él sólo se atrevía a continuar lo que la Iglesia había acometido en el pasado.”

XV

*"Si las primicias son santas,
también lo es la masa
restante; y si la raíz es santa,
también lo son las ramas."*

(Romanos 11:16).

XV.- LA CONFESIÓN DE FE DE LOS JUDÍOS Mesiánicos.

Aunque existen varias confesiones de fe, todas ellas aceptan los siguientes puntos fundamentales:

Creemos en ambos, el Tanaj (Antiguo Testamento) y el B'rit Hadashah (Nuevo Testamento), la Biblia completa, como Palabra de Dios, inspirada, sola e infalible con autoridad de Adonai.

Creemos que hay un solo Dios, que eternamente existe como Dios el Padre, Yeshúa el Mesías, y Rúaj HaKodesh (Espíritu Santo).

Creemos en la deidad de nuestro Señor Yeshúa el Mesías, en su nacimiento de una virgen, en su vida sin pecado, en sus milagros, en su muerte redentora y representativa a través de su sangre derramada, en su resurrección corporal, en su ascensión a la mano derecha del Padre Dios, y en su pronto regreso en poder y gloria.

Creemos que Yeshúa es tanto el Mesías Ben Yosef (“Hijo de José”, “Siervo Sufriente”) como el Mesías Ben David (“Hijo de David”, el “Rey de Gloria” en su pronto regreso).

Creemos que para la salvación de cualquier persona, la regeneración por el Rúaj HaKodesh (el Espíritu Santo) es absolutamente esencial.

Creemos en el ministerio presente del Rúaj HaKodesh, quien al vivir en el creyente (judío o gentil) le permite vivir una vida piadosa.

Creemos en la resurrección de los muertos, ambos los salvados y los perdidos. Los justificados serán resucitados para vida eterna, mientras que los impíos lo serán para eterna condenación.

Por consiguiente, los judíos mesiánicos afirman seis leyes espirituales fundamentales:

Primeramente, que Dios ama y desea que todos los hombres experimenten una vida llena de bendiciones, y que la fuente de esa clase de vida es el propio Dios:

“Me mostrarás la senda de la vida; En tu presencia hay plenitud de gozo; Delicias a tu diestra para siempre.” (Salmo 16:11).

“¿Quién formó un dios, o quién fundió una imagen que para nada es de provecho?” (Isaías 44:10).

Segundo, que el hombre mismo se ha separado de Dios por el pecado. El hombre es pecador tanto por sus acciones como por su naturaleza:

“Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque.” (Eclesiastés 7:20).

“Dios desde los cielos miró sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido que buscara a Dios. Cada uno se había vuelto atrás; todos se habían corrompido; No hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno. ¿No tienen conocimiento todos los que hacen iniquidad, que devoran a mi pueblo como si comiesen pan, y a Dios no invocan? (Salmo 53:2-4).

“Señor, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado.” (Salmo 130:3-4).

“Y no entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano.” (Salmo 143:2).

“Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.” (Isaías 64:6).

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso. ¿Quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9).

“¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer? He aquí, en sus santos no confía, y ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos; ¿Cuánto menos el hombre abominable y vil, que bebe la iniquidad como agua?” (Job 15:14-16).

Tercero, que el resultado del pecado es la separación de Dios y la muerte eterna:

“Cada cual morirá por su propia maldad; los dientes de todo hombre que comiere las uvas agrias, tendrán la dentera.” (Jeremías 31:30).

“He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá.” (Ezequiel 18:4).

“Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestras pecados ha hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír. Porque vuestras manos están contaminadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios pronuncian mentira, habla maldad vuestra lengua.” (Isaías 59:2-3).

Cuarto, que el hombre es incapaz de reconciliarse con Dios por medio de sus propios esfuerzos u obras buenas:

“¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie. (Job 14:4).

“Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate.” (Salmo 49:7).

“¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?” (Proverbios 20:9).

“Aunque te laves con lejía, y amontones jabón sobre ti, la mancha de tu pecado permanecerá aún delante de mí, dijo el Señor.” (Jeremías 2:22).

Quinto, que Dios ha provisto el camino de la redención por el cual podemos alcanzar la reconciliación con Dios: La barrera del pecado puede ser removida creyendo en la Palabra

de Dios y recibiendo la sangre de la expiación del Mesías:

“Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.” (Levítico 17:11).

“Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol, porque él me tomará consigo.” (Salmo 49:15).

“Yo, yo el Señor, y fuera de mí no hay quien salve... Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados.” (Isaías 43:11, 25).

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.” (Isaías 53:4-5).

El sistema sacrificial del Antiguo Testamento nos estaba preparado a nosotros para el sacrificio final del Mesías. La ofrenda por el pecado era por un individuo, el cordero de la Pascua era para una familia, el sacrificio de Yom Kipur (Día de la Expiación) era para toda la nación de Israel, y el Mesías murió por toda la humanidad.

Sexto, debemos recibir al Mesías Jesús -Yeshúa ha-Mashíaj- por la fe en nuestra vida, de manera personal, y someternos a Él como Salvador y Señor, Redentor y Maestro:

“Y creyó (Abram) al Señor, y le fue contado por justicia.” (Génesis 15:6).

“He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá.” (Habacuc 2:4).

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.” (Hebreos 11:1).

“Mas a todos los que le recibieron (a Jesús), a los que creen en su nombre (“Salvador”), les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.” (Juan 1:12-13).

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” (Apocalipsis 3:20).

Desde la perspectiva del judío mesiánico, la respuesta a la pregunta de si deben o no guardar la Ley, no es fácil. Muy al estilo judío, suelen responder diciendo que “sí y no”. La

Torá contiene 613 mitzvot (mandamientos, ordenanzas o encomiendas) dadas por el Señor a Moisés. Estos mandamientos comprenden fiestas, sacrificios, leyes dietéticas, principios éticos, normas judiciales, los Diez Mandamientos (Palabras) y diversas enseñanzas puntuales. Los judíos mesiánicos afirman que no pueden ser justificados y salvos por medio de la Ley, por cuanto la única manera de salvarse mediante la Ley es guardando todos sus mandamientos, ordenanzas y preceptos perfectamente. Y esto es imposible, no porque la Ley se imperfecta, sino por la imperfección propia de nuestra naturaleza pecadora:

“Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas. Y dirá todo el pueblo: Amén.” (Deuteronomio 27:26).

“Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque.” (Eclesiastés 7:20).

Dios envió a su Hijo a derramar su preciosa sangre porque fuimos desobedientes a sus preceptos e incapaces de una obediencia perfecta que nos justificara para tener vida eterna. La Biblia afirma que “no hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos.” (Romanos 3:10-18).

“Dice el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido, hacen obras abominables; no hay quien haga el bien. El Señor miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.” (Salmo 14:1-3; 53:1-3).

Sólo Yeshúa es Justo. Pero el Mesías de Israel y Salvador del mundo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla:

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.” (Mateo 5:17-20).

El verbo griego “plerosoo”, que traducimos al castellano por “cumplir”, tiene el sentido de “engrandecer”, incluso de “preñar”. De ahí que desde la perspectiva del Judaísmo

Mesiánico se entienda que “la Ley (“Torá”) ha sido “preñada” con el Santo Espíritu (Rúaj HaKodesh”) por medio de Jesús el Cristo (“Yeshúa HaMashíaj”). Efectivamente, Jesús puso en claro todas las exigencias de la Ley, y recibió en su persona las consecuencias de nuestra desobediencia: El juicio y el castigo en nuestro lugar.

Aquí conviene tener presente que cuando nosotros empleamos la palabra “Ley” es inevitable que le atribuyamos un sentido legalista, nomístico, olvidando que la Ley es un término, en este contexto, intercambiable con las Sagradas Escrituras, es decir, con la Torá, los Profetas y los Escritos; o sea, el Antiguo Testamento, empleando terminología cristiana gentil.

Recordemos que el pecado por definición es la desobediencia a la Ley de Dios: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él (Jesús) apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.” (1ª Juan 3:4-5). Por consiguiente, habiendo sido justificados por el inmenso precio de la redención por la sangre del Mesías, eso no nos da libertad para continuar pecando, por cuanto la práctica del pecado es la mayor evidencia de no ser libre. La libertad que se nos regala por el sacrificio de Jesucristo en nuestro lugar es, precisamente, la libertad para no pecar. Por la redención que Dios nos ofrece en Jesús pasamos de ser esclavos del pecado a ser siervos de la justicia del Señor. El regalo de Dios, jamás merecido por nuestra parte, es su gracia, la cual es completa y lo abarca todo:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” (Efesios 2:8-10).

De modo que después de ser justificados por la fe, Dios nos da su Espíritu para que caminemos en las obras buenas que Él ha puesto delante de nosotros, en nuestro camino, para que no continuemos siendo desobedientes.

El Judaísmo Mesiánico ofrece el entendimiento del equilibrio entre la Gracia, La Fe y la Ley mediante estas Escrituras, como ejemplo de muchas otras:

“Porque no son los odores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados.” (Romanos 2:13).

“¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley.” (Romanos 3:31).

“De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno...Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena.” (Romanos 7:12,16).

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.” (Mateo 5:17).

“Yo (Pablo) de cierto soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel, estrictamente conforme a la ley de nuestros padres, celoso de Dios, como hoy lo sois todos vosotros... Entonces uno llamado Ananías, varón piadoso según la ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que allí moraban, vino a mí, y acercándose, me dijo: Hermano Saulo, recibe la vista. Y yo en aquella misma hora recobré la vista y lo miré. Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca. Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído. Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.” (Hechos 22:3,12-16).

“Cuando éste llegó (Pablo), lo rodearon los judíos que habían venido de Jerusalem, presentando contra él muchas y graves acusaciones, las cuales no podían probar; alegando Pablo en su defensa: Ni contra la ley de los judíos, ni contra el templo, ni contra César he pecado en nada.” (Hechos 25:8).

“Mi vida, pues, desde mi juventud, la cual desde el principio pasé en mi nación, en Jerusalem, la conocen todos los judíos; los cuales también saben que yo desde el principio, si quieren testificarlo, conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión, viví fariseo. Y ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres soy llamado a juicio; promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus, sirviendo constantemente a Dios de día y de noche. Por esta esperanza, oh rey Agripa, soy acusado por los judíos. ¡Qué! ¿Se juzga entre vosotros cosa increíble que Dios resucite a los muertos? (Hechos 26:5-8).

“Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: Que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles.” (Hechos 26:22-23).

“Aconteció que tres días después, Pablo convocó a los principales de los judíos, a los cuales, luego que estuvieron reunidos, les dijo: Yo, varones hermanos, no habiendo hecho nada contra el pueblo, ni contra las costumbres de nuestros padres, he sido entregado preso desde Jerusalem en manos de los romanos.” (Hechos 28:17).

“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra.” (Efesios 6:1-3).

No nos podemos amparar en nuestra obediencia imperfecta para ser salvos. Es más, cuando podemos obedecer, es fruto del Rúaj HaKodesh -El Santo Espíritu- que nos ha sido dado: (“En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.” (1ª Juan 5:2-3).

“Si me amáis, guardad mis mandamientos... El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.” (Juan 14:15, 21, 23).

De ahí que en el Judaísmo Mesiánico se suela expresar el desarrollo de la Ley de Dios como “el paso de la piedra al pergamino, y del pergamino al corazón del hombre.”

El Rabino Shaúl, -Saulo, que es Pablo- pone muy en claro que todos los creyentes tenemos libertad en el Mesías Yeshúa: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.” (Gálatas 5:2). Esto significa tanto libertad de la Ley, como libertad para observar la Ley, siempre con libertad. De ahí la extraordinaria fórmula de concordia que Pablo da a los creyentes de Roma en el capítulo 14 de su Epístola, dirigida a una congregación formada por gentiles y un numeroso contingente de judíos. Por otra parte, Pablo hizo cuanto pudo por ensalzar la Ley del Señor, como también los otros judíos mesiánicos, bajo la dirección del Espíritu Santo:

“Uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, come legumbres. El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido. ¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio Señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme. Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que hace caso del día, lo hace para el Señor; y el que no hace caso del día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios.” (Romanos 14:2-6).

En la práctica, y hasta donde conozco, el grado de cumplimiento de los preceptos legales varía dentro de los diferentes grupos de Judíos Mesiánicos, principalmente en función de su grado de relación e integración con cristianos gentiles.

Al llegar a este punto, debemos hacer algunas precisiones teológicas importantes desde la perspectiva del Judaísmo Mesiánico:

Primeramente, que el “Remanente” es fundamentalmente aplicable a Israel, no a la Iglesia gentil, por cuanto los gentiles se encuentran en la gran muchedumbre de salvados de todas

las naciones:

“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos.” (Apocalipsis 7:9).

“Y ahora por un breve momento ha habido misericordia de parte del Señor nuestro Dios, para hacer que nos quedase un remanente libre, y para darnos un lugar seguro en su santuario, a fin de alumbrar nuestro Dios nuestros ojos y darnos un poco de vista en nuestra servidumbre... Mas después de todo lo que nos ha sobrevenido a causa de nuestras malas obras, y a causa de nuestro gran pecado, ya que tú, Dios nuestro no nos has castigado de acuerdo con nuestras iniquidades, y nos diste un remanente como este.” (Esdras 9:8,13).

“El remanente volverá, el remanente de Jacob volverá al Dios fuerte.” (Isaías 10:21).

“Asimismo acontecerá en aquel tiempo, que el Señor alzará otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo que aún quede en Asiria, Egipto, Patros, Etiopía, Elam, Sinar y Hamat, y en las costas del mar.” (Isaías 11:11).

“En aquel día el Señor de los ejércitos será por corona de gloria y diadema de hermosura al remanente de su pueblo.” (Isaías 28:5).

“Quizá oirá el Señor tu Dios las palabras del Rabsaces, al cual el rey de Asiria su señor envió para blasfemar al Dios vivo, y para vituperar con las palabras que oyó el Señor tu Dios; eleva, pues, oración tú por el remanente que aún ha quedado.” (Isaías 37:4).

“Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas; y crecerán y se multiplicarán.” (Jeremías 23:3).

“Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre del Señor. El remanente de Israel no hará injusticia ni dirá mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa; porque ellos serán apacentados, y dormirán, y no habrá quien los atemorice.” (Sofonías 3:13).

“Mas ahora no lo haré con el remanente de este pueblo como en aquellos días pasados, dice el Señor de los ejércitos. Porque habrá simiente de paz; la vid dará su fruto, y dará su producto la tierra, y los cielos darán su rocío; y haré que el remanente de este pueblo posea toda esto.” (Zacarías 8:11-12).

“También Isaías clama tocante a Israel: Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, tan sólo el remanente será salvo.” (Romanos 9:27).

“Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia.” (Romanos 11:5).

En segundo lugar, el Judaísmo Mesiánico afirma que el Nuevo Pacto es para Israel y para la Iglesia:

“Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo.” (Hebreos 8:8-10).

En tercer lugar, el Judaísmo Mesiánico afirma que es tiempo de que los cristianos gentiles entiendan que la salvación viene de los judíos:

“Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos.” (Juan 4:27).

Y que el Eterno restaurará todas las cosas antes del regreso de Yeshúa ha-Mashíaj (Jesús el Cristo), a los hebreos primeramente, y después a todas las familias de la tierra:

“Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo... Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. A vosotros primeramente, Dios habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad.” (Hechos 3:18-21, 25-26).

En cuarto lugar, la Buenas Nuevas (El Evangelio) comprenden que la muralla de separación no existe más, y que los gentiles están invitados a ser parte del pueblo de Israel, conciudadanos de los santos, edificados sobre el fundamento de los emisarios y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Yeshúa ha-Mashíaj.

La Iglesia es bendecida al reconocer sus raíces, conforme a la bendición dada a Abraham (Génesis 12:3), y el Señor nos revela el misterio de Romanos 11:25: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros

misimos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles.” De lo contrario, en vez de ser agradecidos, nos volveremos arrogantes, como testifica toda la historia de la cristiandad gentil, con honradísimas excepciones. Por consiguiente, los cristianos gentiles tenemos un llamamiento especial para provocar a celos a Israel:

“Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos.” (Romanos 11:11).

Al mismo tiempo, los cristianos gentiles tenemos una deuda de gratitud para con la nación hebrea, por cuanto por medio de Israel nos llegó la Palabra de Dios, el conocimiento del Dios único, de las Alianzas y Pactos, los Profetas y el Mesías, quien ha abierto el acceso a Dios para todos. No debemos olvidar nunca que los primeros predicadores de las Buenas Nuevas de la salvación en Cristo Jesús fueron los apóstoles judíos enviados a todas las naciones (etnias):

“De los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.” (Romanos 9:4-5).

“Mas ahora voy a Jerusalem para ministrar a los santos. Porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalem. Pues les pareció bueno, y son deudores a ellos; porque si los gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, deben también ellos ministrarles de los materiales.” (Romanos 15:25-27).

Dios promete ricas bendiciones para con todos aquellos que compartan las Buenas Nuevas con el pueblo de Israel, por cuanto todos cuantos bendigan a los descendientes de Abraham serán bendecidos, y aquellos que maldigan al pueblo de la promesa serán maldecidos. Y del mismo modo serán bendecidos cuantos oren por la paz de Jerusalem:

“Pedid por la paz de Jerusalem; sean prosperados los que te aman.” (Salmo 122:6).

Si el fracaso de Israel en reconocer al Mesías ha traído riqueza espiritual indescriptible a los gentiles; si el rechazo de Jesús por parte de Israel ha traído la reconciliación del mundo, ¡cuánto más traerá para Israel y para el mundo la aceptación del Mesías por parte de Israel! Es por esto que todos los hombres y mujeres renacidos del Espíritu Santo, de simiente incorruptible, debemos renunciar a todas las viejas enseñanzas corruptas de naturaleza antisemita en general, y antijudía en particular, que en el pasado realizaron muchos dirigentes nominalmente cristianos contra el pueblo y la familia de Jesús, las cuales sirvieron de base para que muchos gobernantes justificaran el ridículo, discriminación, persecución y homicidio de muchos hijos de Israel. Si no entendemos esta realidad

histórica, no podremos comprender muchas otras realidades.

XVI

"Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros."

(1ª Pedro 3:15).

XVI.- APOLOGÉTICA DEL JUDAÍSMO MESIÁNICO ANTE EL JUDAÍSMO RABÍNICO.

El Judaísmo Rabínico afirma: "Nosotros creemos en un solo Dios, no en tres Dioses. Además, Dios no puede hacerse hombre."

El Judaísmo Mesiánico afirma: "Creemos en un solo Dios. Yeshúa mismo enseñó que la "Shemá" -Deuteronomio 6:4- es el mandamiento más importante:

"Acercándose uno de los escribas, que los había oído disputar, y sabía que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con

todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos.” (Marcos 12:28-30).

Sin embargo, las palabras hebreas para “Uno” son “Ejad” y “Yajid”. El término “Ejad”, que es el empleado en el texto de la “Shemá” para explicar la “Unidad” de Dios es una voz que implica “unidad compuesta”, como la unidad de un marido y su esposa “como una sola carne”:

“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.” (Génesis 2:24).

Por el contrario, “Yajid”, que no es el término utilizado en la “Shemá”, implica unidad absoluta, como la de “un hijo único”:

“Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.” (Génesis 22:2).

Además, la palabra plural “Elohim” es el nombre más común para Dios en el Antiguo Testamento, donde aparece más de 2.500 veces. La forma singular “Eloha” sólo aparece en unas 250 ocasiones.

Otras señales de esta maravillosa pluriunidad divina aparece en textos tales como los siguiente:

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.” (Génesis 1:26).

“Y dijo el Señor Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre.” (Génesis 3:22).

“Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero.” (Génesis 11:7).

“Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.” (Isaías 6:8).

En algunos textos aparece Elohim (“Dios”) acompañado de las formas verbales en plural:

“Cuando Elohim (Dios) me hizo (hicieron) salir errante de la casa de mi padre...”. (Génesis

20:13). “Porque allí Elohim (Dios) le había (habían) aparecido.” (Génesis 35:7). “Porque Elohim (Dios) fue (fueron) para rescatarlos.” (2º Samuel 7:23). “Ciertamente hay Elohim (Dios) que juzga (juzgan) la tierra.” (Salmo 58:11).

Los nombres plurales aparecen en la descripción del Dios Único en los siguientes ejemplos: Josué 24:19 (“Dioses santos”); Eclesiastés 12:1 (“Creadores”); Salmo 149:2 (“Hacedores”). Podemos afirmar que Dios siempre se ha manifestado como una unidad en una pluralidad. En el Tanaj (Antiguo Testamento), el Señor es descrito como sentado en su Trono en el cielo, mientras que al mismo tiempo está en todas partes por todo el universo:

“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz.” (Salmo 139:7-12).

Al mismo tiempo el Rúaj ha-Kodesh, el Espíritu Santo, se manifestaba especialmente en los profetas, y la Shejiná (“resplandor de la gloria del Señor”, “presencia interior”, “el Espíritu”, se manifestaba en el Templo:

“Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa del Señor. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria del Señor había llenado la casa del Señor... Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? (1º Reyes 8:10-11, 27).

“Cuando sonaban, pues, las trompetas, y cantaban todos a una, para alabar y dar gracias al Señor, y a medida que alzaban la voz con trompetas y címbalos y otros instrumentos de música, y alababan al Señor diciendo: Porque él es bueno, porque su misericordia es para siempre; entonces la casa se llenó de una nube, la casa del Señor. Y no podían los sacerdotes estar allí para ministrar, por causa de la nube; porque la gloria del Señor había llenado la casa de Dios.” (2º Crónicas 5:13-14).

Del mismo modo, el resplandor de la gloria del Señor hace acto de presencia en el nuevo templo de la visión del profeta Ezequiel:

“Y la gloria del Señor entró en la casa por la vía de la puerta que daba al oriente. Y me alzó el Espíritu y me llevó al atrio interior; y he aquí que la gloria del Señor llenó la casa.” (Ezequiel 43:4-5).

El Tanaj (Antiguo Testamento) testimonia que Dios se hizo hombre. La manifestación del

Señor en forma humana la hallamos en muy diversos textos:

“Y oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia del Señor entre los árboles del huerto.” (Génesis 3:8).

“Después le apareció el Señor (a Abraham) en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día. Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra, y dijo: Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo.” (Génesis 18:1-3).

“Y el varón le dijo (a Jacob): ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque tú has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel (“El rostro de Dios”), porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma.” (Génesis 32:27-30).

“Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel: y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno.” (Éxodo 24:9-10).

También encontramos la manifestación del Señor como Ángel de Jehová en diversos textos. En todos ellos es evidente que el Ángel del Señor es el Mensajero de Dios. Recordemos que “ángel” (hebreo “malak”, y griego “angelos”) significa “mensajero”. Sin embargo, la lectura atenta de estos, y de todos los demás pasajes donde aparece este término, muestran la unidad de quien envía el mensaje, del mensaje propiamente dicho, y del mensajero, como una entidad única. Es decir, que el “Ángel del Señor” es el propio Señor revelándose en su Palabra. Dicho de otra manera: El Señor está presente en el Mensajero y en el mensaje:

“Y la halló (a Agar) el Ángel del Señor junto a una fuente de agua en el desierto, junto a la fuente que está en el camino de Shur... Y le dijo el Ángel del Señor: Vuélvete a tu señora, y ponte sumisa bajo su mano... Además le dijo el Ángel del Señor: He aquí que has concebido, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Ismael (“Dios oye”), porque el Señor ha oído tu aflicción.” (Génesis 16:7, 9, 11).

“Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el Ángel del Señor le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque yo conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único.” (Génesis 22:10-

12).

“Y se le apareció (a Moisés) el Ángel del Señor en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo el Señor que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios.” (Éxodo 3:2-6).

“El Ángel del Señor subió de Gilgal a Boquim, y dijo: Yo os saqué de Egipto, y os introduje en la tierra de la cual había jurado a vuestros padres, diciendo: No invalidaré jamás mi pacto con vosotros, con tal que vosotros no hagáis pacto con los moradores de esta tierra, cuyos altares habéis de derribar; mas vosotros no habéis atendido a mi voz. ¿Por qué habéis hecho esto? Por tanto, yo también digo: No los echaré de delante de vosotros, sino que serán azotes para vuestros costados, y sus dioses os serán tropezadero. Cuando el Ángel del Señor habló estas palabras a todos los hijos de Israel, el pueblo alzó su voz y lloró.” (Jueces 2:1-4).

“Y vino el Ángel del Señor, y se sentó debajo de la encina que está en Ofra, la cual era de Joás abiezerita ; y su hijo Gedeón estaba sacudiendo el trigo en el lagar, para esconderlo de los madianitas. Y el Ángel del Señor se le apareció, y le dijo: El Señor está contigo, varón esforzado y valiente.” (Jueces 6:11-12).

“Había un hombre de Zora, de la tribu de Dan, el cual se llamaba Manoa; y su mujer era estéril, y nunca había tenido hijos. A esta mujer apareció el Ángel del Señor, y le dijo: He aquí que tú eres estéril, y nunca has tenido hijos; pero concebirás y darás a luz un hijo.” (Jueces 13:3-21).

El Judaísmo Rabínico afirma que los judíos no necesitan de un intermediario, pues pueden acercarse a Dios directamente.

El Judaísmo Mesiánico afirma también que no es necesario un “sacerdote” ni un “santo” para acercarse a Dios, pero eso acercamiento hemos de hacerlo conforme a los propios términos divinos. Antes del Judaísmo Rabínico, en la época del Antiguo Testamento, el pueblo hebreo contaba con sacerdotes y levitas para presentarse ante Dios dentro del sistema sacrificial:

“El Señor dijo a Aarón: Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo, llevaréis el pecado del santuario; y tú y tus hijos contigo llevaréis el pecado de vuestro sacerdocio. Y a tus hermanos también, la tribu de Leví, la tribu de tu padre, haz que se acerquen a ti y se junten

contigo, y te servirán; y tú y tus hijos contigo serviréis delante del tabernáculo del testimonio. Y guardarán lo que tú ordenes, y el cargo de todo el tabernáculo; mas no se acercarán a los utensilios santos ni al altar, para que no mueran ellos y vosotros. Se juntarán, pues, contigo, y tendrán el cargo del tabernáculo de reunión en todo el servicio del tabernáculo; ningún extraño se ha acercar a vosotros. Y tendréis el cuidado del santuario, y el cuidado del altar, para que no venga más la ira sobre los hijos de Israel.” (Números 18:1-5).

Moisés: “Entonces Moisés oró en presencia del Señor su Dios, y dijo: Oh Señor, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomarán por heredad para siempre. Entonces el Señor se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo... Y aconteció que al día siguiente dijo Moisés al pueblo: Vosotros habéis cometido un gran pecado, pero yo subiré ahora al Señor; quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado. Entonces volvió Moisés al Señor, y dijo: Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito. Y el Señor respondió a Moisés: Al que pecare contra mí, a éste raeré yo de mi libro. Vé, pues, ahora, lleva a este pueblo a adonde te he dicho; he aquí mi Ángel irá delante de ti; pero en el día del castigo, yo castigaré en ellos su pecado.” (Éxodo 32:11-14, 30-34).

Aarón: “El día siguiente, toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón, diciendo: Vosotros habéis dado muerte al pueblo del Señor. Y aconteció que cuando se juntó la congregación contra Moisés y Aarón, miraron hacia el tabernáculo de reunión, y he aquí la nube lo había cubierto, y apareció la gloria del Señor. Y vinieron Moisés y Aarón delante del tabernáculo de reunión. Y el Señor habló a Moisés, diciendo: Apartaos de en medio de esta congregación, y los consumiré en un momento. Y ellos se postraron sobre sus rostros. Y dijo Moisés a Aarón: Toma el incensario, y pon en él fuego del altar, y sobre él pon incienso, y vé pronto a la congregación, y haz expiación por ellos, porque el furor ha salido de la presencia del Señor; la mortandad ha comenzado. Entonces tomó Aarón el incensario, como Moisés dijo, y corrió en medio de la congregación; y he aquí que la mortandad había comenzado en el pueblo; y él puso incienso, e hizo expiación por el pueblo, y se puso entre los muertos y los vivos; y cesó la mortandad. Y los que murieron en aquella mortandad fueron catorce mil setecientos, sin los muertos por la rebelión de Coré. Después volvió Aarón a Moisés a la puerta del tabernáculo de reunión, cuando la mortandad había cesado.” (Números 16:41-50).

En estos pasajes vemos claramente a hombres que aparecen como intermediarios, como

mediadores. Ese es el sentido del sacerdocio. Alguien que se pone entre los hombres y Dios. De ahí que sólo el Sumo Sacerdote pudiera acceder directamente ante la presencia del Altísimo, y exclusivamente en Yom Kipur, el Día de la Expiación, y con la sangre del sacrificio por sus propios pecados y por los de todo el pueblo de Israel.

En este sentido, entre los oficios del Mesías está el de profeta que, como Moisés instituyó el Pacto o Alianza, así Él también instituye el Nuevo Pacto o Alianza Renovada, con la expiación de todos nuestros pecados.

El capítulo 53 de Isaías describe también la muerte del Mesías en relación con la expiación y la mediación:

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas el Señor cargó en él el pecado de todos nosotros... Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.” (Isaías 53:5-6, 12).

Consecuentemente, el Judaísmo Rabínico afirma que no creen en la necesidad del sacrificio humano, por cuanto ningún sacrificio humano puede ser perfecto.

El Judaísmo Mesianico está de acuerdo en que todo sacrificio humano sería imperfecto delante de Dios por la sencilla razón de que todos los humanos somos pecadores. Por esta misma argumentación, y considerando el carácter inferior de las bestias respecto de los hombres, tampoco el sacrificio de los animales, en la antigua dispensación, podía ser suficiente para borrar completamente el pecado de los humanos. Era necesario, pues, alguien superior a las bestias, a los hombres y a los ángeles para redimir y expiar a la humanidad pecadora. Como Hijo de Dios, Yeshúa, Jesús, fue de mayor valor que toda la humanidad. El sacrificio del Mesías fue único y perfecto, por cuanto Yeshúa ha-Mashíaj, Jesús el Cristo, es el único ser humano que haya existido sin pecado. Sólo Él podía ofrecer un sacrificio eficaz y suficiente. De ahí que en el capítulo 53 de Isaías se le describa como “ofrenda de expiación por el pecado”:

“Con todo eso, el Señor quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad del Señor será en su mano prosperada.” (Isaías 53:10).

El Judaísmo Rabínico no cree en el pecado original. Dicho de otra manera: No cree en la depravación del hombre por su propia naturaleza caída. Los rabinos enseñan que los seres humanos somos “buenos”, o cuando menos “neutrales”. Lo explican hablando de dos

corrientes o tendencias en todo ser humano, que son el “yetser ha-ra”, lo que podríamos traducir como “mala inclinación” y el “yetser ha-tov” o “buena inclinación”.

Los Judíos Mesiánicos afirman que las Sagradas Escrituras enseñan que la naturaleza del hombre ha sido afectada por la caída en el pecado, y que, por consiguiente, todos los humanos somos pecadores:

“Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganado y de bestias, y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y todo hombre.” (Génesis 8:21).

“He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.” (Salmo 51:5).

“Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.” (Salmo 14:3).

“¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?” (Proverbios 20:9).

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas el Señor cargó en él el pecado de todos nosotros... Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.” (Isaías 53:6; 64:6).

“Si pecaren contra ti (porque no hay hombre que no peque), y estuvieres airado contra ellos, y los entregares delante del enemigo, para que los cautive y lleve a tierra enemiga, sea lejos o cerca, y ellos volvieran en sí en la tierra donde fueran cautivos; si se convirtieren, y oraren a ti en la tierra de los que los cautivaron, y dijeren: Pecamos, hemos hecho lo malo, hemos cometido impiedad; y si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de sus enemigos que los hubieren llevado cautivos, y oraren a ti con el rostro hacia su tierra que tú diste a sus padres, y hacia la ciudad que tú elegiste y la casa que yo he edificado a tu nombre, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, su oración y su súplica, y les harás justicia. Y perdonarás a tu pueblo que había pecado contra ti, y todas sus infracciones con que se hayan rebelado contra ti, y harás que tenga de ellos misericordia los que les hubieren llevado cautivos; porque ellos son tu pueblo y tu heredad, el cual tú sacaste de Egipto, de en medio del horno de hierro.” (1º Reyes 8:46-51).

Las Escrituras enseñan que si no tenemos una experiencia de salvación y recibimos la presencia del Santo Espíritu de Dios en nuestras vidas, no seremos capaces de escoger el bien, de hacer lo bueno, y de salvarnos. El Judaísmo Mesiánico afirma que la Shoá, el Holocausto de la Segunda Guerra Mundial, debería ser suficientemente evidente como para mostrar la realidad de la naturaleza caída del hombre.

El Judaísmo Rabínico suele preguntar y preguntarse por qué permitió Dios que murieran seis millones de judíos -hombres, mujeres y niños- durante el Holocausto nazi.

El Judaísmo Mesiánico responde invitando a recordar el principio bíblico de que Dios es capaz de sacar lo bueno de lo malo:

“Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo.” (Génesis 50:20).

Los resultados del Holocausto han sido, primeramente, la comprensión de que no hay lugar seguro para el pueblo judío entre las naciones gentiles. Ciertamente, hubiera habido un Holocausto en cualquiera de los casos, pero incuestionablemente no habría alcanzado las escalofriantes dimensiones que tuvo si el pueblo judío hubiese contado con la existencia del Estado de Israel. En segundo lugar, el Holocausto fue el precio -inmenso- para el pronto establecimiento del nuevo Estado de Israel y la recuperación de antigua patria hebrea y sus instituciones. En tercer lugar, el Holocausto mostró que Dios es quien detiene el mal entre los humanos, como dice el rabino Shaúl, que es el apóstol Pablo:

“Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio.” (2ª Tesalonicenses 2:7).

Efectivamente, el misterio de la iniquidad está activo en el mundo. Ya lo estaba cuando Pablo escribía estas palabras a los cristianos de Tesalónica. Y sigue estándolo en nuestros días, de manera más rabiosa cada día que transcurre, por cuanto sabe que le queda poco tiempo. Sólo que hay quien lo detiene al presente, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. ¿Quién es ese que lo detiene, que interfiere en sus horrendos propósitos, e impide que la maldad reine con alcance absoluto? Efectivamente, se trata del Santo Espíritu de Dios. Él es quien detiene la progresión del mal. Y mientras el Santo Consolador esté en nuestro medio, hasta el Gran Día de Dios, el mal no podrá superar sus límites. Por ejemplo, el diabólico plan del cabo Hitler (“cabo” fue la máxima graduación alcanzada por este personaje austríaco en su carrera militar en el ejército alemán) no alcanzó la meta final diseñada por él para poner fin a la existencia del pueblo hebreo. Dios le puso fin. De lo contrario, la totalidad de los judíos del mundo hubieran compartido el destino de los millones aniquilados. A pesar de que muchos, que hubieran podido hacer algo por detener primeramente los planes y después la matanza de judíos, optaron por mirar hacia otro lado, Dios no violó la libertad concedida al hombre para tomar decisiones y escoger su camino consecuentemente. Millones decidieron no ver lo que estaba ocurriendo. Millones optaron por colaborar voluntariamente con aquella máquina infernal de dolor y destrucción. Sin embargo, el Señor no dejará sin juzgar en el día señalado:

“Guarda silencio ante el Señor, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades. Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites

en manera alguna a hacer lo malo. Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en el Señor, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz.” (Salmo 37:7-11).

“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.” (Daniel 12:2).

En cuarto lugar, el Holocausto debe servir para que tengamos presente el principio bíblico de la mayor responsabilidad ante Dios de parte de aquellos entre quienes es mayor el conocimiento:

“A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades.” (Amós 3:2).

“Si anduviereis en mis decretos y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra... pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo.” (Levítico 26:3, 11-12).

“Te pondrá el Señor por cabeza, y no por cola; y estarás encima solamente, y no estarás debajo, si obedeciereis los mandamientos del Señor tu Dios, que yo te ordeno hoy, para que los guardes y cumplas, y si no te apartares de todas las palabras que yo te mando hoy, ni a diestra ni a siniestra, para ir tras dioses ajenos y servirles.” (Deuteronomio 28:13-14).

“Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos ha sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.” (Hebreos 12:5-11).

La Escritura afirma que el pueblo es vencido por sus enemigos cuando se aparta de Dios. La destrucción de Jerusalem y del Templo en el año 70 d.C., la larga diáspora de aproximadamente mil novecientos años, las persecuciones y expulsiones, que culminan en el Holocausto, son pruebas indudables de la necesidad de arrepentimiento, en el sentido más literal, más hebreo, de “vuelta a Dios”.

El Judaísmo Rabínico rechaza toda posibilidad de mesianidad en Jesucristo por cuanto la historia de la Cristiandad es una larga sucesión de actos cargados de odio, persecución y matanza de judíos. Por consiguiente, de la misma manera que un buen árbol no puede dar un mal fruto, Jesús no puede ser el Mesías.

El Judaísmo Mesiánico afirma que es menester hacer una clara distinción entre los gentiles que son nominalmente cristianos y los que han nacido de nuevo, del Espíritu Santo. El propio Señor Jesús nos enseña en el Evangelio que siempre, hasta su Segunda Venida, habría trigo y cizaña, y de ahí la necesidad de distinguir entre los que sólo son o pretenden ser cristianos nominales; los que dice “Señor, Señor”, pero que no andan en los caminos del Mesías, y aquellos que han nacido del Espíritu Santo y hacen la voluntad de Dios. Jesús enseñó muy claramente que los suyos se distinguirían por su amor los unos para con los otros, e incluso hacia sus enemigos, y, naturalmente, para con el pueblo de Jesús, el pueblo de Israel:

“Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos.” (Romanos 11:11).

El Judaísmo Mesiánico afirma con las Sagradas Escrituras que la bendición del Señor a Abraham tiene alcance universal para todo el período de la historia:

“Bendeciré a los que bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.” (Génesis 12:3).

“Y en aquel día yo pondré a Jerusalem por piedra pesada a todos los pueblos; todos los que se la cargaren serán despedazados, bien que todas las naciones de la tierra se juntarán contra ella.” (Zacarías 12:3).

“Después alcé mis ojos y miré, y he aquí cuatro cuernos. Y dije al ángel que hablaba conmigo: ¿Qué son éstos? Y me respondió: Estos son los cuernos que dispersaron a Judá, a Israel y a Jerusalem. Me mostró luego el Señor cuatro carpinteros. Y yo dije: ¿Qué vienen éstos a hacer? Y me respondió, diciendo: Aquéllos son los cuernos que dispersaron a Judá, tanto que ninguno alzó su cabeza; mas éstos han venido para hacerlos temblar, para derribar los cuernos de las naciones que alzaron el cuerno sobre la tierra de Judá para dispersarla.” (Zacarías 1:18-21).

La nación alemana fue vencida, asolada, conquistada y dividida. Vivió en su propia carne una buena medida de la propia experiencia histórica del pueblo de Israel. Una mirada a la historia universal nos mostrará inequívocamente que el Señor ha humillado a cuantas naciones han maltratado al pueblo judío. Los imperios egipcio, asirio y babilónico no son casos excepcionales, sino que todos los demás, antiguos y modernos, han corrido o están corriendo la misma suerte. Hoy podemos ver atisbos de cambio. Es como si el Señor

estuviera concediendo oportunidades de arrepentimiento y restauración a los viejos pueblos que en su día maltrataron al pueblo hebreo. Sin embargo, siguen sin faltarle enemigos a Israel.

El Judaísmo Rabínico afirma que Jesús no ha podido ser el Mesías por la sencilla razón de que cuando el Mesías venga al mundo habrá paz, terminarán las guerras, la pobreza, la enfermedad y todas las demás miserias humanas. El Mesías recogerá a todo el pueblo hebreo de entre todas las naciones, reconstituirá el Estado de Israel, reconstruirá el Templo de Jerusalem, y Jesús no ha hecho ninguna de esas cosas. No se puede afirmar que con Él se haya inaugurado la era mesiánica.

El Judaísmo Mesiánico afirma que en las Sagradas Escrituras hay dos descripciones del Mesías que corresponden a dos venidas del Señor. La primera de ellas es referente al Mesías “Siervo Sufriente”, que padecerá y morirá para la expiación de los pecados de los hombres.

“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalem hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías.” (Daniel 9: 24-27).

“Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalem; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.” (Zacarías 9:9). (Ver también Salmo 22 e Isaías 53).

La segunda de las descripciones mesiánicas apunta hacia un “Mesías Triunfante” que vendrá para traer la justicia plena del Reino de Dios:

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponbiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos hará esto.” (Isaías 9:6-7).

“He aquí que vienen días, dice el Señor, en que levantará a David renuevo justo, y reinará como Rey; el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: El Señor, justicia nuestra.” (Jeremías 23:5-6). (Ver también Jeremías 33:14-16; Isaías 11).

Los rabinos saben muy bien que en su literatura se habla también de dos Mesías: Ha-Mashíaj ben Yosef, el Mesías hijo de José, que será el Siervo Sufriente, y Ha-Mashíaj ben David, el Mesías hijo de David, que será el Mesías Trinfante. El Judaísmo Mesiánico, junto con todos los cristianos conocedores de las Sagradas Escrituras, afirman que no se trata en realidad de dos Mesías, sino del mismo que vendrá dos veces: La primera para sufrir y morir por los pecados de toda la humanidad, expiar nuestra maldad, derramar su Espíritu sobre sus redimidos, y dejar un pueblo celoso de la justicia del Reino hasta el día de su Segundo Adviento. La segunda vez, sin relación ya con el pecado, para establecer su Reinado glorioso en los nuevos cielos y la nueva tierra. Naturalmente, de esto se deduce que si Jesús cumplió las profecías respecto a su primera venida en carne, también cumplirá todas las demás profecías relativas a su manifestación en poder y gloria.

El Judaísmo Rabínico asegura que las reivindicaciones cristianas sobre el capítulo 53 de Isaías carecen de sentido, por cuanto en ese texto no se habla de Jesús, sino del propio profeta y del pueblo de Israel en la era mesiánica. La reivindicación del Judaísmo Rabínico es que las referencias de este capítulo apuntan hacia una personalidad corporativa:

“He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, si alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia. No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley. Así dice el Señor Dios, Creador de los cielos, y el que los despliega; el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora sobre ella, y espíritu a los que por ella andan. Yo el Señor te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas.” (Isaías 42:1-7). (Ver también Isaías 49:1-13).

Veamos muy detenidamente el texto de Isaías 49:6: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra.”

El Judaísmo Mesiánico afirma que las obras que realiza el Siervo son efectuadas por un individuo, no por una entidad corporativa. Los sufrimientos de Israel, indudables, no puede decirse que hayan producido lo que aquí se atribuye al Siervo, es decir, justicia y sanidad a quienes le aceptan. Los sufrimientos del pueblo judío no han traído beneficio a los gentiles, sino, antes bien, juicio y castigo por el pecado del antijudaísmo. El pueblo de Israel ha sufrido, efectivamente, por causa de los gentiles, nunca a favor de ellos.

Hay una clarísima distinción en los pronombres y adjetivos posesivos que se usan en este glorioso capítulo 53 de libro del profeta Isaías. Cuando habla de sí mismo y de la nación,

emplea los pronombres “nosotros” y “nuestro”. Sin embargo, cuando habla del “Siervo” manifiesta que no se trata de sí mismo ni de la nación, y por consiguiente emplea “él” y “su”. En los versículos 8-10, 12 se declara la muerte vicaria, substitutoria, del Siervo. El “Siervo fue muerto por la rebelión de mi pueblo”.

“Por cárcel y por juicio fue quitado, y su generación, ¿quién la contará Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca. Con todo eso, el Señor quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad del Señor será en su mano prosperada... Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.” (Isaías 53:8-10, 12).

Ese pueblo, evidentemente, es el pueblo del profeta, es decir, Israel. La distinción entre el “Siervo” y el “pueblo” queda manifiesta. Además, todo el contexto apunta hacia el hecho de la inocencia del “Siervo”, quien muere, no por sus propios pecados, sino por los del pueblo. Si los rabinos tuvieran razón, eso significaría que el pueblo de Israel carecería de pecado, lo cual es completamente contrario a la enseñanza de las Sagradas Escrituras: Isaías 1:1-31; 64:5.

“Saliste al encuentro del que con alegría hacía justicia, de los que se acordaban de ti en tus caminos; he aquí tú te enojaste porque pecamos; en los pecados hemos perseverado por largo tiempo; ¿podremos acaso ser salvos?” (Isaías 64:5). (Ver también Isaías 1).

Lo que muchos judíos desconocen es que sólo a partir de la separación de la sinagoga y la iglesia han ocultado los rabinos la realidad de que la inmensa mayoría de los sabios de Israel siempre atribuyeron este capítulo 53 de Isaías a la persona del Mesías. Todos los rabinos de la antigüedad afirmaron que Isaías hablaba aquí del Mesías. Rashí, gran comentarista judío de las Escrituras, que vivió hacia el año 1050 d.C., fue el primero de los estudiosos judíos en enseñar que Isaías 53 se refería a la nación de Israel y sus sufrimientos por los gentiles. Pero a pesar de la gran influencia de Rashí en el pensamiento judío, este punto de vista no se convirtió en el generalizado entre los rabinos hasta un momento tan reciente como el siglo diecinueve.

El Judaísmo Rabínico manifiesta el rechazo de la afirmación cristiana del nacimiento virginal de nuestro Señor Jesucristo. Los rabinos afirman que no se puede creer que una virgen tenga un hijo.

El Judaísmo Mesiánico afirma, con las propias palabras de Myriam, María de Nazaret, que “nada hay imposible para Dios.” (Lucas 1:37). (Ver también Isaías 7:14). Además, es

lógico pensar que el nacimiento del Mesías tuviera características milagrosas. Por otra parte, las Escrituras dan testimonio de otros nacimientos también milagrosos en algún grado, como son los casos de Isaac, Samuel y Sansón.

XVII

"Y clamamos al Señor Dios de nuestros padres; y el Señor oyó nuestra voz, y vio nuestra aflicción, nuestro trabajo y nuestra opresión; y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con grande espanto, y con señales y con milagros; y nos trajo a este lugar, y nos dio esta tierra, tierra que fluye leche y miel."

(Deuteronomio 26:7-9).

XVII.- EL JUDAÍSMO MESIÁNICO Y LA TIERRA DE ISRAEL.

La casi totalidad de los Judíos Mesiánico son Sionistas. Es decir, afirman, al igual que lo hacemos muchos cristianos gentiles, que el pueblo judío tiene un derecho especial respecto a la tierra de Israel. La justificación bíblica se apoya en las siguientes Escrituras:

La tierra de Israel pertenece al Dios de Israel:

“La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo.” (Levítico 25:23).

La tierra de Israel fue dada por Dios en usufructo a los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob en perpetuidad:

“Y apareció el Señor a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar al Señor, quien le había aparecido.” (Génesis 12:7).

“Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti. Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos.” (Génesis 17:7-8).

La tierra de Israel no fue concedida a los descendientes de Ismael, ni a ningún otro hijo de Abraham, sino exclusivamente a Isaac:

“Y dijo Abraham a Dios: Ojalá Ismael viva delante de ti. Respondió Dios: Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac, y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él... Y Abraham dio cuenta tenía a Isaac.” (Génesis 17:18-19; 25:5).

“Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir.” (Hebreos 11:17-19).

La tierra de Israel no fue concedida a Esaú, sino a los descendientes de Jacob:

“Y el Dios omnipotente te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser multitud de pueblos; y te dé la bendición de Abraham, y a tu descendencia contigo, para que heredes la tierra en que moras, que Dios dio a Abraham... Y he aquí, el Señor estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy el Señor, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho... También le dijo Dios: Tu nombre es Jacob; no se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel será tu nombre; y llamó su nombre Israel. También le dijo Dios: Yo soy el Dios omnipotente: crece y multiplícate; una nación y conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos. La tierra que he dado a Abraham y a Isaac, la daré a ti, y a tu descendencia después de ti daré la tierra.”

(Génesis 28:3-4, 13-15; 35:10-12).

El indiscutible pecado de infidelidad de Israel para con el Señor nunca borró su derecho a la tierra promisoría:

“Y aun con todo esto, estando ellos en tierra de sus enemigos, yo no los desecharé, ni los abominaré para consumirlos, invalidando mi pacto con ellos; porque yo el Señor soy su Dios. Antes me acordaré de ellos por el pacto antiguo, cuando los saqué de la tierra de Egipto a los ojos de las naciones, para ser su Dios. Yo el Señor.” (Levítico 26:44-45).

“Sucederá que cuando hubieren venido sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti, y te arrepintieres en medio de todas las naciones adonde te hubiere arrojado el Señor tu Dios, y te convirtieres al Señor tu Dios, y obedecieres a su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma, entonces el Señor hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te hubiere esparcido el Señor tu Dios. Aun cuando tus desterrados estuvieren en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá el Señor tu Dios, y de allí te tomará; y te hará volver el Señor tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya, Y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres. Y circuncidará el Señor tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas.” (Deuteronomio 30:1-6).

“Vive el Señor, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del norte, y de todas las tierras adonde los había arrojado, y los volveré a su tierra, la cual di a sus padres.” (Jeremías 16:15).

“Oíd palabra del Señor, oh naciones, y hacedlo saber en las costas que están lejos, y decid: El que esparció a Israel lo reunirá y guardará, como el pastor a su rebaño. Porque el Señor redimió a Jacob, lo redimió de mano del más fuerte que él.” (Jeremías 31:10-11).

“No temas, porque yo estoy contigo; del oriente traeré tu generación, y del occidente te recogeré. Diré al norte: Da acá; y al sur: No detengas; trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los confines de la tierra, todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los he creado, los formé y los hice.” (Isaías 43:5-7).

“Y les dirás: Así ha dicho el Señor: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra; y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel; y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos.” (Ezequiel 37:21-22).

El Pacto de la tierra es tan irrevocable como todos los demás Pactos o Alianzas de Dios:

“Habita como forastero en esta tierra, y estaré contigo, y te bendeciré; porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré el juramento que hice a Abraham tu padre.” (Génesis 26:3).

“Y José dijo a sus hermanos: Yo voy a morir; mas Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob. E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos.” (Génesis 50:24).

“No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos, sino por la impiedad de estas naciones el Señor tu Dios las arroja de delante de ti, y para confirmar la palabra que el Señor juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob.” (Deuteronomio 9:5).

“Se acordó para siempre de su pacto; de la palabra que mandó para mil generaciones, la cual concertó con Abraham, y de su juramento a Isaac. La estableció a Jacob por decreto, a Israel por pacto sempiterno, diciendo: A ti te daré la tierra de Canaán como porción de vuestra heredad.” (Salmo 105:8-11).

“Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios.” (Romanos 11:28-29).

Dios no rompe jamás sus juramentos: “Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.” (Hebreos 6:16-20).

Dios no ha reemplazado o abrogado jamás su Palabra. Ciertamente, el mayor contingente de judíos no han reconocido todavía a su Mesías, pero semejante dureza parcial no invalida los planes del Señor para con su pueblo. Todos y en cada detalle se cumplirán.

Naturalmente, los Judíos Mesiánicos creen que los cristianos gentiles deberíamos estar junto a Israel:

“Así dijo el Señor: He aquí, yo tenderé mi mano a las naciones, y a los pueblos levantaré mi

bandera; y traerán en brazos a tus hijos, y tus hijas serán traídas en hombros. Reyes serán tus ayos, y sus reinas tus nodrizas; con el rostro inclinado a tierra te adorarán; y lamerán el polvo de tus pies; y conocerás que yo soy el Señor, que no se avergonzarán los que esperan en ti.” (Isaías 49:22-23).

Desde la perspectiva teológica del Judaísmo Mesiánico, los cristianos deberíamos ser algo más que meros espectadores de los acontecimientos.

XVIII

*"YESHÚA HANAZAREI
VMELEK HAYEUDIM." ("Jesús
Nazareno, Rey de los
judíos.")*

(Juan 19:19).

XVIII.- ¿POR QUÉ UN MOVIMIENTO JUDIO MESIÁNICO Y NO LA INTEGRACIÓN EN LAS IGLESIAS CRISTIANAS?

Aquí tenemos necesariamente que hacer algo de historia para aproximarnos a la comprensión de este fenómeno:

Primeramente, debemos reconocer que el antisemitismo no es sólo un problema de nuestros días, sino un fenómeno que viene de antiguo. Sacerdotes egipcios, como Maneto, muchos siglos antes de la venida del Mesías, ya predicaba contra los judíos. También hemos de reconocer que el antisemitismo ha penetrado también desde antiguo en la propia Iglesia, y ésta ha cometido muchos actos espantosos a los judíos en el curso de la historia. Poco después de la muerte de los apóstoles, la dirección de las iglesias fue transferida a gentiles que no tenían ningún respeto ni cariño hacia el pueblo judío. En lugar de ver en ellos a hermanos mayores que necesitaban tener un encuentro personal con Jesús, fueron contemplados como enemigos, cuando menos como sospechosos. En lugar de reconocer la deuda de gratitud por haber recibido de ellos las Escrituras, el Mesías, los apóstoles y los profetas del Antiguo Testamento, les consideraron como réprobos, asesinos de Jesús,

pueblo deicida, sin derecho a la existencia.

La falta de distinción entre el “pueblo judío” y algunas “autoridades judías” de los días de Jesús, vendidas al poder romano invasor, condujo a muchos dirigentes de las iglesias cristianas post-apostólicas al malentendido de algunos pasajes del Nuevo Testamento, proyectando su odio y resentimiento hacia todo el pueblo judío. Así fue como muchos judíos mesiánicos que expresaban su fe en Yeshúa dentro de un contexto judío, fueron vistos como sospechosos, y como resultado fueron perseguidos. Cuando la Iglesia de Roma y el Imperio Romano se unieron, hacia el año 400 de nuestra era, muchos judíos perdieron su ciudadanía romana, siendo reducidos a la condición de emigrantes, sin derechos, apenas meramente tolerados. Fueron progresivamente reducidos mediante severísimas sanciones económicas y sociales, prohibiéndoseles establecer matrimonio con cristianos, así como la práctica de sus costumbres y tradiciones judías. La Iglesia de Roma les obligaba, al unirse a la fe de Jesucristo, a renunciar a todas sus prácticas y costumbres judías, a celebrar sus fiestas, cantar sus himnos y recitar sus oraciones y plegarias, obligándoseles a adoptar la dieta gentil frente a la levítica. La siguiente declaración ha sido tomada de la Iglesia de Constantinopla, la cual los judíos debían afirmar si pretendían pasar a formar parte de la Comunidad Cristiana:

“Renuncio a todas las costumbres, ritos, legalismos, pan sin levadura y sacrificios de los hebreos, y todas las fiestas del pueblo judío, sus oraciones, aspersiones, purificaciones, santificaciones y propiciaciones, así como ayunos y nuevas lunas, “Shabats” e himnos y cánticos y observancias y sinagogas, y alimentos y bebida de los hebreos; en una palabra: Yo renuncio absolutamente a todo lo que sea judío, toda ley, rito y costumbre.”

En segundo lugar, durante la Edad Media continuó produciéndose una importante legislación antijudía, prohibiéndoseles poseer tierras, e incluso tener sus casas entre los cristianos, con lo que se crearon guetos y deportaciones. En el curso de esa larga historia de odio, persecución y villanía, se les acusó de envenenar los pozos durante las grandes plagas y epidemias de la Edad Media, como es el caso de la peste de 1384. Se cuestionaba constantemente la sinceridad de la fe de los conversos, acusándoseles de crímenes absurdos tales como la realización de sacrificios de niños cristianos para mezclar sus sangre con la masa para la confección de la matzá (pan ácimo pascual). Pueblos enteros fueron arrasados. Las persecuciones de los judíos continuaron con los pogromos en Europa Oriental y Rusia, habitualmente estimuladas por los clérigos, así como por los reyes, emperadores y zares, quienes frecuentemente ostentaban también la jefatura máxima de la iglesia estatal, tanto en su versión cesaropapista romana como en la ortodoxa oriental. Después, los Cruzados asesinaron a miles de judíos en los territorios por donde pasaron camino de los “Santos Lugares”. En la conquista de Jerusalem, los cruzados prendieron fuego a una sinagoga en la que se encontraban más de mil judíos congregados. Todos murieron quemados vivos. Sólo en los años 1648 y 1649, decenas de miles de judíos fueron asesinados por los cosacos de Chmielnicki, todos ellos cristianos nominales.

En tercer lugar, el protestantismo no se comportó mucho mejor con el pueblo judío. Basta con leer el tratado del reformador Martín Lutero “Sobre los Judíos y sus Mentiras”, publicado en 1543, para comprender que la insensibilidad para con el pueblo hebreo no conocía fronteras. Citaremos algunos párrafos del reformador:

“¿Qué haremos nosotros los cristianos con este pueblo rechazado y condenado? Les daré mi sincero consejo: En primer lugar, quemar sus sinagogas... en honor de nuestro Señor y de la Cristiandad, para que Dios vea que somos cristianos... Aconsejo que sus casas también sean arrasadas y destruidas... Aconsejo que sus libros de oración y textos talmúdicos sean tomados de ellos para ser destruidos... Aconsejo que a sus rabinos se les prohíba enseñar de ahora en adelante bajo pena de pérdida de la vida...”.

Curiosamente, Martín Lutero comenzó tratando de ganarse el favor de las comunidades judías de Alemania. No en vano, el reformador llegó a ser un gran hebraísta por haber estudiado la lengua hebrea con maestros judíos. Sin embargo, con el paso de los años llegó a ser un tremendo enemigo de los israelitas. Sin menoscabo de su gran labor reformadora, no hemos por menos que ser honestos y recordar que el último sermón predicado por Martín Lutero antes de su fallecimiento, el 14 de Febrero de 1546, fue una venenosa diatriba antijudía, exigiendo que todos los hebreos fueran expulsados como perros de Alemania, y que todas sus propiedades fueran confiscadas.

Cuatro siglos después, un católico austríaco, Adolfo Hitler, ponía en marcha un programa sistemáticamente planificado para llevar a efecto lo que Lutero había predicado desde el púlpito siglos antes. A los pocos meses de llegar al poder, el cabo Hitler ordenaba se imprimiera este sermón y la obra de Lutero titulada “Contra los Judíos y sus Mentiras” en edición popular de bolsillo y se entregara a cada niño en el sistema educativo alemán. De hecho, este material supuso la base teológico-ideológica del Holocausto -aspecto de la “cuestión judía” menos estudiado en profundidad- y que, naturalmente, incidió profundamente en las iglesias de Alemania, y que no podemos olvidar ni menospreciar al considerar el silencio de muchos sacerdotes católicos y pastores protestantes ante la muerte por tortura, hambre o cámara de gas de seis millones de judíos, además de muchos gitanos, pacifistas, enfermos mentales, deformes, y políticos y sindicalistas contrarios al Tercer Reich. Honremos aquí la memoria del pastor luterano Dietrich Bonhoeffer y la iglesia militante subterránea, la iglesia subterránea de aquellos oscuros días, con todos los demás cristianos que no se dejaron arrastrar por las respectivas jerarquías vendidas al poder imperante.

Todo esto culminó con el Holocausto de la Segunda Guerra Mundial. Pero aquella matanza de seis millones de judíos -hombres, mujeres y niños- cuyo único delito era el de ser hebreos, acontecía en una nación eminentemente cristiana, cuna de la Reforma del siglo XVI, en la que la Cristiandad había salido del oscurantismo mediante el redescubrimiento

de la Biblia. Semejante barbarie no sucedía en un lugar oscuro, en medio de una sociedad primitiva, sino en la más culta y desarrollada de las naciones de la cultura occidental cristiana. ¿Cómo pudo ser así? Porque aquella atrocidad no era sino el resultado de las matanzas realizadas por los Cruzados, las atrocidades de la Edad Media, las dramáticas expulsiones del pueblo hebreo de España, Portugal y otras naciones, las masacres de decenas de miles de judíos a manos de los cosacos, las persecuciones, confiscaciones y asesinatos inquisitoriales, y un larguísimo “etcétera” de barbaridades sin nombre. Y lo más terrible del caso: Toda esa barbarie bajo la sombra de la Cruz de Cristo, donde el Mesías de Israel también había sido asesinado a manos de los bárbaros.

Desde la perspectiva del Judaísmo Mesianico, cada vez que una persona, por más creyente que se crea, dice que no le importa Israel, está citando palabras textuales del enemigo del pueblo del Señor -¡Dios le reprenda!- en el Salmo 83:

“Venid, y destruyámoslos para que no sean nación, y no haya más memoria del nombre de Israel.” (Salmo 83:4).

Personalmente, he comprobado que hasta el día de hoy muchos cristianos -que se enfadarían si les denominásemos “antijudíos” o “antisemitas”- siguen creyendo que “los judíos mataron a Jesús”. Conviene considerar algunas Escrituras:

“Y comenzó (Jesús) a enseñarles que le era necesaria al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días.” (Marcos 8:31).

Es evidente que la responsabilidad, según el propio Señor, recaería sobre los principales, no sobre el pueblo.

“Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies.” (Salmo 22:16).

Obviamente, esta “cuadrilla de malignos” no puede hacer referencia al pueblo de Israel, sino a la soldadesca romana.

“Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra el Señor y contra su Ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas.” (Salmo 2:2).

Esta alusión a “los reyes y príncipes de la tierra” no pueden tampoco referirse al pueblo hebreo.

“Tomando Jesús a los doce, les dijo: He aquí subimos a Jerusalem, y se cumplirán todas las

cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. Pues será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y afrentado, y escupido. Y después que le hayan azotado, le matarán; mas al tercer día resucitará. Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía.” (Lucas 18:31-34).

Aquí la referencia no puede ser más clara respecto a los gentiles. Lo mismo podemos ver en los siguientes textos del Evangelio según Juan:

“Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. Y así lo hicieron los soldados... Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero (de los crucificados), y asimismo al otro que había sido crucificado con él. Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.” (Juan 19:23-24, 32-34).

Debemos entender que la muerte del Mesías fue planificada desde el comienzo, que sería entregado por algunos de los dirigentes judíos, no por el pueblo, y puesto en manos de los gentiles, de los romanos, autoridades y soldadesca, para ser martirizado y muerto. Ambos, judíos y gentiles, participaron en la muerte de Jesús. Pero en el curso de estos dos milenios toda la culpa ha recaído sobre los judíos. Y hasta nuestros días llega este odio antisemita, fundamentado en la ignorancia, y que olvida lo que el propio Señor Jesús nos dice en el capítulo 10 del Evangelio según Juan:

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.” (Juan 10:17-18). (Ver también Hechos 3:17-20).

La mayoría de los hebreos han experimentado directamente alguna clase de antisemitismo o antijudaísmo durante su vida. La historia no ha facilitado ni facilita al judío hacer una distinción entre los cristianos reales y los nominalmente cristianos. Nunca debemos olvidar que el Holocausto de la Segunda Guerra Mundial no aconteció entre paganos sumidos en el oscurantismo, la superstición y la ignorancia, sino en la patria de Lutero, entre occidentales educados en las escuelas dominicales luteranas y en las catequesis católicas. Los judíos saben que la mayoría de las llamadas naciones “cristianas” estuvieron en contra del establecimiento de un estado judío, o apoyando moralmente a los siete estados árabes que en 1948 lanzaron una guerra contra Israel a las pocas horas de su constitución. Los judíos recuerdan que muchos nominalmente “cristianos” estuvieron junto a Nasser en 1967, cuando multitudes desmandadas juraban en todas las capitales árabes del mundo que

echarían a los judíos al mar. En este contexto es importante tener presente que las palabras tienen poder. Quizás nadie lo sepa tan bien como el propio pueblo israelita. Por eso es que la propia palabra “cruz”, tan fácilmente empleada por nosotros, los cristianos gentiles, represente un dilema especial para el judío seguidor de Jesús. Para nosotros, el término está ligado a la vida y el sacrificio del Señor, pero para quienes vienen de trasfondo hebreo este término conlleva toda una larga serie de connotaciones terribles, por cuanto a lo largo de la historia fueron muchos los malvados que utilizaron la cruz como símbolo o insignia de persecución y muerte de numerosísimos hijos e hijas de Israel. Suele pasarnos inadvertido, pero el propio judío Jesús, no lo olvidemos, muere en la “cruz” de los romanos, bajo la acusación del delito de ser “Rey de los judíos”. Esa fue la inscripción del “título” o tablilla en la que se especificaba el crimen cometido por el reo, para ejemplo y advertencia de todos cuantos lo contemplaran.

De ahí que los judíos que creen en Jesús no quieran llamarse “cristianos”, aunque se sientan uno con todos los redimidos por la sangre del Mesías. Por difícil que nos pueda parecer a nosotros, como creyentes gentiles, el término “cristiano”, que al principio era un sinónimo en clave griega del hebreo “mesiánico”, ha llegado a significar algo muy diferente a “seguidor del Mesías”. Para la inmensa, arrolladora mayoría de los judíos, “cristiano” significa simplemente un “no judío” o “gentil”, sin ninguna referencia a que se trate de un persona nacida de nuevo. Para los judíos, un hombre o una mujer que abraza la fe cristiana es alguien que deja de ser judío, que renuncia a sus raíces, a su pueblo, a sus antepasados y a su herencia hebrea. Por eso es que para el Judaísmo Mesiánico lo que ha sucedido es totalmente opuesto. El judío mesiánico afirma y confiesa que ha encontrado al Mesías, y ahora se considera un “judío completo”. De ahí también que la terminología del Judaísmo Mesiánico sea hebrea en lugar de griega. Vamos a ver algunos ejemplos básicos:

“Sinagoga” o “Comunidad”, en lugar de “Iglesia”... “Rabino Mesiánico”, en vez de “Pastor”... “B’rit Hadashah”, en lugar de “Nuevo Testamento”... “Tanaj” o “Escrituras Hebreas”, en vez de “Antiguo Testamento” (Acrónimo de “Torá” (“Enseñanza”), “Nevi’im” (“Profetas”) y “Ketuvim” (“Escritos”). Así se refería Jesús a las Sagradas Escrituras, como da testimonio el texto del Evangelio: “Y les dijo (Jesús): Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras.” (Lucas 24:44-45)... “Mikvá” o “Tevilá”, en lugar de “Bautismo” (“Mikvá” es la piscina de agua para la inmersión, y Tevilá es la ceremonia judía de purificación mediante un baño.)... “Buenas Noticias”, en lugar de “Evangelio”... “Masháj”, en lugar de “Cristianos”, voz que tiene la misma raíz, y que quiere decir “mesiánicos”, es decir, “ungidos”. El término fue empleado por primera vez en Antioquía de Siria para denominar a los “discípulos”: “Y se congregaron allí todo un año (Bernabé y Pablo) con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía.” (Hechos 11:26). Como esta ciudad era de lengua y cultura griegas, lógicamente usaron un vocablo de su propia lengua para designar

a los fieles seguidores de Jesús de Nazaret, el Mesías. Así también nacería la propia palabra “iglesia”, del griego “ekklesía”, y que, como sabemos, es “congregación” o “asamblea”, es decir, un sinónimo de “sinagoga”. Esta voz, “ekklesía”, es precisamente el vocablo utilizado en la Septuaginta o Traducción de los LXX, la versión de las Escrituras hebreas al griego común del primer siglo, razón por la que fue adoptada por las congregaciones cristianas de lengua griega. Y, naturalmente, “Yeshúa” en lugar de “Jesús”, que es la forma castellanizada de la voz helenizada y después latinizada como “Iesus”. Tengamos presente que “Yeshúa” significa “Salvación”. Jesucristo nunca escuchó el nombre “Jesús”, sino que siempre le llamaron “Yeshúa”, un nombre propio muy popular en sus días en la carne, de la misma raíz que “Josué” e “Isaías”. El título de “Mesías” es igualmente la castellanización del hebreo “Mashíaj”, es decir, “Ungido”, que fue traducido al griego por “Jristós”, y después fue latinizado como “Cristo”.

El Judaísmo Rabínico enseña actualmente que “judío sólo es quien tiene madre judía.” Esta definición entienden los Judíos Mesiánicos que no es bíblicamente correcta, por cuanto la definición según las Sagradas Escrituras es que judío es quien descende de Abraham por medio de Isaac y Jacob, por herencia patrilineal. Por ejemplo, Moisés tenía una esposa gentil, y la bisabuela de David fue Rut, la Moabita, y por tanto, igualmente gentil, pero sus hijos fueron considerados judíos. En el capítulo 16 de los Hechos de los Apóstoles está escrito que Pablo circuncidó a Timoteo porque éste era hijo de madre judía mesiánica y padre gentil: “Después llegó a Derbe y a Listra; y he aquí, había allí cierto discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, pero de padre griego; y daban buen testimonio de él los hermanos que estaban en Listra y en Iconio. Quiso Pablo que éste fuese con él; y tomándole, le circuncidó por causa de los judíos que había en aquellos lugares; porque todos sabían que su padre era griego.” (Hechos 16:1-3). Pablo consideró a Timoteo como judío. Por tanto, las Escrituras muestran que si cualquiera de los padres es judío, uno puede identificarse como judío.

En los tiempos del Segundo Templo existía una pared intermedia de separación entre los judíos y la gentilidad. Los gentiles no podían pasar por encima de este punto, y eran relegados al “Atrio de los Gentiles”. Según las Escrituras del Nuevo Pacto, esta “pared intermedia de separación” ha sido derribada:

“Porque él (Jesús) es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación.” (Efesios 2:14).

Los gentiles, por la sangre de Yeshúa, entramos en la fe de Israel. Así lo expresa Pablo en la Carta a los Romanos:

“Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?” (Romanos 11:24).

Somos espiritualmente circuncisos y pasamos a formar parte de la ciudadanía de Israel:

“Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, es espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios.” (Romanos 2:28-29).

“En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.” (Efesios 2:12).

Únicamente las personas que son judías y llegan a creer en Jesucristo -Yeshúa HaMashíaj- pueden legítimamente definirse como “Judíos Mesiánicos”. Sin embargo, muchas de las Congregaciones o Sinagogas Mesiánicas cuentan con una proporción más o menos significativa de creyentes gentiles. Para ser miembro de una congregación de hebreos mesiánicos, siendo un cristiano gentil, uno debe tener una carga muy especial de amor por el pueblo judío, comprender lo que Dios está haciendo, y tener un llamamiento particular, parecido al de Rut. De lo contrario, la práctica de la expresión hebrea, cuando no se es judío, viene a ser un ejercicio meramente religioso, y como tal, interfiere con nuestra relación con Dios por la fe en Jesucristo. El asunto es delicado y sutil, pero el apóstol Pablo lo expresa en algunos textos que vamos a considerar:

“He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído.” (Gálatas 5:2-4).

Evidentemente, esto no quiere decir que la circuncisión sea mala, pues lo que Dios ha mandado a su pueblo nunca será perjudicial. El contexto de estas palabras de Pablo muestra claramente que el problema no radicaba en la circuncisión propiamente dicha, sino más bien en el error de los cristianos de Galacia al creer que la Ley pudiera justificarles ante el Señor. De ahí que Pablo les diga que para poderse justificar legalmente, tendrían que cumplir todos los mandamientos, preceptos y ordenanzas.

“¿Fue llamado alguno siendo circunciso? Quédese circunciso. ¿Fue llamado alguno siendo incircunciso? No se circuncide. La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios.” (1ª Corintios 7:18-19).

“Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor... Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación.” (Gálatas 5:6; 6:15).

“El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come;

porque Dios le ha recibido... Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente... Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano.” (Romanos 14:3, 5, 13).

Creemos que estos son muy oportunos consejos de la Palabra de Dios, prácticos y actuales siempre. Esta fórmula de concordia que el Espíritu Santo dio a Pablo para aquella iglesia en Roma, constituida por judíos y gentiles, tendrá plena vigencia hasta el día glorioso de la Segunda Venida de nuestro Señor y Salvador.

Dios no quiere, ni pide, que cambiemos de etnia, sino que le dejemos a Él cambiar nuestro corazón. El hecho de tomar sobre nosotros diferentes costumbres y tradiciones no nos recomendará a Dios. Sólo agradan verdaderamente al Señor las actitudes y cambios que su Santo Espíritu obra en el corazón del que rinde su vida al Mesías. Además, como hemos podido tristemente comprobar en bastantes casos, la mera imitación de las cosas exteriores, el cambio del léxico de clave grecolatina por clave hebrea -si bien es cierto que hemos de admitir la existencia de un viejo antisemitismo lingüístico- así como el uso de objetos inanimados -menorá, kipá, talit, velas, escudo de David, y demás parafernalia hebraica- sólo suscita confusión y nuevas formas de sectarismo entre aquellos para quienes tales elementos son culturalmente ajenos. Y no porque tales objetos sean malos por si mismos, por cuanto sólo se trata de “cosas” que no tienen capacidad de sentir, pensar, ni razonar, sino en tanto en cuanto nuestro corazón -conciencia- es engañoso, y fácilmente tendemos a caer en la trampa de la elaboración de un sistema religioso que nos hace sentirnos mejores, más dignos o más espirituales que los demás.

El viejo corazón carnal nos conduce a dejarnos seducir por el espíritu de posesión de la verdad exclusiva o excluyente que nos repliega sobre nosotros mismos. Creemos que ese es el sentido en el que para el apóstol Pablo la vuelta a las prácticas judaicas representaba una esclavización reñida con el espíritu de libertad en la gracia de Cristo. Este es el caso que detectamos entre aquellos hermanos que pretenden ser judíos, sin serlo, y acometen su expresión de fe en Jesús desde valores y planteamientos que no corresponden con su cultura, y lo que es peor, descalificando a quienes no comparten sus criterios, o bien clasificándolos como inferiores e indignos. Así, pues, podemos dar testimonio de la profunda tristeza experimentada al ser testigos de discusiones repletas de descalificaciones y desprecios entre defensores del uso, por ejemplo, de la “kipá”, y detractores de su uso; y todo ello en medio de un clima intolerante de ignorancia por parte de quienes pretendían justificar la “sacralidad” de una pieza de tocado masculino que, sea denominada “kipá” o “solideo”, no se encuentra en las Sagradas Escrituras, por cuanto pertenece a una época muy reciente en su utilización por parte del pueblo judío.

También hemos podido verificar personalmente que la pretensión de ser judío, sin serlo, de parte de algunos hermanos cristianos gentiles, no facilita en absoluto el diálogo

interconfesional. Y esto sí que es verdaderamente preocupante, por cuanto el desprecio y el obstáculo al diálogo es el elemento más nocivo en la gestación de posturas extremas en las que desaparecen los rasgos esenciales de nuestro Señor en su relación con los hombres, e incluso de los rasgos humanos por excelencia.

Personalmente, creo que el Judaísmo Mesianico es una bendición del Señor para el pueblo de Israel en estos días, y que, por consiguiente, es parte de las señales de los tiempos. Sin embargo, creo también que entre los que pretenden ser judíos, sin serlo, y seguir al mismo tiempo al Señor Jesucristo, sus énfasis en prescripciones ceremoniales -que por sí mismas nada pueden hacer para conducir a los hombres al encuentro con el Señor en el ámbito de la gracia- reconducen a los hermanos hacia barricadas de legalismos, supersticiones ritualistas y lingüísticas, y temores que abaten con su carga el espíritu del hombre. En resumen, creo que el peligro herético se halla en los imitadores que ignoran el alcance de su pretensión: “Yo conozco -dice Jesús- la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son.” (Apocalipsis 2:9).

Sin embargo, también creo que un cristiano gentil es libre de adoptar voluntariamente las costumbres y tradiciones judías, pero me inquieta que la adopción de semejante postura no resulte integradora, sino que, antes bien, se vuelva separatista y exclusivista, e incluso llegue a producir dolorosas divisiones que obstaculizan e impiden la extensión del Evangelio entre los perdidos.

Recordemos: “Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (Gálatas 5:14).

“De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre. Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.” (Gálatas 4:31-5:1).

“Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley.” (Gálatas 5:18).

“Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.” (Juan 1:17).

“El perfecto amor echa fuera el temor.” (1ª Juan 4:18).

“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” (Juan 14:6).

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” (Juan 8:32).

Demos gracias al Señor bendito porque en nuestros días son muchos los judíos que se

identifican con el Mesías en su inmolación, reconociendo que murió para redimirles, y quienes confían en su resurrección para lograr justicia delante de Dios. Ellos están descubriendo ahora el lugar que el Señor les ha preparado proféticamente, tal y como el apóstol Pablo dijera: Que si la exclusión de los judíos (de la vida del Mesías) era la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión sino vida de entre los muertos? (Romanos 11:15). Y más adelante, el Rabino Pablo profetiza que vendrá tiempo en que todo Israel será salvo (Romanos 11:26) por cuanto habrá reconocido en Jesús de Nazaret a su Mesías nacional y a su Salvador personal.

Demos gracias al Señor porque, con apenas excepciones, todos los judíos mesiánicos se expresan en términos similares a los que manifiestan, por ejemplo, los hermanos de la Sinagoga Mesianica Shores David:

“Los creyentes gentiles son uno con nosotros porque el Espíritu de Dios morando dentro de un creyente judío es el mismo Espíritu dentro de un creyente gentil. Nuestra raza, herencia y trasfondo pueden ser diferentes, pero Dios nos ha hecho uno en el Espíritu Santo: “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.” (Juan 10:16.)” (The Messianic Times, Sinagoga Mesianica Shores David, Tampa, Florida, EE.UU. de América).

Esta aseveración nos ayudarán a comprender que no es el Judaísmo Mesiánico el causante de separaciones y distanciamientos sectarios, sino el andar en las corrientes de la carne, que son la soberbia y el orgullo, en lugar de hacerlo en el Espíritu Santo.

XIX

*"La existencia del pueblo
judío es una existencia
encarnacional... Su unión a la
tierra es hipostática."*

*(Profesor R.J. Zwi
Werblowsky)*

XIX.- EPÍLOGO

Es más que sorprendente cuán desapercibida pasa la promesa de Dios a Abraham a muchos creyentes cristianos y judíos:

"Y el Señor dijo a Abraham, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti daré. Abram, pues, removiendo su tienda, vino y moró en el encinar de Manre, que está en Hebrón, y edificó allí altar al Señor. (Génesis 13:14-18).

El amor a Sión no es cuestión de opciones o simpatías políticas. Conciérne a un pueblo y a una región en particular, pero alcanza a todos los hombres y mujeres de la tierra. No podemos apropiarnos de las grandes promesas de Dios en la Palabra, y al mismo tiempo

darle la espalda a la declaración promisorio del Señor respecto de la posesión eterna del pueblo de Israel sobre la tierra de Canaán.

Miles y miles de cristianos gentiles en todo el mundo están despertando a la realidad de la doctrina del injerto frente a la sustitución predicada durante tantos siglos de oscurantismo y jactancia latina (Catolicismo Romano) y germánico-anglosajona (Protestantismo).

La cristiandad debe volver en sí. Volver a Sión es volver a Dios, al Dios de nuestros hermanos mayores, el pueblo de Israel. Este es el reto ante el que los cristianos nos hallamos en estos momentos en que un siglo y un milenio acaban recientemente de concluir; cuando las señales de la inminencia de la Segunda Venida de Cristo Jesús se hacen más latentes cada día.

El regreso a Sión es un desafío que sabemos dónde nos llevará. El retorno a las fuentes, a los orígenes, necesariamente ha de ser como el encuentro de dos campamentos. La Iglesia cristiana no puede seguir viviendo de espaldas a la realidad probada del amor eterno de Dios para Israel. Y el pueblo judío tampoco puede ignorar lo que el Señor está haciendo en el corazón de muchísimos gentiles acogidos por el amor del Dios de Israel para todas las naciones en Cristo Jesús.

No podemos reclamar el amor imperecedero del Señor bendito para nosotros, y al mismo tiempo desconsiderar a quienes nos preceden, entre quienes están nuestras raíces; de quienes hemos recibido los pactos, las promesas, las Escrituras y el conocimiento de Dios.

La vocación universal del Señor tiene sus promesas y demandas. El misterio del destino común. Los planes divinos pueden ser temporalmente obstaculizados por nuestras estrecheces y empecinamientos, pero ciertamente la voluntad de Dios nuestro Señor prevalecerá sobre todas nuestras inconsistencias.

El pueblo-testigo, nuestros hermanos mayores, ha regresado a Sión. Las profecías del retorno se han ido cumpliendo palmo a palmo, día a día, con la meticulosidad que le caracteriza al Señor. El retorno a Jerusalem, su reconocimiento como capital de la nación restaurada, son realidades tangibles, y, al mismo tiempo, todo está impregnado de misterio. Sentimos que los acontecimientos van más allá de lo que nosotros somos capaces de percibir en las noticias de los periódicos y telediarios. Jerusalem no es sólo el mero símbolo que fácilmente acepta la cristiandad gentil. Con ese aspecto espiritualoide casi nadie tiene ningún problema. No hay objeción alguna a que Jerusalem siga apareciendo en himnos, canciones y poemas. Podemos seguir hablando de los “judíos” como “pueblo de Dios” en nuestras dramatizaciones navideñas. Hasta ahí no se presentan grandes obstáculos y dificultades. Mientras nos refiramos al pueblo de Israel en el tiempo pasado, nadie levantará ningún pendón contra el pueblo hebreo. Pero las cosas cambian cuando hablamos de los judíos como una realidad actual y tangible. Todo cambia cuando hablamos de

Jerusalem como una urbe cuyo alcalde y el municipio que preside tienen la responsabilidad de dirigir y tratar de resolver los problemas típicos de cualquier núcleo urbano del mundo, con su gran escasez de plazas de estacionamiento para los vehículos, de vivienda para los jóvenes, etc.

La tensión radica en que Jerusalem sigue siendo realidad palpable, emblema y símbolo de la ciudad celestial, pero también la capital de la nación de Israel, y el lugar del Templo sobre el cual permanece la Shejiná, el resplandor de la presencia del Altísimo. En Jerusalem se abrazan las realidades históricas y las eternas; el hogar hebreo y el santuario para todos los pueblos de la tierra; lo secular y lo profano, con lo espiritual y lo místico; lo divino y lo humano; el tiempo y la eternidad.

"Alegraos con Jerusalem, y gozaos con ella, todos los que la amáis; llenaos con ella de gozo, todos los que os enlutáis por ella". (Isaías 66:10).

Todos cuantos hemos tenido el privilegio de posar nuestros pies sobre la ciudad de Jerusalem sabemos que el abrazo pendiente está latente; se puede barruntar, presentir, respirar. Se va a hacer patente muy pronto.

"Y todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalem, subirán de año en año para adorar al Rey, al Señor de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos. Y acontecerá que los de las familias de la tierra que no subieren a Jerusalem para adorar al Rey el Señor de los ejércitos, no vendrá sobre ellos lluvia." (Zacarías 14:16-17).

"Y vendrá el Redentor a Sión, y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob, dice el Señor." (Isaías 59:20).

"Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor." (Miqueas 4:2).

En medio de un mundo que ignora a Dios y busca su propia espiritualidad en las redes del espiritismo y toda la larga cohorte de viejas abominaciones bajo nombres nuevos, el mensaje de los profetas bíblicos -hombres que actuaron como portavoces de Dios en el mundo de las realidades- tiene plena vigencia en nuestros días. Ellos nunca entendieron la redención como algo que sólo, única y exclusivamente acontecía en las almas individuales de los hombres. Los profetas bíblicos enseñaron que no basta con la conversión individual, sino que ésta ha de tener un alcance personal, es decir, de relación entre el "yo", y el "tú" y el "nosotros", pues de lo contrario, nunca incidiría en la sociedad. Aquellos portavoces del Altísimo no fueron gurúes, como tristemente suelen entenderlos incluso quienes afirman ser creyentes. Su liderazgo fue político-religioso en el sentido más literal de ambos términos.

De ahí que el judeo-español Maimónides analizara las enseñanzas de los profetas bíblicos dentro del contexto de la filosofía política. Por eso Dios llama al boyero, recogedor de higos chumbos, para hacer de él un vocero suyo dentro del mundo de la realidad. Sólo así podremos ver la santidad encontrada en los caminos de la historia y en las plazas del mercado de los pueblos y ciudades:

"Entonces respondió Amós, y dijo a Amasías: No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero y recojo higos silvestres. Y el Señor me tomó de detrás del ganado, y me dijo: ve y profetiza a mi pueblo Israel: (Amós 7:14-15).

De igual modo, la conversión a Dios en la fe de Jesucristo no puede ser solo una realidad individual. La fe bíblica nunca es aislada ni aislante. Por muy individualistas que sean nuestras sociedades occidentales, y a pesar de que esto haya impregnado todo nuestro quehacer, comprendido el religioso, con una aislamiento aburguesante, no ha lugar para independientes solitarios dentro del pueblo de Dios. Nuestras relaciones con el Señor no pueden darse, en toda la plenitud que Él desea para nosotros, en medio del aislamiento. Él ha decidido que los frutos del Espíritu Santo se den en medio de la relación de los diversos miembros del cuerpo, alimentando las debilidades de unos y otros mediante las cualidades de unos y otros. Sin duda alguna, necesitamos a todos los demás, sin excepciones, para poder expresar el amor de Dios que está en nosotros.

En la profundidad de la absoluta unidad de la Deidad nos topamos con que Dios es relación de amor. La Unidad perfecta del Eterno no es soledad aislacionista. Dios es diálogo: Padre, Hijo y Espíritu Santo. De ahí que Jesús de Nazaret nos llame a una novedad de vida que sólo puede realizarse plenamente formando parte de la comunidad de fieles discípulos comprometidos con los valores y los principios del Reino de Dios. Jesús no nos llama a una comunión de almas según el mito platónico, sino que, como Maestro de Israel, nos convoca para constituir una comunidad de personas.

El espacio de amor de esa parte del pueblo de Dios se hace sentir en Jerusalem. Ese es el magnetismo de la ciudad para cuantos hemos oído la voz del Dios de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, los Profetas y Jesucristo en nuestros corazones. Es como si misteriosamente intuyéramos que Él está allí, presente; como si nunca hubiera dejado de estar presente; y como si estuviera esperando que el encuentro se produjera de manera inminente, entre viejas piedras y modernos edificios, entre mil acentos distintos procedentes de corazones nutridos con las mismas promesas, enseñados en las mismas historias.

Esa comunión se respira en Jerusalem, se palpa en las piedras del muro occidental, se convierte en premura según se va poniendo el sol el viernes por la tarde para ir al encuentro de la novia, al abrazo del Shabat.

Por eso en las Sagradas Escrituras aparece Jerusalem como una ciudad absolutamente

indivisible:

"Jerusalem se ha edificado como una ciudad que está bien unida entre sí." (Salmo 122:3).

Su unidad está vinculada a la unidad de Dios, del Dios de Israel para todas las naciones y pueblos de la tierra. Por eso es inimaginable para todo corazón donde palpita pura el alma hebrea, una restauración de Sión sin que Jerusalem forme parte de ella, la ciudad en que Dios habló al hombre desde los días de Melquisedec, antes incluso de que Dios llamara a Abraham por nombre. A Sión se dirigirán las miradas de todas las naciones en los tiempos mesiánicos de que habla la Biblia. El futuro pasa por Jerusalem. Y no sólo el futuro de Israel, sino el de la Iglesia de Jesucristo y el de todos los pueblos de la tierra.

La reconciliación y el reencuentro se darán cita en Jerusalem, la ciudad de paz cantada por ángeles y serafines:

"Haz bien con tu benevolencia a Sión; edifica los muros de Jerusalem." (Salmo 51:18).

Hay un futuro glorioso para los dos campamentos del pueblo de Dios, mientras ascienden por las dos laderas del monte, y la reunión se producirá en la cumbre, en el Templo de la comprensión y del entendimiento:

"Me hizo volver luego a la entrada de la casa; y he aquí aguas que salían de debajo del umbral de la casa hacia el oriente; porque la fachada de la casa estaba al oriente, y las aguas descendían de debajo, hacia el lado derecho de la casa, al sur del altar. Y me sacó por el camino de la puerta del norte, y me hizo dar la vuelta por el camino exterior, fuera de la puerta al camino de la que mira al oriente, y vi que las aguas salían del lado derecho." (Ezequiel 47:1-2).

Pondremos fin a todo lo dicho con las palabras de Moisés:

*"Bienaventurado tú, oh Israel,
¿Quién como tú,
Pueblo salvo por el Señor,
Escudo de tu socorro,
Y espada de tu triunfo?
Así que tus enemigos serán humillados,
Y tú hollarás sobre sus alturas."
(Deuteronomio 33:29).*

*** BIBLIOGRAFÍA:**

- * Newman, Yacob, y Siván, Gabriel, “Judaísmo A-Z”, Departamento de Educación y Cultura Religiosa para la Diáspora, Jerusalem, Israel, 1983/5743.
- * Halevy Donin, Hayim, “El Ser Judío”, id., id., id., 1986/5747.
- * Del Valle, Carlos, “El Mundo Judío”, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Biblioteca de Educación Permanente, Madrid, España, 1983.
- * Del Valle, Carlos, “Sionismo y Cuestión Judía”, Estudios Cordobeses, Publicaciones de la Excma. Diputación de Córdoba, Córdoba, España, 1976.
- * Blázquez Miguel, Juan, “Inquisición y Criptojudasmo”, Ediciones Kaydeda, Madrid, España, 1988.
- * Katz, T. Steven, “Jewish Ideas and Concepts”, Schocken Books, New York, USA, 1977.
- * Rambsel, Yacob, “Yeshua, the Name of Jesus Revealed in the Old Testament”, Frontier Research Publications, Inc., Toronto, Ontario, Canada, 3ª Reimpresión, 1996.
- * Brown, Francis, D.D., D.Litt., “The New Brown-Diver-Briggs-Gesenius Hebrew and English Lexicon, Peabody, Massachusetts: Hendrickson Publishers, USA, 1979.
- * Poliakov, León, “Historia del Antisemitismo”, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, Argentina, 1968.
- * Herzl Theodor, “The Jewish State”, H. Pordes, London, U.K., 6ª Edición, 1972.
- * Eckstein, Yechiel R., “What Christians should know about Jews and Judaism”, Word Books Publisher, Waco, Texas, USA, 1984.
- * Tresmontant, Claude, “La Doctrina de Yeshúa de Nazaret”, Editorial Herder, Barcelona, España, 1979.
- * Isaac, Jules, “The Teaching of Contempt: Christian Roots of Anti-Semitism”, Holt, Rinehart & Winston, Inc., New York, USA, 1964.
- * Isaac, Jules, “Las Raíces Cristianas del Antisemitismo”, Editorial Paidós, Biblioteca de

Ciencia e Historia de las Religiones, Buenos Aires, Argentina, 1966.

* Isaac, Jules, “Jesus et Israel”, Frasnelle Editeurs, París, Francia, 1959.

* Parkes, James, “Antisemitismo”, Editorial Paidós, Biblioteca del Hombre Contemporáneo, Buenos Aires, Argentina, 1ª Edición, 1965.

* Parkes, James, “The Conflict of the Church and the Synagoge: A Study in the Origins of Anti-Semitism”, Atheneum Publications, New York, USA, 1969.

* Ackerman, N.W., Jahoda, M., “Psicoanálisis del Antisemitismo”, Editorial Paidós, Biblioteca del Hombre Contemporáneo, Buenos Aires, Argentina, 2ª Edición, 1962.

* Baum, Gregory, “Los Judíos y el Evangelio”, Aguilar, Madrid, España, 1965.

* Buber, Martín, “The Unfinished Dialogue”, Citadel Press, Secaucus, New Jersey, USA, 1986.

* Mussner, Franz, “Tratado sobre los Judíos”, Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 1983.

* Alvarez, Jesús, “Judíos y Cristianos ante la Historia”, Aguilar, Madrid, España, 1972.

* Mary, Esperanza, “La Aportación de un Judío a la Iglesia”, Riopiedras Ediciones, Humanismo Judío, Barcelona, España, 1986.

* Rosen, Moishe & Ceil, “Share the New Life with a Jew”, Moody Press, Chicago, USA, 9ª Edición, 1981.

* Carlsen, Johan, “Israel Antiguo y Moderno”, Editorial Clie, Terrassa (Barcelona), España, 1985

* Ekman, Ulf, “Los Judíos, el Pueblo del Futuro”, Editorial Clie, Terrassa (Barcelona), España, 1995.

* Templo Calvario, Asambleas de Dios de Miami, Florida, EE.UU. de América.

* The Messianic Times, Material traducido de la Sinagoga Shores David, de Tampa, Florida, USA.

* L. Cooper, David, Th.M., “El Dios de Israel”, Biblical Research Society, Los Angeles, California, USA, 1961.

- * Flusser, David, “El Cristianismo, Una Religión Judía”, Riopiedras Ediciones, Barcelona, España, 1995.
- * Flusser, David, “Jesús en sus Palabras y en su Tiempo”, Ediciones Cristiandad, Madrid, España, 1975.
- * S. Algazi, Isaac, “El Judaísmo, Religión de Amor”, Editorial Sigal, Buenos Aires, R. Argentina, 1979.
- * Levine, Etan, “Un Judío Lee el Nuevo Testamento”, Ediciones Cristiandad, Madrid, España, 1980.
- * Lustiger, Jean-Marie, “La Elección de Dios”, Editorial Planeta, Colección “Documentos”, Barcelona, España, 1989.
- * Yebra, Joaquín, “Olivo: Raíz y Ramas”, Edittorial Remar, Vitoria, España, 1995.